
HARLEQUIN
Bianca
LOS
CHATSFIELD
El escándalo del jeque
LUCY MONROE



Lucy Monroe

El escándalo del jeque



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2014 Harlequin Books S.A.
© 2015 Harlequin Ibérica, S.A.
El escándalo del jeque, n.º 100 - enero 2015
Título original: Sheikh's Scandal
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-6100-8
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Índice

Capítulo 1

Aunque no era fácil impresionarla, Liyah Amari no pudo evitar detenerse y abrir la boca asombrada cuando entró en el Chatsfield de Londres por primera vez. Era el buque insignia del imperio hotelero de la familia Chatsfield, el alojamiento preferido por la élite de Europa.

El hotel que tenían en San Francisco, donde su madre había trabajado toda su vida, era muy bonito, pero no se podía comparar con la opulencia de ese hotel. Desde el portero de librea a la grandeza de un vestíbulo que parecía un gran salón de baile, se sentía como si hubiera vuelto al pasado y estuviera en un lujoso palacio de otra época.

El elegante entorno contrastaba con el aire de frenesí y anticipación que lo llenaba todo. Vio a una doncella cruzando el vestíbulo corriendo y supuso que no era algo común. Otra mujer pulía la barandilla de madera de la gran escalera.

Le pareció que había una especie de improvisada reunión frente al mostrador de recepción. El personal estaba muy ocupado con el teléfono o el ordenador mientras ayudaban a registrarse a una pareja de ancianos muy elegantes y bien parecidos.

—Bienvenidos al Chatsfield de Londres, señor y señora Michaels. Aquí está la llave de su habitación —les dijo uno de los recepcionistas mientras les entregaba una bolsa—. Y este es su obsequio de bienvenida. Esperamos que disfruten de su estancia.

Estaban demasiado ocupados para prestar atención a las personas que entraban en el hotel. Vio tras el mostrador de recepción una hilera de fotografías del personal del Chatsfield de Londres. Se le encogió el corazón al ver el retrato de Lucilla Chatsfield, era como si estuviera mirándola a ella.

Era una Chatsfield y esperaba poder llegar a conocerla. Pero Lucilla ocupaba un puesto demasiado importante y no creía que fuera a ser fácil que se encontraran.

Un ruido atrajo su atención, un empleado de mantenimiento estaba cambiando una bombilla de la gran araña que iluminaba con elegancia el vestíbulo. Las paredes estaban pintadas en un tono azafrán muy elegante que contrastaba con las molduras beige y las esbeltas columnas. Todo a su alrededor emanaba buen gusto y elegancia.

Cruzó sin hacer apenas ruido el vestíbulo y fue directamente al

ascensor, pero un hombre se interpuso en su camino.

—¿Puedo ayudarla en algo?

Le habló con educación, pero no se le había pasado por alto que ella no debía de alojarse allí.

—Tengo una entrevista con la señora Miller.

Como solía hacer siempre, había llegado con quince minutos de antelación a la reunión que iba a tener con la jefa de los servicios de limpieza.

—¡Ah! Supongo que es la doncella que viene de Zeena Sahra —repuso el hombre.

No, en realidad, esa había sido su madre.

—Bueno, estoy muy familiarizada con la cultura de ese país, pero nací en Estados Unidos.

La habían contratado como supervisora de las limpiadoras de la planta presidencial, la que estaba justo debajo de las suites más lujosas, las del ático del hotel. Iba a encargarse de que funcionaran bien los servicios de hospitalidad, mantenimiento y limpieza y para llevar a cabo esas tareas iba a tener que trabajar y coordinarse con el equipo de recepción del hotel, todo con el fin de aumentar la satisfacción del cliente. Su trabajo iba a ser mucho más satisfactorio que el que su madre había tenido durante casi tres décadas, algo de lo que habría estado muy orgullosa Hena.

—Entiendo —repuso el hombre mientras se giraba y comenzaba a caminar—. El ascensor está aquí, la acompaño para introducir su clave de acceso y que pueda acceder al sótano.

—Gracias.

Aún faltaban unos minutos para la hora acordada cuando Liyah llamó a la puerta de la jefa de los servicios de limpieza.

—Pase —repuso alguien desde el interior.

La señora Miller era una mujer alta, delgada y llevaba un traje parecido al de Liyah, pero aún más conservador y serio. Su blusa blanca estaba almidonada y abotonada hasta el cuello.

—Encantada, señorita Amari. Espero que esté preparada para empezar a trabajar de inmediato.

—Sí, por supuesto.

—Estupendo. Su planta ha sido reservada para el harén del jeque —le dijo con algo de desdén.

—¿Cómo? ¿Se va a alojar aquí un jeque de Zeena Sahra?

En realidad, lo que le sorprendía era que necesitara una planta entera para su harén. Al saberlo, no le extrañó que hubieran querido transferir a su madre desde San Francisco.

—Así es. El jeque Bin Falah se alojará aquí durante un total de dos semanas. Su prometida lo acompañará durante la segunda semana.

Liyah trató de esconder su sorpresa.

—Se trata del jeque Al Zeena o Bin Falah al Zeena, se podría ofender si alguien se refiere a él como el jeque Bin Falah.

No sabía si era buena idea corregir a su nueva jefa, pero daba por sentado que había sido contratada precisamente por su conocimiento de ese tipo de cosas. Por fin entendía que necesitaran a alguien con su experiencia. No se trataba de un jeque sin más, sino que era el príncipe heredero de Zeena Sahra el que iba a alojarse en el Chatsfield de Londres.

Era uno de los hombres más atractivos que había visto nunca y no le habría extrañado que se convirtiera en una especie de donjuán, pero tenía la reputación de ser un hombre serio y cabal y de estar completamente centrado en sus funciones como emir de Zeena Sahra.

—De acuerdo, tomaré nota —le dijo la señora Miller—. ¿Es aceptable llamarlo «Su Alteza»?

—Sí, pero he leído que prefiere el título de emir.

—¿Y cómo es que nadie nos había informado de ello? —le preguntó indignada—. Todo lo relacionado con esta visita es importante. Hay que cuidar cada detalle.

—Me esforzaré al máximo para que así sea.

—Estupendo. Además de las tareas de su puesto, durante la visita del jeque se encargará de supervisar el trabajo de las limpiadoras en las habitaciones del jeque y de sus guardaespaldas.

Se sentía como si la estuviera empujando directamente a lo más hondo de la piscina. Pero no le importó, se le daban bien los retos.

Se alegró de haber obtenido una diplomatura en gestión hotelera, era algo que la había preparado para ese tipo de trabajo. Y tampoco le había venido nada mal el haber trabajado cada verano limpiando habitaciones en el Chatsfield de San Francisco. Lo había hecho durante sus años en el instituto y en la universidad. Su madre siempre se había opuesto a que su hija trabajara en el Chatsfield y por fin sabía por qué.

Pasó el primer día dando algo de orientación a los empleados sobre Zeena Sahra. Cuando terminó, volvió agotada al estudio que acababa de alquilar.

Era mucho más pequeño que el piso que había compartido en San Francisco con su madre. Pero no le había importado nada salir de allí cuando consiguió ese puesto de trabajo. Había sido una maravillosa coincidencia, una oportunidad de hacer lo que su madre le había pedido en sus últimas voluntades. Y ese nuevo puesto le había permitido poder trasladarse haciendo uso únicamente de una pequeña porción del dinero que había obtenido del seguro de vida de su madre. Esa compensación había sido tan bien recibida como inesperada, una de las muchas sorpresas que había tenido tras la muerte de su madre.

El hotel de Londres había contactado con la jefa del servicio de

limpieza del hotel de San Francisco, Stephanie Carter, con la esperanza de ofrecerle el puesto de trabajo a Hena Amari. Necesitaban alguien que conociera bien el país natal de su madre.

Pero, como su madre había fallecido, Stephanie les sugirió que se pusieran en contacto con Liyah. Por su educación y experiencia, había sido la candidata perfecta para ese puesto.

Y no dejaba de resultarle irónico que ese trabajo en el hotel fuera a permitirle cumplir el último deseo de Hena. No le dolía todo lo que su madre le había ocultado, pero había tenido que controlar al máximo sus emociones para aceptar todo lo que había ido descubriendo.

Lo que más le había impresionado había sido saber que el extremadamente rico hotelero inglés Gene Chatsfield era su padre biológico.

Después de años sabiendo de las hazañas de sus hijos por la prensa del corazón, le costaba creer que pudiera estar relacionada con ellos. No le parecía que pudiera tener nada en común con los famosos y malcriados hijos de Chatsfield. Tenía curiosidad por descubrir cómo era ese hombre, capaz de darles a sus hijos tantos caprichos mientras que a Hena le había enviado una cantidad más bien pobre para hacer frente a los gastos de su hija.

Al parecer, Gene había tenido numerosas aventuras con empleadas de la limpieza del hotel, pero esas historias nunca habían llegado a la prensa. Sabía que su madre no había sabido nada sobre esas otras aventuras cuando se acostó con él. Y no descubrió que estaba embarazada hasta después de que el empresario hotelero se fuera de San Francisco. Eso le contaba en la carta.

Nunca le había dicho a nadie quién era el padre de Liyah. Le había avergonzado saber que había estado con un hombre casado. Aun así, Hena le había pedido en la carta que lo perdonara.

Su madre le decía en esa misiva que Gene Chatsfield no era mala persona y llegaba incluso a excusarlo diciéndole que se había dejado llevar por la tentación en un momento muy duro de su vida. Su madre le había pedido a Liyah que fuera a Londres y hablara cara a cara con su padre.

Liyah respetaba la última voluntad de su madre, pero estaba contenta de tener la oportunidad de observar desde la distancia a ese hombre y dejar que pensara que era solo una empleada, no la hija a la que nunca había querido reconocer.

Liyah se quedó inmóvil y medio escondida entre las sombras de un extremo del vestíbulo. Ya llevaba en Londres dos semanas, pero aún no había conseguido ver a su padre.

Se rumoreaba que el jeque Sayed bin Falah al Zeena llegaba ese día y Liyah estaba segura de que su padre bajaría a recibir personalmente

a tan importante invitado.

Le había quedado muy claro durante esos días la importancia que tenía para el hotel la estancia del jeque y sabía que sería aún más importante para el propietario del Chatsfield. Se había enterado de que Gene Chatsfield residía en el Chatsfield de Nueva York y que había dejado al nuevo director ejecutivo, Christos Giatrakos, a cargo del hotel en Londres. Pero se había trasladado temporalmente a Londres para supervisar la visita del emir.

Y sabiendo lo importante que era para su padre, estaba esforzándose especialmente en su trabajo. Cuando por fin le dijera a Gene quién era, no quería que pudiera echarle nada en cara.

Su planta estaba perfecta. Todas las habitaciones estaban listas y habían añadido esa mañana cestas con frutas y jarrones con jazmines. Se había encargado de que colocaran un biombo junto al ascensor de su planta para bloquear las habitaciones del harén de las miradas de los curiosos.

También había supervisado la suite del jeque para asegurarse de que no hubiera allí nada que pudiera ofenderlo durante su estancia.

Dejó de pensar en los preparativos cuando vio a un hombre mayor cruzando con gran seguridad el vestíbulo. Se notaba que era el dueño por la manera en la que miraba a su alrededor. Vio que inclinaba la cabeza con un gesto regio cuando sus empleados lo saludaban. Era su padre.

Tenía el pelo canoso, ojos claros y brillantes. Era alto, pero ya empezaba a encorvarse ligeramente. Llevaba un traje hecho a medida y zapatos artesanales. Tenía el aspecto de un hombre que podría permitirse el lujo de alojarse en ese hotel.

Vio que iba hasta el mostrador y le decía algo al jefe de recepción. Se quedó sin aliento al verle sonreír. Había visto esa misma sonrisa en el espejo cada día. Los labios de ese hombre eran más delgados, pero esa amplia sonrisa y esa barbilla algo puntiaguda… Le resultaban tan familiares que no pudo evitar que el corazón le diera un vuelco.

Tenía los ojos azules y los de ella eran verdes, pero la forma era la misma.

Liyah había heredado de su madre un tono de piel dorado. También su rostro ovalado, una nariz pequeña, el pelo negro como el de Hena y escasa estatura. Bastaba con verlas juntas para que todos vieran que eran madre e hija. Nunca se le había pasado por la cabeza que pudiera compartir algunos rasgos físicos con su padre.

El parecido no era obvio, pero esa sonrisa se lo dejó muy claro. Ese hombre era su padre.

Sintió que le temblaban las rodillas, le costaba creer que estuviera viéndolo por primera vez. Nunca había sabido quién era ni que había estado mandándole algo de dinero a su madre para ayudarla. Liyah

solo había sido consciente del rechazo de la familia Amari hacia Hena y hacia ella. Había crecido sabiendo que su madre era toda la familia que tenía. Los Amari no habían querido saber nada de ella cuando se quedó embarazada sin estar casada.

Y, desde la muerte de su madre, estaba sola. Por eso había decidido ir hasta allí, para cumplir el deseo de su madre y con la esperanza de llegar a tener una relación con su padre y no estar sola, aunque pensaba que quizás Gene Chatsfield no quisiera hacerlo público.

Vio que el rostro de su padre cambiaba de repente, su sonrisa y su postura eran más tensas.

Liyah siguió la mirada de su padre y, por segunda vez en pocos minutos, le volvieron a temblar las rodillas.

Entraba en ese momento en el hotel el hombre más atractivo que había visto en su vida. Estaba rodeado de un impresionante séquito y vestido con el atuendo tradicional de un jeque de Zeena Sahra. Era alto y fuerte. Tenía una mandíbula muy marcada y llevaba una barba bastante recortada. Se dio cuenta de que las fotos que había visto no le hacían justicia.

El jeque Sayed bin Falah al Zeena transmitía poder y seguridad con su mera presencia.

Llevaba una *abaya* negra sin adornos, la túnica tradicional de su país, sobre un traje de Armani, y un gran pañuelo o *kufiyya* en color burdeos en la cabeza, sujeto por un cordón triple en negro. El color de la *kufiyya* era el de la casa real de Zeena Sahra y los tres cordones, en vez de los dos habituales, indicaban sutilmente su condición de emir. Y el hecho de que llevara la túnica tradicional sobre un traje a medida mostraba su modernidad. Un antepasado de ese hombre había sido el que consiguiera la independencia de su tribu, el pueblo que más tarde se convirtió en el emirato de Zeena Sahra. Pero habían tenido que pasar años de luchas sangrientas hasta convertirse en un estado más o menos moderno.

De manera inexplicable, se sintió atraída hacia ese hombre y comenzó a ir hacia él sin pensar en lo que hacía. Solo se detuvo, de manera brusca, cuando vio que estaba solo a un par de metros del jeque. Pero ya era demasiado tarde para corregir su error.

La oscura mirada del jeque Sayed cayó sobre ella y se mantuvo.

Todo el mundo pensaba que era imperturbable y tranquila, pero no supo que hacer en ese momento. No se le ocurría nada coherente que decir, ni siquiera unas palabras de bienvenida.

Se quedó donde estaba y sintió que su cuerpo reaccionaba de una manera completamente nueva, era el tipo de reacción sobre el que su madre siempre le había advertido para que tuviera cuidado.

Sabía que estaba rodeado por su séquito y que también estaba pendiente todo el personal del hotel, entre ellos su propio padre, pero

Liyah solo tenía ojos para el emir. Sintió que le rodeaba la especiada colonia del emir mezclada con su propio y masculino aroma.

Sintió que se tensaban sus pezones y comenzó a latirle con más fuerza el corazón. También su respiración se estaba viendo afectada. Le costaba fingir lo contrario.

Nada en la expresión del emir cambió mientras la observaba, pero algo en el fondo de su oscura mirada le dejó muy claro que ella no era la única que se sentía algo afectada.

—Jeque al Zeena, le presento a Amari, nuestra supervisora de servicios de limpieza. Estará a cargo de la planta del harén y de su suite —intervino el jefe de recepción.

Estaba acostumbrada a que se refirieran a ella por su apellido, pero no a tratar con príncipes herederos. Afortunadamente, su cerebro logró despertar antes de hacer aún más el ridículo. Se las arregló para cubrir con su mano derecha el puño izquierdo y presionar ambas manos sobre el lado izquierdo de su pecho. Agachó la cabeza y se inclinó un poco hacia adelante.

—Emir. Será para mí un placer servirle a usted y a su séquito.

Sayed tuvo una reacción totalmente inaceptable ante las palabras y gestos de la encantadora empleada. Sintió cómo despertaba su entrepierna y no pudo evitar que la cabeza se le llenara de imágenes muy sugerentes. Sin que pudiera hacer nada para controlar sus pensamientos, las más increíbles fantasías eróticas llenaron su mente.

Vio que la mujer se había sonrojado y algo en la expresión vulnerable, casi hambrienta, de sus ojos verdes le dejó muy claro que las fantasías que tenía podrían llegar a cumplirse. Darse cuenta de ello no hizo sino aumentar la reacción sexual tan inesperada que estaba teniendo. Creía que era una suerte que su cuerpo quedara oculto bajo su *abaya*. Todo su cuerpo parecía dominado por una necesidad con la que no estaba familiarizado.

Recordó entonces que estaba a punto de casarse y que era el emir de su país. Tenía que deshacerse de las imágenes que llenaban su cabeza e ignorar la respuesta física de su cuerpo.

—Gracias, señorita Amari —le dijo él con seriedad.

Se mostró más frío y distante de lo necesario para ocultar la reacción que esa mujer le había provocado. Hizo un gesto a la mujer que se encargaba de atender sus necesidades domésticas.

—Le presento a Abdullah—Hasiba. Se encargará de comunicarle cualquier necesidad que podamos tener durante nuestra estancia en el hotel. Si tiene alguna duda, hable con ella.

—Gracias, Alteza —le dijo inclinando la cabeza de nuevo según la tradición de su país—. Será un placer trabajar con usted, Abdullah—

Hasiba —añadió volviéndose hacia la otra mujer.

Y fue entonces cuando la atractiva empleada del hotel hizo lo que parecía dárseles tan bien a los sirvientes, desapareció de su lado rápidamente y él tuvo que contenerse para no dejarse llevar por el desconcertante impulso de llamarla para que volviera a su lado.

Capítulo 2

Mientras llamaba a la puerta de la habitación de Miz Abdullah-Hasiba, Liyah no podía dejar de pensar en lo que le había pasado. Seguía sin entender cómo podía haber olvidado la presencia de su padre en el vestíbulo cuando llegó el emir.

Ni siquiera había tenido la oportunidad de mirar a Gene Chatsfield a los ojos por primera vez. No entendía cómo podía haber perdido una oportunidad tan buena.

Después de todo, estaba allí para observar a su padre y para decirle después quién era. Tenía que recordar que no había aceptado el trabajo en el Chatsfield de Londres para comerse con los ojos a un príncipe de Zeena Sahran.

No podía olvidar que ella no era así, que Aaliyah Amari no se comía con los ojos a nadie.

Se abrió la puerta frente a ella y no pudo evitar sobresaltarse. Era absurdo. Después de todo, ella misma había llamado a la puerta, pero estaba aún desconcertada por todo lo que había pasado ese día. Se recordó que tenía que ser profesional y concentrarse en la tarea que tenía entre manos.

El ama de llaves personal del emir juntó las manos delante de ella e inclinó la cabeza hacia adelante. Llevaba un *qamis*, el vestido tradicional árabe, en color albaricoque y con bordados dorados alrededor del cuello y las muñecas.

—Señorita Amari, ¿en qué puedo ayudarla? —le preguntó la mujer.

—Quería asegurarme de que tanto usted como el resto de las acompañantes femeninas del emir han encontrado todo a su gusto.

—Todo está perfecto —repuso la mujer dando un paso atrás y haciéndole un gesto para que pasara—. Por favor, entre.

—No quiero molestarla, estará muy ocupada.

—No es molestia alguna. Tiene que compartir una taza de té conmigo —le ofreció la mujer.

No podía declinar su invitación sin ser descortés y tampoco le apetecía hacerlo. Liyah siguió a la otra mujer hasta el pequeño sofá que había a un lado de la lujosa habitación. Aunque le costara admitirlo, no podía negar la fascinación que sentía por el emir.

El juego árabe de té que había comprado en nombre del hotel estaba sobre la mesa de centro. Había comprado otros dos, para el jeque y para su prometida.

Miz Abdullah-Hasiba usó la elegante tetera de cristal y cobre para servir dos tazas.

—Este juego es todo un detalle —le comentó la mujer.

—¿Sí? Me alegra que le guste.

El ama de llaves asintió con una sonrisa.

—Por supuesto. Nunca viajamos con cristalería propia, es demasiado frágil.

Esperó a que la otra mujer probara el té antes de hacer lo mismo. Le encantó disfrutar de la bebida caliente y endulzada y de los recuerdos agridulces que evocaba. Su madre siempre la había enseñado a comenzar y terminar el día con una taza de té de menta con un toque de miel.

—Y el Chatsfield es el primer hotel durante este itinerario por Europa que ha tenido el detalle de ofrecerle al emir un juego de té tradicional de nuestro país.

—Pero me temo que solo hay juegos de té en su habitación, en la suite del emir y en la de su prometida.

La mujer sonrió al oír sus palabras.

—El conocimiento que tiene de nuestra cultura es encomiable. Cualquier otro empleado del hotel habría puesto el juego de té en la habitación del secretario del emir.

A Liyah no se le pasó por alto el elogio, pero no dijo nada. Estaba más al tanto de la cultura de Zeena Sahran de lo que pudiera estarlo cualquier británico o estadounidense, pero creía que cualquier persona que fuera un poco observadora se habría dado cuenta de que el ama de llaves ocupaba la habitación más lujosa junto a la suite de la prometida del emir.

—Tengo entendido que el secretario del jeque es bastante nuevo en el puesto —le dijo Liyah.

—Así es. Al emir le gusta regirse por las viejas costumbres y su asistente personal es, como no podía ser de otro modo, un hombre, Duwad.

—Porque no estaría bien visto que el emir tuviera que trabajar hasta tarde en su habitación con una mujer, ya esté casada o no, ¿verdad? —adivinó Liyah.

—Así es.

—Entonces, ¿se trata de un viaje de trabajo?

Había leído muy poco en los medios de comunicación sobre la naturaleza de ese viaje del emir.

—Así es, al menos en su mayor parte. El rey Falah ha querido que el emir Sayed disfrute de una última gira europea antes de asumir por completo el liderazgo de nuestro país.

—¿El rey tiene la intención de abdicar?

Liyah había leído especulaciones y rumores que iban en ese sentido,

pero aún no había anuncio oficial.

—Es probable que ese sea el siguiente paso después de la boda real.

Liyah asintió con la cabeza al ver que la otra mujer se mostraba especialmente cuidadosa para no hablar más de la cuenta y decidió no presionarla para que le diera una respuesta más clara.

—A la directora del servicio de limpieza le escandalizó saber que teníamos que reservar toda una planta del hotel para el harén del jeque —le comentó Liyah.

—Seguro que se imaginaba a unas cuantas bailarinas de danza del vientre que vivían solo para satisfacer las necesidades del jeque —repuso la otra mujer sonriendo.

—Sí, supongo que sí.

Tenía que reconocer que ella se había imaginado algo similar.

El ama de llaves sonrió con dulzura.

—Me temo que no es tan extravagante como imagina la gente. El emir no olvida nunca que es un hombre prometido para casarse.

Ella no estaba tan segura, pero sabía que era la menos indicada para hablar. Tenía muy poca experiencia práctica con los hombres y no sabía nada de sus impulsos sexuales.

Lo que sabía era que las habitaciones que había preparado las iban a ocupar las mujeres que formaban parte del personal femenino que viajaba en la comitiva del príncipe.

La mayoría de las habitaciones las iba a ocupar la prometida del emir y sus compañeras de viaje, casi todo mujeres. Se suponía que también su hermano la iba a acompañar, pero este había reservado una suite en el nivel presidencial, cerca de la del emir. No era tan grande como la del jeque, pero también muy lujosa.

Después de una visita muy agradable con Hasiba, tal y como la mujer le había pedido que la llamara, Liyah salió de la habitación con la certeza de que el ama de llaves sentía ciertas reservas hacia la futura esposa del emir de Zeena Sahra. La mujer había sido muy discreta con sus críticas, pero también muy clara.

Después de la interesante reunión, Liyah fue al encuentro del conserje, con quien tenía que tratar otros temas.

Necesitaban sus consejos a la hora de decidir la selección de entretenimiento y ocio que iban a ofrecerle al jeque durante las siguientes dos semanas.

Liyah salió de la suite real satisfecha con la limpieza y los detalles que había tenido la doncella encargada de las habitaciones del emir.

Los iris morados, la flor oficial de Zeena Sahra y que ella misma había encargado, estaban en sus jarrones y todo estaba en orden. Los cuencos con jazmines flotando en ellos estaban a cada lado de los candelabros sobre la mesa de comedor de gala. Había comprobado

que no había ninguno marchito, ni una sola mancha marrón en sus pétalos blancos.

Las camas estaban hechas sin una sola arruga y el juego de té del príncipe también estaba preparado.

Se dirigió hacia el ascensor principal. Aunque el personal general del hotel tenía que usar el ascensor de servicio, ella no estaba obligada a hacerlo. Las horas del día con más trabajo para el servicio de limpieza y mantenimiento coincidían con un descenso en el uso de los ascensores por parte de los huéspedes.

Así que, tal y como había hecho en el hotel de San Francisco, Liyah prefería usar los ascensores para los clientes cuando no tenía que llevar toallas de un sitio a otro o empujar el carrito de la limpieza. Y eso era algo que rara vez tenía que hacer en su puesto como jefa de planta, aunque cabía la posibilidad de que alguna vez tuviera que encargarse personalmente de alguna incidencia.

Las puertas se abrieron frente a ella y sus ojos se quedaron clavados en una mirada oscura y seductora.

El emir le devolvió la mirada. Su expresión era una extraña mezcla de sorpresa y algo más que no habría sabido interpretar, no tenía demasiada experiencia en ese terreno.

—¡Señorita Amari! —la saludó el jeque.

—Emir Sayed —repuso ella inclinando la cabeza—. Estaba revisando su suite…

—El servicio ha sido en todo momento impecable.

—Me alegra oírlo. Me aseguraré de decírselo al personal de limpieza de su suite.

Él inclinó la cabeza al oírlo. Actuaba con un aire muy regio que parecía muy natural en él.

Esperó a que saliera del ascensor, pero no se movió. Sus guardaespaldas ya estaban fuera. Esperaban, igual que ella, a que el jeque saliera del ascensor. Pero siguió sin hacerlo.

—¿No va a entrar? —le preguntó él con impaciencia mientras apretaba un botón que hizo que empezaran a cerrarse las puertas.

Pero ella no podía cometer el error de entrar al ascensor con el jeque.

—¡No, no! Voy a usar el ascensor de servicio —le explicó ella.

—No sea ridícula —repuso él extendiendo la mano hacia ella y agarrando su muñeca.

Fue un gesto que consiguió sorprender a sus guardaespaldas, uno de ellos no pudo siquiera controlarse sin soltar un improperio en el dialecto árabe que se hablaba en Zeena Sahra.

Pero Liyah apenas tuvo la oportunidad de reaccionar cuando el jeque tiró de ella para meterla en el ascensor.

—¡Emir Sayed! —exclamó uno de sus ayudantes mientras se

cerraban las puertas.

—Pero alteza… —susurró Liyah cuando recuperó el habla.

—No había ninguna razón para que tuviera que tomar el otro ascensor —le explicó el jeque.

—Pero su gente… ¿No debería haberlos esperado?

El emir seguía sujetando su muñeca y le dio la impresión de que no iba a soltarla.

—No estoy acostumbrado a que alguien del servicio cuestione mis acciones.

Las palabras del jeque eran despectivas y su tono, arrogante y frío, pero su mirada no lo era. Había un fuego en sus ojos que la dejó sin aliento.

Pero no podía permitir que le hablara como lo había hecho, tenía dignidad y no iba a dejar que la pisoteara. Ante todo, iba a mantener la misma actitud profesional de la que tan orgullosa estaba. Respiró profundamente y lo miró con la misma máscara de frialdad con la que había aprendido a defenderse del mundo.

—Y yo no estoy acostumbrada a que me ataquen los huéspedes del hotel —repuso ella.

Esperaba que él la soltara de inmediato. Sabía que no era aceptable en la cultura de Zeena Sahra que el jeque tocara de esa manera a una mujer soltera que no formaba parte de su familia más inmediata. Pero no la soltó.

—No creo que esto se pueda considerar un ataque… —murmuró él mientras comenzaba a frotarle la cara interna de la muñeca con el pulgar—. Pero no comprendo lo que está pasando…

Las últimas palabras las dijo en el dialecto de su tierra, creyendo probablemente que ella no podía entenderlo. Decidió que era más prudente no decírselo en ese momento.

Sobre todo porque no habría podido hacerlo, no le salían las palabras. Por primera vez en su vida, ansiaba estar cerca de ese hombre más de lo que había deseado nada.

—Eres como una adicción… —le dijo el jeque también en árabe.

Se sintió avergonzada y se preguntó si habría hecho algo inconscientemente para despertar el interés del jeque.

El emir soltó por fin su muñeca, pero su cuerpo se acercó más al de ella y solo pudo oír el sonido de su propia respiración, nada más. Se dio cuenta entonces de que el ascensor no se movía. Él le había dado al botón de parada sin que ella se diera cuenta.

—Emir… —susurró mirándolo a los ojos y con el corazón en la garganta.

—Sayed. Me llamo Sayed —la corrigió él.

No debía usar su nombre, sabía que no era prudente hacerlo. Pero no pudo evitarlo.

—Sayed… —susurró.

Vio un brillo de satisfacción en sus ojos oscuros, parecía haberle gustado escuchar cómo lo llamaba por su nombre. Miró entonces la tarjeta de identificación que llevaba ella.

—Y tú no te llamas Amari —le susurró el jeque.

—Ese es mi apellido, pero me llamo Aaliyah.

—Precioso —le dijo el jeque—. Supongo que tus padres son bastante tradicionales.

—No, no exactamente —repuso ella sin querer explicar nada más.

Su madre había decidido desde el principio que iba cuidar de su hija aunque no tuviera el apoyo de nadie. Y eso no era nada tradicional, sobre todo para la cultura de la que procedía.

Si le había puesto ese nombre había sido para que tuviera una conexión con el país de nacimiento de su madre.

—Tienes acento estadounidense —le comentó Sayed.

—Tú también.

—Es que estudié en Estados Unidos desde los trece años y no volví a Zeena Sahra hasta que terminé los estudios de posgrado en la universidad.

Pero ella ya lo sabía. La trágica muerte de su hermano mayor por culpa de una bomba que iba destinada a asesinar al rey había cambiado por completo la vida de Sayed y el futuro de su país.

Después de aquella tragedia, la inestabilidad política en los países de la zona y la preocupación por la seguridad de su único hijo vivo habían hecho que los reyes decidieran enviar a Sayed a un internado. No era precisamente un secreto de estado, todo el mundo lo sabía.

También era un hecho bien conocido que Sayed había decidido quedarse en Estados Unidos para ir a la universidad, donde había estudiado Política Internacional y, después, un máster en Gestión Empresarial. Aunque la información que le estaba dando no era nueva, no pudo evitar sentir un extraño aleteo en el vientre cuando Sayed se lo contó.

O quizás fuera solo su cercanía lo que tanto le estaba afectando.

Los ascensores del Chatsfield eran amplios, pero en esos momentos le parecía que estaban confinados en un espacio muy pequeño.

—Para haber estudiado en Estados Unidos, no tienes unos valores muy occidentales —le dijo ella tratando de ignorar los deseos y las emociones que iban naciendo en su interior.

—Me debo a Zeena Sahra. Mi pueblo y su cultura son lo más importante en mi vida.

Le emocionó su respuesta, pero no quería que él se diera cuenta.

—Pues esto está claramente en contra de las tradiciones de Zeena Sahra —le recordó mientras lo señalaba a él y después a ella con la mano.

—¿Estás segura? —le preguntó Sayed.
—Sí.
—Veo que has estudiado mi país a conciencia.
Le pareció que le gustaba demasiado esa posibilidad.
—No te lo tomes como algo personal.
Sayed se echó a reír.
—No eres como las demás mujeres.
—Pero tú eres el emir.
—¿Quieres decir con eso que a otras mujeres les afecta saber que soy el emir?
Ella le dirigió una mirada irónica antes de contestarle.
—Eres muy vanidoso…
—¿Es vanidoso reconocer la verdad?
Ella negó con la cabeza. Aunque era arrogante, lo encontraba irresistible y sospechaba que Sayed lo sabía. El caso era que no entendía cómo había llegado hasta allí, pero sintió de repente la pared del ascensor contra su espalda. El cuerpo de Sayed estaba tan cerca que su túnica rozaba suavemente su cuerpo. Apenas pudo ahogar un suspiro. Y se quedó sin respiración por completo cuando él le rozó el labio inferior con la punta del dedo.
—Tu boca es deliciosa.
—Es muy mala idea… —susurró ella.
—¿Lo es? —le preguntó Sayed mientras inclinaba la cabeza hacia la de ella.
—Sí.
Se preguntó si habría sido así cómo habrían comenzado las cosas entre su madre y su padre.
—Yo no formo parte de los servicios que ofrece el hotel —le recordó ella.
—Lo sé —reconoció él con aparente sinceridad.
—Y eso de liarse con alguien en un ascensor no va conmigo —le dijo ella.
Vio que algo brillaba en su mirada oscura y Sayed dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza.
—Le pido disculpas, señorita Amari. No sé qué me ha pasado —le aseguró entonces.
—Supongo que estarás acostumbrado a que todas las mujeres caigan rendidas a tus pies.
—¿Lo dices para inflar aún más mi ego o se trata de una crítica?
—¿Ninguna de los dos cosas? —le contestó ella con algo de confusión.
Él sacudió de nuevo la cabeza, como si tratara de aclarar sus ideas.
Sonó en ese momento el teléfono que había dentro de la cabina del ascensor.

—Diga, Amari al habla —contestó ella enseguida.

—¿Está el jeque con usted? —le preguntó una voz que no reconoció.

Se preguntó si sería el propio Christos Giatrakos, el nuevo director general del hotel. Pensó que a lo mejor lo habían avisado para que lidiara personalmente con una situación tan inusual como aquella.

Pero no pudo evitar sentir un escalofrío al darse cuenta de que se trataba de otra persona, otra de mayor edad.

—Sí, el emir está aquí —repuso ella con un hilo de voz.

Todo estaba resultando tan surrealista que apenas sabía qué pensar. Era increíble, estaba hablando con su padre por primera vez.

—Dígale que se ponga —le ordenó el hombre.

—Sí, señor.

Le ofreció el teléfono a Sayed, pero el cable no daba más de sí.

—El señor Chatsfield quiere hablar con usted.

Sayed se acercó y tomó el auricular, lo hizo con cuidado para no tocarla.

Ella se retiró al otro lado del ascensor, desde donde escuchó las respuestas del emir. Pero este apenas habló, solo dijo que estaba todo bien, que no había ningún problema y que estaba a punto de bajar al vestíbulo.

Aunque era bastante reservada, ella habría sentido la necesidad de explicarse en una situación como aquella, pero se dio cuenta de que el emir de Zeena Sahra no tenía la misma necesidad ni nadie iba a pedirle explicaciones, no necesitaba darlas.

Y, si no hubiera sido testigo ella misma de cómo había reaccionado Sayed al darse cuenta de que había estado a punto de besarla en el ascensor, habría creído que a ese hombre no le afectaba nada.

Tal y como había dicho Sayed, las puertas del ascensor no tardaron en abrirse en el vestíbulo pocos segundos después. Los esperaban el guardaespaldas personal del emir y el padre de Liyah.

No se le pasó por alto que habían vaciado la gran sala. No había nadie más allí para presenciar cómo salían juntos y solos del ascensor. Ese hecho le dejó muy claro lo que pensaban acerca de lo que debía de haber ocurrido en un ascensor que alguien había detenido a propósito.

No pudo evitar sentirse ofendida y bastante avergonzada por sus presunciones, que no tenían nada que ver con la realidad.

Liyah decidió salir con la cabeza bien alta y sin dejar que su cara expresara lo confundida e incómoda que estaba en esos momentos.

Sayed no hizo ningún esfuerzo por aclararle a su jefe que Liyah no había hecho nada deshonroso. De hecho, apenas miró a Gene Chatsfield y se limitó a hacerle un gesto a su guardaespaldas para que entrara en el ascensor.

—Vamos, Yusuf.

—¡A mi despacho! —le dijo a ella su padre en un tono gélido en cuanto se cerraron las puertas del ascensor con el jeque y Yusuf en su interior.

Los diez minutos siguientes fueron los más incómodos de su vida. Ya era bastante vergonzoso tener que ser reprendida por el dueño de la cadena de hoteles Chatsfield, pero sabiendo además que ese hombre era su padre… Liyah no se había sentido más humillada en toda su vida.

El hecho de que hubiera pasado solo unos minutos en el ascensor con el jeque y el evidente buen estado de su atuendo y de su peinado la salvaron, al menos por esa vez. De otro modo, sabía que la reprimenda habría sido aún peor.

Lo que le quedó muy claro fue que no iba a volver a ignorar la estricta norma del hotel que prohibía a los empleados el uso de los ascensores principales, aunque los huéspedes no los estuvieran usando en esos momentos.

Y, por supuesto, ni siquiera se le pasó por la cabeza la idea de decirle a Gene Chatsfield en ese momento que era la hija a la que nunca había querido reconocer.

Sayed despertó de un sueño muy vívido, estaba excitado y el corazón le latía con rapidez.

No le sorprendió no haber soñado con su prometida. Conocía a Tahira, la hija del jeque de un país vecino, desde que se comprometieran cuando ella era aún una niña. Y sus sentimientos hacia ella apenas habían cambiado desde entonces.

Lo cierto era que el sueño lo había protagonizado la hermosa Aaliyah Amari, la joven en la que no había dejado de pensar desde que llegara a ese hotel.

Desde el incidente del ascensor, ella había hecho todo lo posible por evitarlo y no le extrañaba, le parecía comprensible. Pero él no podía dejar de pensar en ella y le molestaba hacerlo, creía que esas cosas no tenían cabida en su vida.

Seguía sin entender qué le había llevado a actuar como lo había hecho en el ascensor. Había tratado de comprender sus propias acciones sin mucho éxito.

No había sido siempre un hombre célibe, pero sí durante los últimos tres años, desde que Tahira alcanzara la mayoría de edad y su compromiso se anunciara oficialmente.

Había decidido entonces no tener relaciones íntimas con otras mujeres. Nadie lo esperaba de él, pero había querido hacerlo siguiendo su estricto código moral.

Llegó a la conclusión de que quizás fuera esa abstinencia sexual la

culpable de que estuviera teniendo sueños tan intensos y eróticos. Sabía que tres años era mucho tiempo para un hombre de treinta y seis años. Y saber que ese celibato iba a terminar pocas semanas después, cuando se casara con Tahira, no le consolaba demasiado. No se imaginaba en la cama con ella. Y, para colmo de males, tampoco parecía capaz de controlar el creciente deseo que sentía por Aaliyah Amari.

Capítulo 3

Liyah observó a su padre desde el otro lado del gran vestíbulo.

Cuando no estaba intentando ver a escondidas al emir, estaba haciendo lo mismo con Gene Chatsfield. Sabía que la situación era ridícula, no tenía otro nombre.

No había sido capaz de olvidar al jeque ni de ignorar la atracción que sentía por él. Lo único que se le había ocurrido hacer era tratar de evitar cualquier contacto directo con él. No era una solución, pero no sabía qué otra cosa hacer. Y con su padre tampoco le iba mejor, no encontraba el momento oportuno para hablar con él.

Le parecía que estaba siendo muy cobarde.

Hena Amari, su madre, siempre la había elogiado por su naturaleza intrépida y decidida. Pero, durante esos días en Londres, no le parecía que se estuviera comportando de esa manera, todo lo contrario.

Tenía muy claro que debía reunirse con Gene Chatsfield y necesitaba hacerlo cuanto antes. Al menos para comunicarle que su madre había fallecido.

No creía que nadie se lo hubiera dicho. No era el tipo de noticia que el departamento de recursos humanos considerara tan importante como para mencionárselo al propietario de una cadena hotelera tan grande como esa.

Recordó entonces que el hotel Chatsfield de San Francisco había enviado un hermoso ramo de lirios morados para el funeral de su madre, pero estaba casi segura de que habría sido directamente Stephanie Carter la que habría encargado las flores, siempre había sido una mujer muy detallista. No tenía ninguna razón para pensar que el propietario de los hoteles hubiera sido informado sobre la muerte de la que había sido su doncella.

Liyah vio cómo Gene iba hasta la zona donde estaban los ascensores. Supuso que se dirigía a la planta más alta. Allí tenía la suite que solía ocupar cuando estaba en Londres.

Sabía que la suite estaría vacía en esos momentos. La prometida de su padre había salido después de comer para hacer unas compras por la capital y no se la esperaba de vuelta en el hotel hasta después de la hora del té.

Pensó que era el momento perfecto para ir a hablar con él y decirle por fin quién era. Después de todo, no tenía demasiado trabajo esa tarde.

Todo en el hotel iba sobre ruedas y la visita del jeque estaba trascurriendo sin demasiadas complicaciones.

Tenía un momento libre y decidió dedicarlo a cumplir la última voluntad de su madre antes de morir.

A diferencia de lo que hacía su hermanastra, Lucilla Chatsfield, Liyah no quería hacer carrera profesional en el hotel de la familia. Aun así, sabía que el patriarca de los Chatsfield no había apoyado demasiado la carrera profesional de Lucilla.

Era la única hija que le había dejado claro que no estaba interesada solo en los hoteles, pero trabajaba muy duro para la compañía familiar.

Y su padre, en vez de apoyarla, había contratado como director general a Giatrakos, un hombre con una reputación de ser una persona despiadada.

Había oído contar a algunos empleados que el recién llegado les estaba haciendo la vida imposible tanto a Lucilla, como al resto de los hermanos Chatsfield.

De todos modos, Liyah no contaba con que Gene Chatsfield fuera a reconocer públicamente quién era ella. No cuando llevaba toda una vida sin hacerlo.

Sabía que la suya siempre iba a tener que ser una relación discreta. El apellido familiar había ocupado demasiados titulares en la prensa del corazón y sabía que Gene Chatsfield no iba a hacer nada más que pudiera dar pie a que volvieran a arrastrar el nombre de la familia por el fango.

Pero eso no le iba a impedir decírselo y creía que le iba a gustar conocer, después de veintiséis años, a su otra hija.

Después de todo, aunque no hubiera sido demasiado generoso, había estado contribuyendo con cierta cantidad de dinero hasta que ella terminó sus estudios en la universidad, así que contaba al menos con que sintiera algo hacia ella, aunque solo lo hubiera hecho por un sentido de la responsabilidad hacia la vida que había engendrado.

La misma responsabilidad que tenía ella respecto a cumplir con lo que le había pedido su madre.

Respiró profundamente para tratar de calmar los acelerados latidos de su corazón. Había llegado el momento.

Se sacó el medallón de su madre. Lo llevaba siempre escondido bajo la blusa. Se lo había puesto cada día desde que Hena se lo entregara en su lecho de muerte.

Pasó los dedos por el colgante de metal y trató de reunir fuerzas del amor y los recuerdos que esa joya siempre conseguía evocarle. Volvió a respirar profundamente y presionó el botón del ascensor para subir al ático.

Unos minutos más tarde, Gene Chatsfield abrió la puerta de su suite.

Vio que el hombre sostenía su teléfono móvil contra el pecho y la miró con una expresión de sorpresa.

—¿Sí? ¿Qué es lo que quiere, Amari?

Trató de calmarse y hablarle con tranquilidad.

—Señor Chatsfield, le agradecería que me dedicara unos minutos.

—Si tiene algo que ver con su trabajo, hable con recursos humanos. No le va a servir de nada tratar de buscar favores especiales. Algo que además me parece de muy mal gusto.

—No, no es nada de eso. Por favor, señor Chatsfield.

Por un momento, Gene Chatsfield la miró como si estuviera tratando de decidir qué hacer.

—De acuerdo —le dijo señalando un sofá del vestíbulo—. Siéntese. Necesito un par de minutos.

Mientras ella se sentaba, Gene fue a la habitación contigua, pero estaba lo bastante cerca como para que pudiera oírlo.

—Estoy harto de esto, Lucca.

Era bastante incómodo estar allí mientras ese hombre hablaba con su hijo. Miró a su alrededor para distraerse. Vio un periódico en una mesa, al lado de un whisky. Pudo leer el titular principal desde donde estaba. «¡Lucca Chatsfield vuelve a hacerlo!», leyó.

Hasta hacía unas semanas, le había distraído y divertido leer ese tipo de cosas, eran las hazañas de un donjuán conocido en todo el mundo por sus conquistas. Pero todo eso había cambiado y se le revolvía el estómago al saber que ese joven era su hermanastro.

—Limítate al menos a mantenerlo fuera de Internet. Y, por el bien de todos, no vuelvas a escribir nada en Twitter —gruñó Gene por último antes de cortar la llamada.

Después, se asomó a la puerta para mirarla.

—Supongo que tengo cierta reputación entre las camareras y asistentas, pero ya no mariposeo como antes, ese tipo de vida ha quedado en el pasado —comenzó él.

Liyah no pudo ocultar su repugnancia al entender lo que Gene Chatsfield estaba insinuando.

—¡No es por eso por lo que estoy aquí! —declaró indignada.

Su comentario le relajó lo suficiente como para que sonriera.

—Me alegra oírlo. Mi prometida es una mujer muy celosa.

Y él había sido siempre un seductor, pero se dio cuenta de que parecía decidido a mantener completamente enterrado su pasado.

—Perdone, no debería haber venido —comenzó ella levantándose —. Siento haberle molestado.

—¡Tonterías! Si ha decidido venir a verme, será por algo. Adelante, Amari —le dijo el hombre.

—Mi nombre es Aaliyah, aunque todos me llaman Liyah —repuso mientras iban al salón.

—No nos conocemos tanto como para tratarnos con tanta familiaridad, Amari —replicó él.

Ella asintió con la cabeza. Tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar.

—Por favor, siéntese —le indicó el hombre señalando uno de los sillones cerca del fuego.

—No sé por dónde empezar.

—Por el principio, por favor —repuso el hombre.

Ella asintió con la cabeza. Se le ocurrió quitarse el medallón y enseñárselo.

—Un colgante muy bonito y antiguo. ¿Acaso está tratando de vendérmelo? —le preguntó él.

—No, claro que no. Por favor, ábralo y mire las fotos.

Había una de Liyah el día de su decimosexto cumpleaños y otra de su madre a la misma edad.

Sabía que su aspecto a los dieciocho, la edad que tenía cuando Chatsfield la conoció, habría sido muy similar. Pero el hombre se limitó a mirar las fotos con el ceño fruncido.

—Una joven muy bella, igual que su hermana —comentó Gene—. Pero no entiendo qué es esto.

—La otra mujer no es mi hermana. Era mi madre.

—¿Era? ¿Ha fallecido? —le preguntó Gene Chatsfield mirándola por fin a los ojos.

—Sí y no me habló de usted hasta poco antes de morir.

Vio que fruncía de nuevo el ceño, pero parecía más preocupado y molesto que confundido.

—Creo que debería decirme quién era su madre y qué le contó sobre mí.

—¿No la reconoce? —le preguntó algo ofendida—. Eso es bastante… Bastante decepcionante.

—Ya me imagino. Sobre todo porque creo haber adivinado por qué está aquí.

—¿Sabe quién soy? —repuso algo más aliviada.

—Bueno, no es la primera vez que me sucede. Estás a punto de decirme que soy tu padre, ¿no?

—¿Ya le había pasado antes? —preguntó consternada—. ¿A cuántas jóvenes sedujo?

—Eso no es asunto suyo.

—Puede que no —le concedió ella—. Me parece deplorable que no la recuerde, pero no finja que no sabe quién soy. Me contó que estuvo enviándole dinero durante años como gastos de manutención.

—¿Cómo se llamaba su madre? —le preguntó con suma frialdad.

—Hena Amari.

—¿Y cree que tuve una aventura con ella fruto de cual nació usted?

¿Trabajaba en mis hoteles?

—Sí, era su doncella personal en el Chatsfield de San Francisco.

—¿En qué año?

Liyah contestó su pregunta y Gene Chatsfield negó con la cabeza.

—Me avergüenza mi comportamiento durante esa época de mi vida, pero no voy a permitir que nadie me haga chantaje.

—¿Cómo? ¡No estoy tratando de chantajearlo!

—¿No me acaba de hablar de gastos de manutención?

—Le hablaba del dinero que envió a mi madre hasta que terminé mis estudios. No era mucho, pero al parecer no dejó de enviar cierta cantidad cada mes. Es una prueba irrefutable de que sí sabía quién era yo —le dijo ella.

O estaba fingiendo no entenderla o las cosas no eran como ella creía que eran. La perspectiva de que le estuviera diciendo la verdad hizo que se le helara la sangre en las venas.

—Nunca he enviado dinero a nadie —le comunicó con firmeza el hombre.

—¿Qué? No, eso no es posible —repuso ella sacudiendo la cabeza con decisión—. Mi madre me habló de usted en una carta, me dijo que no era un mal hombre, sino uno que se había dejado llevar por la tentación en un momento muy complicado de su vida. Me explicó que ese apoyo financiero demostraba que mi padre se preocupaba por mí, aunque no formara parte de mi vida —le dijo ella con un hilo de voz.

—Parece que su madre hablaba demasiado y que casi todo lo que decía era mentira.

Se lo dijo con tanta firmeza y desdén que le costó creer que estuviera mintiéndole.

No pudo evitar que se le hiciera un nudo en el estómago. Se sentía como si se estuviera ahogando y le costara respirar. Se sentía tan traicionada…

No podía creerlo.

«Mi madre me mintió», se dijo.

La única persona en su vida en la que siempre había podido confiar, su única familia…

—Si de verdad fueras mi hija y hubiera decidido apoyar económicamente a tu madre, te aseguro que habría sido bastante más generoso.

Liyah se puso de pie con piernas temblorosas, pero trató de mantener la compostura.

—Siento haberle molestado, no volverá a ocurrir —le dijo.

—Espero que no —replicó con dureza poniéndose también en pie—. Si intenta sacar provecho de esas mentiras, no dudaré en denunciarla.

Liyah se tambaleó un poco hacia atrás, como si acabara de abofetearla.

—Supongo que mi madre estaba equivocada.

—Desde luego. No debería haberle pedido que viniera a hablar conmigo. Seguro que ni siquiera está muerta, ¿verdad? Eso también es mentira, ¿no?

—No, no lo es. El único progenitor que he tenido, el único que me importa, fue mi madre y murió hace cuatro meses.

—¿Sí? ¿Y cómo es que ha tardado tanto tiempo en venir? ¿Le costó llegar a la conclusión de cómo podía sacar provecho de la historia de su madre?

Reunió las pocas fuerzas que le quedaban para ponerse la máscara de indiferencia con la que tantas veces había tenido que protegerse del mundo y levantó la cabeza hacia Gene Chatsfield, viéndolo por primera vez como el canalla que era.

—Si he venido ahora ha sido porque su hotel me contrató —se defendió ella.

—Espero que mañana mismo avise a recursos humanos de su renuncia, no voy a tener a una aspirante a chantajista trabajando en mi hotel.

—Me gustaría irme hoy mismo, pero, a diferencia de los hijos que sí ha criado usted, soy una profesional muy responsable.

Sin decir nada más, se dio media vuelta y logró salir de la suite a pesar de que sus temblorosas piernas apenas podían sostenerla en pie.

Lo último que quería en esos momentos era que ese hombre viera cuánto le habían afectado sus duras y frías palabras. Ya se había mostrado demasiado vulnerable ante él cuando le había dicho quién era.

No se dio cuenta hasta que entró de nuevo en el ascensor que se le había olvidado pedirle que le devolviera el medallón de su madre, lo había olvidado en la suite. Se abrieron las puertas del ascensor pocos segundos después en la planta baja. Estaba en el vestíbulo.

Se quedó allí parada, aún dentro del ascensor y tratando de decidir qué debía hacer. Quería recuperar esa querida joya, pero no pudo reunir las fuerzas necesarias para volver a subir al ático y tener que enfrentarse de nuevo con el hombre que tanto daño le acababa de hacer.

Se quedó allí sin saber qué hacer.

Dos hombres entraron en el ascensor y, aunque sabía que debía bajarse y no estar allí con clientes, no hizo nada. Se limitó a apartarse de ellos mientras uno de los clientes introducía en el panel el código de acceso a la planta presidencial.

Como no quería tener que volver a la suite de Chatsfield, introdujo el código para ir a la planta de la que estaba encargada, aunque no tenía nada que hacer allí.

Lo único que tenía claro en esos instantes era que no iba a suplicarle

a Gene Chatsfield que le devolviera el colgante, no pensaba volver a pedirle nada en toda su vida.

Sabía que lo más probable era que el propio Chatsfield se encargara de devolvérselo por medio de algún empleado o de alguien del departamento de Recursos Humanos.

Y, si no lo hacía, decidió que tendría que despedirse para siempre de ese recuerdo. De la misma manera que debía despedirse de la idea a la que se había aferrado toda su vida, esa seguridad que había tenido hasta ese día de que su madre nunca le mentiría.

Durante toda su infancia la había marcado el hecho de que al menos su padre sabía que ella existía y se ocupaba de ella, aunque solo fuera con una mínima contribución económica.

No entendía por qué le estaba doliendo tanto, a esas alturas de su vida, saber que no había sido así, pero tenía que reconocer que ese hombre había conseguido romperle el corazón en mil pedazos.

Hasta ese momento, no había sido consciente de la importancia que había tenido para ella creer que tenía un padre, ni siquiera le había preocupado tanto que no quisiera conocerla o que, hasta ese año, ni siquiera hubiera sabido quién era él.

Trató de calmar su acelerado corazón y convencerse de que, en realidad, nada había cambiado en su vida. De todos modos, Gene Chatsfield no había llegado a ser más que un sueño efímero, alguien en quien debía dejar de pensar.

Decidió que si ese hombre era capaz de mirarla a los ojos y tratar de hacerle creer que no era su padre, no iba a dejar que eso le hiciera daño.

Intentó convencerse de que no le importaba lo que acababa de descubrir, pero nunca se le había dado demasiado bien mentirse a sí misma, por muy bien que ocultara su dolor ante el resto del mundo.

Sentía frío en las entrañas, en los huesos y en lo más profundo de su alma. Se dio cuenta de que estaba temblando, como si fuera una fría mañana de invierno y hubiera salido a la calle sin su abrigo. Estaba tan dolida y confusa, que le costaba pensar con claridad, notó que le sudaban las manos y que el corazón le latía con más fuerza que nunca. Era como si estuviera sufriendo un ataque de ansiedad o algo parecido.

No podía siquiera distinguir los sonidos que la rodeaban, no eran más que un ruido sordo, y sintió que se le nublaba la vista.

Apoyó una mano en la pared, necesitaba esa seguridad para tratar de calmarse, pero nada a su alrededor parecía real. Sentía que estaba rodeada de mentiras y falsedades. Respiró profundamente, pero no consiguió sentirse mejor.

No sabía qué pensar. Le costaba creer que su madre pudiera haberla engañado de ese modo, pero la manera en la que Gene Chatsfield la

había tratado había sido como un puñetazo en el estómago.

A pesar de lo afectada y confundida que se sentía en esos momentos, un tono cortante y masculino atrajo su atención. Quizás porque había reconocido inconscientemente la voz de ese hombre, alguien con el que llevaba algún tiempo soñando, alguien que ocupaba sus pensamientos tanto de día como de noche.

Era el jeque.

Lo miró de reojo y vio que había acertado, era Sayed.

Estaba hablando en árabe con su guardaespaldas personal, el hombre al que el emir había llamado Yusuf el otro día, cuando pasaron unos minutos juntos y a solas en el ascensor del hotel. Se dio cuenta de que el jeque estaba tan enfadado, tan fuera de sí, que parecía no haberla visto. No tardó en entender por qué estaba tan afectado cuando escuchó de lo que estaban hablando.

Al parecer, Liyah no era la única que había tenido que enfrentarse ese día a una dolorosa traición. Por increíble que pudiera parecerle, la futura esposa del emir de Zeena Sahra lo había abandonado y se había fugado con otro hombre, alguien que trabajaba como empleado en el palacio de la joven princesa.

Lo primero que se le pasó a Liyah por la cabeza en ese momento fue lo absurdo de la situación, le parecía increíble que una mujer pudiera llegar a renunciar a pasar el resto de su vida con Sayed, un hombre en el que no había podido dejar de pensar desde que lo viera por primera vez en el vestíbulo del hotel.

Las puertas se abrieron en la planta que había sido reservada para el harén de Sayed y ella salió deprisa y sin decir nada. Creía que había conseguido pasar desapercibida y que el jeque no la reconociera.

Se le ocurrió entonces una idea, la habitación que habían reservado para la prometida de Sayed ya no iba a ser ocupada, ni al día siguiente ni en toda la semana.

Tan fuerte era la abrumadora necesidad que sentía en esos momentos de alejarse de todo y de todos, que olvidó todas las normas del hotel. Acababa de encontrar el sitio perfecto para esconderse de las miradas indiscretas.

Miró a su alrededor. Afortunadamente, no había nadie más en el pasillo de esa planta, ningún testigo que la viera meterse en la habitación de un huésped del hotel. Aunque había sido un placer conocer a Abdullah-Hasiba, no quería tener que cruzarse con ella ni con nadie relacionado con Sayed.

Ya le estaba costando demasiado trabajo mantener el control de sus emociones después de la conversación que había tenido con el presidente de la compañía, lo último que quería era encontrarse con algún huésped y tener que escuchar las historias del príncipe heredero que querrían contarle sus fieles empleados.

Usó su llave electrónica para entrar sin hacer ruido en la lujosa habitación que habían preparado para la que fuera prometida del jeque hasta hacía muy poco tiempo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Tenía demasiado dolor en su interior como para controlarlas durante más tiempo.

Le había costado mucho trabajo no derramarlas delante de su madre, pero siempre lo había hecho por amor a ella y para que no tuviera que sufrir. Y, si se había controlado delante de Hena, mucho más cuando estaba con desconocidos.

No se fijó en la suntuosa decoración de la suite, ignoró por completo las bellas paredes pintadas de verde menta y las elegantes pinturas y tapices que decoraban las paredes de las habitaciones. Solo tenía una cosa en mente, el bien surtido mueble bar que había entre la sala de estar y el pequeño comedor.

Le había sorprendido recibir ese tipo de solicitud durante la preparación de las habitaciones del séquito real, pero había sido la propia princesa Tahira la que le había hecho llegar directamente su petición.

Y el trabajo de Liyah consistía en atender las peticiones y deseos de los huéspedes, no era asunto suyo valorarlos ni criticarlos. Era algo que tenía muy claro. Le enorgullecía saber que siempre había trabajado con profesionalidad y total discreción.

Pero teniendo en cuenta el hecho de que no había ningún tipo de bebidas alcohólicas en la suite del propio Sayed ni en las habitaciones del resto de su personal, Liyah había llegado a la conclusión de que el emir no había sido consciente del gusto por la bebida que parecía tener la que iba a ser su esposa.

Y, después de lo que acababa de pasar con la anulación del compromiso y la boda real, le había quedado claro que esa afición hacia el alcohol no era la única cosa que Tahira le había estado escondiendo a su prometido.

Liyah estaba tomándose su tercera copa de whisky añejo, sin agua ni hielo, cuando oyó el chasquido de una llave electrónica en la puerta de la suite.

Observó totalmente fascinada y sin poder moverse de su sitio cómo se abría poco después la pesada puerta de madera.

El hermoso rostro del jeque Sayed bin Falah al Zeena apareció frente a ella junto con su imponente cuerpo. Iba vestido como siempre, con un traje de diseño bajo la tradicional *abaya* negra.

Vio cómo abría la boca con sorpresa y se entrecerraban sus oscuros ojos al descubrir quién estaba ya dentro de la habitación.

Capítulo 4

Sayed tenía muy claro por qué había decidido ir a la suite de la que fuera su prometida. No tenía nada que ver con sentimentalismos, sino con el bien surtido mueble bar del que iba a poder disfrutar sin testigos.

Pero se había quedado inmóvil al encontrarse de repente con los ojos de esa mujer. Y la respuesta instantánea de su cuerpo no le pareció tan inconveniente entonces como lo había sido durante el tiempo que llevaba alojado en ese hotel. Todo había cambiado.

Aaliyah Amari estaba medio tumbada en el sofá con un vaso de cristal en la mano y un gesto de sorpresa. Le llegó enseguida el aroma de un buen whisky de malta y se dio cuenta de que había ido a la habitación de Tahira por la misma razón que él. Para poder beber.

Cualquier otro día, habría reaccionado con furia ante una transgresión tan inaceptable, pero no le quedaban fuerzas para enfadarse con nadie más, toda su ira la había concentrado en su prometida, la mujer que acababa de traicionarlo.

—No está aquí —le dijo Aaliyah hablando con algo de dificultad.

—Ya, ya me lo imagino —repuso él.

—Supongo que te estarás preguntando por qué estoy aquí yo.

—Me imagino que necesitabas tomarte una copa y poder hacerlo en privado.

Notó que su expresión se relajaba al oírlo.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Aaliyah—. ¿Has hablado con mi padre?

Se dio cuenta entonces de que ya había bebido demasiado.

—No sé qué decirte. Ni siquiera conozco al señor Amari.

Los exuberantes labios de Aaliyah se separaron, pero no dijo nada, le había entrado hipo.

—Estás borracha.

—No, no creo —repuso ella—. Solo me he tomado tres vasos. ¿Es eso suficiente?

—¿Te has bebido tres vasos de whisky? —le preguntó de nuevo sorprendido.

—Bueno, no hasta arriba. Lo llené hasta aquí —le dijo mientras indicaba con el dedo lo que debía equivaler a un whisky doble.

—Entonces, es como si te hubieras tomado unas seis copas de whisky.

—¡Vaya! —exclamó frunciendo el ceño—. Eso no está bien, ¿verdad?
—Eso depende de las razones que tuvieras para beber.
—Estoy bebiendo porque acabo de darme cuenta de que alguien que pensé que nunca me mentiría lo hizo durante toda mi vida, me hizo creer cosas que no eran más que un cuento.
Lo que le decía le sonaba, a él le había pasado algo parecido.
—Lo siento.
—Mi madre me dijo que mi padre no era un hombre malo.
—¿Cómo? ¿No conocías a tu padre?
Su vida no había sido tan fácil y cómoda como pensaban muchos, pero siempre había podido contar con su padre, que además era un buen hombre.
—No, hasta hace poco ni siquiera sabía quién era. Y creo que mi madre estaba equivocada.
—¿No es un buen hombre? —le preguntó Sayed.
—A lo mejor sí, pero no es muy agradable.
—Creo que muchos podrían decir lo mismo de mí.
—Probablemente —le confesó ella.
Se echó a reír ante la franqueza de sus palabras.
—Creo que deberías haberme llevado la contraria, ¿no te parece?
—¿Por qué? Es la verdad. Eres demasiado arrogante para que te consideren agradable.
—La arrogancia va con el cargo, soy el emir.
—Sí, pero aún no eres el gobernante de tu país, solo el emir.
—Bueno, pero tengo muchas responsabilidades.
—Muy bien —repuso Aaliyah.
—Muy bien, ¿qué? —le preguntó él.
—No estoy segura.
—Estás borracha —insistió él.
—Y tú quieres estarlo. Por eso adivinaste que había venido hasta aquí buscando un sitio para beber a escondidas —le dijo ella—. Porque es lo que también quieres hacer tú.
—Razonas bien. Y eso que probablemente no podrías ni andar dos pasos en línea recta.
—Prefiero no intentarlo, gracias —repuso Aaliyah moviendo la mano con gran elegancia.
—Bueno, entonces supongo que me serviré yo mismo una copa.
—¿Acaso esperabas que lo hiciera yo?
—¿No consiste en eso tu trabajo? ¿En servirme? —le preguntó mientras se preparaba una copa de ouzo.
—¿Es que quieres que haga de esta reunión espontánea algo formal?
—No, claro que no —le dijo él sentándose junto a ella en el sofá—. No se lo digas a nadie.

—¿Por qué creen los hombres ricos y poderosos que tienen que decirme qué hacer? Tampoco yo quiero que nadie se entere de que he estado bebiendo en la habitación de un huésped.

—Bueno, Tahira no va a necesitar esta habitación.

—Algo que nos ha venido muy bien a los dos.

—Pero yo no estaría aquí si Tahira hubiera mantenido sus promesas.

—Se ha ido con otro, ¿no?

—¿Ya lo sabe la prensa? —le preguntó él.

Sabía que estaba a punto de estallar una crisis en su país y que las cosas se iban a poner muy feas, pero en ese momento no quería pensar en ello. Había perdido a su hermano y también su propia infancia por culpa de la política y la violencia.

Estaba cansado y enfadado. Por esa noche, quería olvidarse de que era el emir y ser, simplemente, un hombre. Un hombre que acababa de recuperar la soltería.

—He pasado toda mi vida comportándome como esperaban de mí —le dijo Sayed.

Sin saber muy bien por qué, tenía la certeza de que sus confidencias estaban a salvo con esa mujer. Aunque apenas la conocía, necesitaba hablar con ella.

—Ni siquiera me sentía atraído por Tahira.

—Pero nunca trataste de romper el compromiso y echarte atrás, ¿no?

—No, claro que no.

—¿Y te sorprende que se haya ido con otro en vez de aferrarse a un matrimonio infeliz?

—¿Estás segura de que te has bebido tres dobles de whisky? Tienes momentos muy lúcidos…

Aaliyah se rio y le dio un ataque de hipo. Lo miró después como si no entendiera de dónde había salido ese sonido. No pudo evitar sonreír al verla así.

—Creo que los dos estáis mejor ahora —le dijo ella.

—Esa es una visión muy ingenua de la situación.

—Tal vez. A veces hay que hacer lo que el corazón te pide. Mi madre renunció a todo lo que tenía por amor hacia mí.

—Mi madre también es increíble —le aseguró él.

—Lo sé, he leído mucho acerca de ella. Dicen que la reina Durrah es muy simpática.

—Lo es —respondió con seguridad—. Más que su esposo y su hijo.

—Me alegra saberlo, aunque puede que eso de ser simpático y agradable esté sobrevalorado.

—¿Por qué lo dices?

—Mi madre era muy agradable, casi demasiado. Si alguna vez se

hubiera permitido el lujo de enfadarse con la gente que tanto daño le hizo, le habría ido mejor en la vida.

—Puede que ella fuera más feliz disfrutando de la paz que produce ser capaz de perdonar.

—Tal vez… —repuso Aaliyah poniéndose de pie con dificultad—. Creo que voy a tomarme otro.

Él se levantó y la llevó de vuelta al sofá.

—Antes que nada, bebe un poco de agua.

—No quiero agua.

—Sí quieres agua, pero no eres consciente de ello.

—Eres muy mandón —protestó Aaliyah.

—Eso dicen —repuso él mientras sacaba un par de vasos y una botella de agua del mueble bar.

—No me extraña.

De vuelta al sofá, le dio el agua y se sirvió él otro licor de ouzo.

—¡Tú también estás bebiendo mucho! —comentó ella después de tomar un sorbo de agua.

—Es que aún me llevas cinco copas de ventaja.

—¿Estás intentando alcanzarme?

—Sí —replicó él sin pensárselo dos veces.

—¿Cómo sabías que la princesa Tahira iba a tener alcohol en su habitación?

—Intento mantenerme bien informado sobre las personas que me rodean.

—Parece que de ella no lo sabías todo.

—Es verdad —reconoció él—. Pero habría sido mucho más diplomático que no me lo recordaras.

—Soy jefa del servicio de doncellas de esta planta, no diplomática.

—No te pareces a ninguna de las doncellas con las que he tratado.

—Y supongo que habrán sido muchas, ¿verdad?

—No, en realidad no. Eso es precisamente lo que te hace tan diferente.

—Bueno, yo no soy limpiadora. En el hotel anterior, era subdirectora de recepción.

—Y ¿por qué estás trabajando ahora en otro puesto inferior?

—Necesitaban a mi madre, pero, como había muerto, vine yo.

—¿Tampoco tienes a tu madre? —le preguntó con una pena que no solía sentir.

—Sí. Ella era de Zeena Sahra.

—Entonces, ¿has venido a Londres para estar con el resto de tu familia?

—No, los Amari nunca han querido reconocerme. De hecho, trataron de sobornarme para que me cambiara el apellido.

—¿De verdad?

Aaliyah asintió con la cabeza con una expresión de profunda vulnerabilidad en sus ojos.

—Mi madre no perdió nunca la esperanza, pero yo sabía que nunca iban a aceptarme en su familia. Ella fue enterrada en el panteón familiar, pero yo no lo seré.

—Ellos se lo pierden.

—Eso me digo siempre, pero ¿sabes qué? A veces es difícil creerlo. Además, yo estoy sola.

—Nadie se merece que su familia lo abandone —le dijo él.

Aaliyah trató de fingir que no le importaba, pero no lo logró. A él le gustaba ver cómo era de verdad, sin máscaras, vulnerable. Sabía que no ofrecía esa cara a los demás.

—No, pero a veces pasa —le contestó ella encogiéndose de hombros.

El gesto hizo que se derramara casi todo el agua por la parte delantera de su chaqueta, pero ni siquiera se sobresaltó. Se limitó a mirarse la prenda.

—¡Vaya! —susurró.

—Estás empapada.

—Sí… —repuso ella inclinando a un lado la cabeza—. ¿No deberías ir a por una toalla?

—¿Tú crees? —le preguntó él.

En lugar de responder, Aaliyah se desabrochó la chaqueta y comenzó a quitársela.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó algo inquieto al ver cómo reaccionaba su cuerpo.

—No te preocupes, llevo una blusa debajo. Pero no quiero que se moje también.

Cuando se quitó la chaqueta, Sayed no pudo contener un suspiro. Era demasiado tarde. La blusa también estaba mojada y se adhería a la piel de su torso y a las curvas de su pecho. Podía incluso distinguir el encaje de su sostén.

Aaliyah se miró entonces e hizo una mueca de desagrado.

—Demasiado tarde…

—Eso mismo estaba pensando yo —le dijo él.

—Supongo que también debería quitármela

Su conciencia le decía que debía detenerla, pero se quedó fascinado mirándola con lascivia mientras se quitaba la corbata del uniforme y, después, la blusa. Su sostén era muy revelador.

—Veo que te gusta la ropa interior bonita —susurró él con la voz temblorosa.

El ouzo ya empezaba a afectarle. Y también lo que tenía delante de sus ojos.

—Sí, claro que me gusta. Tengo que vestir de manera muy

conservadora en el trabajo, por eso elijo ropa interior que me haga sentirme femenina a pesar de todo.

—Por eso no te preocupes, tu uniforme no consigue ocultar tu feminidad.

—¿No? —le preguntó ella con seriedad—. Siempre he pensado lo contrario.

Sayed negó con la cabeza.

—No sé si esto es buena idea… —murmuró ella entonces.

Era como si su cerebro por fin empezara a ser consciente de lo que acababa de hacer.

—Está bien —dijo él sin pensar.

—¿Qué vas a decir tú? Eres un hombre.

—Eso es verdad.

A pesar de lo que muchos pensaban, era un hombre de carne y hueso.

—Bueno, ya sé qué voy a hacer —le aseguró Aaliyah.

Esperaba que volviera a ponerse la chaqueta, pero deshizo el moño y dejó que su largo y sedoso cabello le cayera en cascada sobre los hombros y los pechos. Se arregló ella misma el cabello para que su pelo cubriera las tentadoras curvas de sus senos.

—¡Ya está! —exclamó con una sonrisa de satisfacción.

—¿Crees que ahora tu aspecto es más modesto? —le preguntó él con un hilo de voz.

—Bueno, he cubierto con el pelo las partes importantes.

—Sí, eso sí…

Pero solo había conseguido encender aún más su libido. Vio cómo Aaliyah se servía otro vaso de agua, logrando hacerlo sin derramar el líquido. Después, lo miró a él.

—Te toca.

—¿Qué quieres? ¿Qué me tire el agua por encima? —le preguntó.

—No, no hace falta. Pero creo que deberías quitarte la túnica y esas cosas…

—¿Yo?

—Es lo justo.

Le pareció que su sugerencia tenía mucho sentido. Se puso de pie y le sorprendió un poco lo difícil que le había resultado hacerlo.

—Se llama *abaya*.

—Lo sé —respondió ella—. Y esos bordados granates y dorados alrededor del cuello significan que eres un mandamás en Zeena Sahra —añadió Aaliyah.

—Así es —repuso él mientras se quitaba la *abaya* y la dejaba sobre el sofá.

—Y lo mismo pasa con tu *egal*, creo que deberías quitártelo.

—¿Por qué?

Nunca se quitaba la *kufiyya* y el *egal* delante de extraños. El pañuelo de la cabeza y el cordón de tres vueltas revelaban su posición como príncipe heredero. Eran parte de él.

—Creo que te vendría bien pasar unas cuantas horas sin ser el emir.

Las palabras de Aaliyah resonaron dentro de él y se quedó mirándola unos segundos.

—¿Sabes qué? Creo que tienes razón.

Ella asintió con la cabeza y el gesto movió su melena, revelando una piel dorada que estaba deseando probar. Iba olvidando las razones que podía tener para resistirse a la tentación.

—Lo que estoy pensando ahora mismo no sería demasiado apropiado para un emir —admitió él.

—Entonces, quítatelo.

—Pero no dejaré de ser quien soy por mucho que me quite el *egal*.

—Podemos fingir que eres otra persona.

Su sugerencia le pareció muy atractiva. Se rindió y se quitó el pañuelo que cubría su cabeza.

—Ahora, la chaqueta del traje —le instruyó ella.

—¿Acaso estás tratando de desnudarme?

—¿Creo que no? —repuso ella.

—No pareces muy segura —le contestó él al ver que la idea había conseguido confundirla.

Capítulo 5

Bueno, se supone que deberías estar como yo —repuso Aaliyah frunciendo el ceño.

—No es así cómo funcionan las cosas.

—Claro que sí —protestó ella con mucha seriedad.

Había algo que no entendía en su lógica, pero no pudo identificarlo en ese momento. Además, le gustaba la idea de quitarse la ropa que lo separaba de esa mujer. Creía que sería tan agradable como lo había sido quitarse el pañuelo de la cabeza y olvidarse de quién era. Aunque solo fuera durante unas pocas horas y en la intimidad de esa suite. No entendía por qué le temblaban los dedos mientras se quitaba la chaqueta, la corbata y la camisa.

Pero Aaliyah no pareció darse cuenta. Sus ojos estaban fijos en él y lo miraba de una manera que le resultó muy halagadora. Había dedicado mucho tiempo a fortalecer su cuerpo mientras perfeccionaba las habilidades de combate tradicionales en su país. Sabía que estaba en forma, no le gustaba la falsa modestia.

Pero la forma en que ella lo miraba… No le mostraba solo la atracción que parecía sentir hacia su cuerpo, era algo mucho más intenso. Aaliyah lo miraba hambrienta, no lo ocultaba.

—Tu cabello es demasiado corto para poder tapar tu piel desnuda —susurró ella.

—No parece que eso te moleste —respondió él—. Además, yo ya tengo pelo en el torso.

—Sí —susurró en un hilo de voz ella—. Tus pezones están duros…

—Seguro que los tuyos también —repuso él.

—Sí…

Tuvo que controlarse para no gemir. Esa franqueza le estaba resultando muy excitante.

—Bebe más agua mientras yo me tomo otro ouzo.

Sabía que era un licor muy fuerte y él casi nunca bebía, pero necesitaba estar a su altura.

Se quedaron mirándose en silencio unos segundos después de terminarse sus bebidas.

—Sé que me deseabas ese día, en el ascensor… —le dijo ella sin dejar de mirarlo.

Como si necesitara que ella le recordara ese momento. No había pensado en otra cosa.

—Sí —le confesó él.

Y aún la deseaba. Cada vez más. Sentía su miembro firme y duro, preparado para ella.

—Nunca lo he hecho en un ascensor —admitió ella como si fuera un vergonzoso secreto.

—Yo tampoco. Pero mejor así, creo que a Gene Chatsfield le habría enfurecido que hubiera pasado algo así en el ascensor.

—Lo sé, estaba bastante furioso y eso que no ocurrió nada…

—Lo dices como si no te preocupara.

—Es que no me preocupa. Me voy del hotel.

Abrió la boca para preguntarle por qué, pero se quedó sin palabras cuando ella se agachó para dejar su vaso en la mesa de centro. Su cabello dejó al descubierto uno de sus pechos y pudo distinguir su oscuro pezón bajo el encaje color champán de su sujetador. Nunca había visto nada tan delicioso. Se aclaró la garganta y se sirvió otro vaso de ouzo.

—Tres años es mucho tiempo —le dijo él entonces—. Sin sexo. Es mucho tiempo sin sexo.

—No sabría decirte… —le contestó Aaliyah.

Se preguntó si tendría relaciones sexuales de manera habitual. No sabía si le gustaba imaginarlo o no.

—Entonces, ¿no te has acostado con nadie durante tres años? —le preguntó ella.

—No, ¿por qué iba a mentirte? No necesito hacerlo para que una mujer se acueste conmigo.

—No, supongo que no —le dijo ella mientras lo miraba de una manera que era a la vez inocente y lasciva—. Seguro que tienes a tu alcance tantas mujeres como quieras.

—No sabría decirte, últimamente no he tratado mucho con mujeres solteras y sin compromisos. No sé si lo recuerdas pero, hasta hace unas horas, era un hombre prometido para casarme.

—Entonces, ¿eres uno de esos tipos que saben ser fieles incluso antes del matrimonio?

—No soy perfecto, pero, cuando el compromiso fue oficial, decidí no tener más amantes.

—¿Y durante este tiempo nunca has querido acostarte con ella? ¿No te lo sugirió Tahira?

—No.

—¿Y no te extrañaba que no hubiera atracción sexual entre los dos? ¿No te pareció que eso iba a ser un problema?

—Los matrimonios entre las personas de mi posición no son como en tu mundo.

—Eso es un comentario muy elitista.

—Es que es verdad, vivimos en dos mundos muy distintos. Pero,

ahora mismo, estamos en el mismo espacio.

—Es verdad, yo siento lo mismo —le confesó mientras inclinaba la cara hacia él.

—Es un momento sin tiempo.

Ella se echó a reír a carcajadas.

—¡Arrogante y cursi! No entiendo por qué aun así deseo tanto besarte.

Y él no entendía por qué se reía. Era un momento que no iba a volver a repetirse nunca, pero daba gracias al destino por darle la oportunidad de encontrarse con ella en esa suite.

—¿Por qué no ibas a querer besarme? —le preguntó él.

—Porque crees que eres demasiado bueno para mí —le confesó ella.

—No —repuso sorprendido—. Eso no lo he dicho nunca. Solo te he dicho que somos de mundos diferentes, pero esa es la realidad, no creo que nadie sea mejor que nadie. Conozco a jeques de otros países a los que no quiero ver ni en pintura. Contigo, en cambio, me encantaría poder pasar más tiempo —le dijo con honestidad—. Pero un emir no puede relacionarse con una empleada de hotel. La vida no es un cuento de hadas.

Por mucho que deseara lo contrario.

—Y tú no eres ningún príncipe azul —agregó ella con tristeza.

Le dolió que le dijera algo así y no entendía por qué.

—Bueno, nunca he pretendido ser otra cosa que un hombre.

—Un hombre que es además el príncipe heredero de su país.

—Exactamente.

—Creo que ni siquiera eres consciente de tu arrogancia —le dijo ella —. ¿Te he ofendido?

—No, claro que no.

—Porque la opinión de una simple empleada de hotel no te importa, ¿verdad?

—Claro que sí. Tu opinión es importante.

De hecho, le resultaba más importante de lo que quería admitir.

—Hablas como un político.

—Es que lo soy, en parte lo soy.

La diplomacia era muy importante en su vida.

—Yo creo que eres demasiado sexy para ser un político.

—Me alegra que me veas así.

—¿Vas a besarme? —susurró ella con su boca a pocos centímetros de la de él.

No se molestó en contestar, se limitó a hacerlo. Ella reaccionó como si no supiera qué hacer, pero luego sus labios se suavizaron y amoldaron a los de él. Comprendía que tuviera ciertas reservas. No le parecía el tipo de mujer dada a aventuras de una noche, pero eso era lo único que iba a haber entre ellos. De mala gana, se apartó de ella.

—No podemos tener más de una noche —le dijo antes de continuar.

A pesar de la situación, seguía siendo un hombre de honor.

Liyah tuvo que procesar y entender las palabras de Sayed antes de responder.

—Lo sé.

Le había dejado muy claro que no podían volver a verse y no le importaba. Se había pasado toda su vida escuchando las advertencias de su madre sobre ese tipo de situaciones y estaba cansada.

Nunca había salido con chicos en el instituto y en la universidad, no había ido más allá de unos cuantos besos. Había mantenido su inocencia por su madre, como si así fuera a conseguir que la aceptaran en la familia Amari. Creía que había decidido no tener relaciones para demostrarles lo bien que la había criado su madre. Y en ese momento no entendió por qué había sido tan importante para ella, cuando esas personas no la querían. Le pareció ridículo.

Sabía que le esperaba toda una vida de soledad. Por esa noche, quería tener esa intimidad de la que siempre había huido, algo que sabía que no iba a volver a tener. Porque tenía la sensación de que ningún otro hombre iba a poder estar a la altura del emir.

No sabía si existía el amor a primera vista o si era solo lujuria, pero lo que sentía por ese arrogante jeque iban más allá de cualquier cosa que hubiera experimentado hasta entonces.

—Quiero besarte otra vez —le dijo él.

—Me encantaría que lo hicieras —repuso ella suspirando suavemente.

Sayed no dijo nada más, la besó mientras colocaba una mano en su nuca. Le sorprendió lo agradable que era, lo que sentía y cómo le quemaban los labios de ese hombre en su boca. Era increíble, todo su cuerpo lo deseaba y quería mucho más. Era un beso decadente, delicioso y totalmente adictivo. Se dio cuenta de que los labios de ese hombre eran letales.

Sayed comenzó a pasarle la lengua por los labios y los separó instintivamente. Se estremeció cuando sintió que sus lenguas se juntaban, aquello era mucho más íntimo y nuevo para ella.

Nunca se habría podido llegar a imaginar lo erótico que podía llegar a ser. Pero deseaba más y más. No sabía el qué, pero lo deseaba.

Sayed acarició uno de sus pechos sin dejar de besarla y entonces lo supo, eso era lo que quería. Era como si no llevara puesto el sostén, podía sentir el calor de su mano sobre la piel y por todo el cuerpo. Sus dedos siguieron tocándola, acariciando suavemente sus curvas y rozando ligeramente su pezón. Todo su cuerpo se tensó, sintió sacudidas eléctricas que se concentraban en un mismo sitio, en la

parte más íntima de su ser. No sabía si era normal, le costaba creer que pudiera ser tan fácil alcanzar el éxtasis. Por lo que había leído en las revistas, había llegado a pensar que era algo mucho más complicado de alcanzar.

Él pellizcó suavemente el pezón entre sus dedos mientras continuaba besándola. Todo era nuevo para ella, pero sentía que sabía lo que tenía que hacer, no le costaba seguir su ritmo.

Se dio cuenta de que lo que había sentido antes no era el clímax porque el placer iba en aumento. Cada sensación era más intensa que la anterior, todo su cuerpo estaba en llamas.

Y, si eso no era un orgasmo, no sabía cómo iba a poder sobrevivir a uno, pero estaba dispuesta a intentarlo.

Sayed dejó de besarla un segundo para mirarla a los ojos.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó entre jadeos.

Ella asintió con la cabeza, incapaz de hablar.

—Sabes que mañana vuelvo a ser el emir de Zeena Sahra, ¿verdad?

—Pero esta noche eres solo un hombre —le recordó ella en un susurro cargado de deseo.

—Sí.

La besó de nuevo, esa vez devorándole la boca mientras le sujetaba con más firmeza la cabeza para mantenerla justo donde quería tenerla. Su pasión era casi agresiva, pero no estaba asustada, Sayed seguía acariciando suavemente sus pechos. Después de una vida sin dejarse llevar nunca por las tentaciones estaba deseando probar cosas nuevas y decidió explorar con sus dedos el cuerpo de ese hombre. Su piel estaba caliente y era más suave de lo que esperaba.

Sus músculos, en cambio, no tenían nada de suaves. Eran fuertes y firmes bajo sus manos. Se deleitó acariciando su pecho, los bíceps y los bien definidos músculos de su abdomen. Su cuerpo era tan diferente al de ella…

No solo por las diferencias anatómicas de dos personas de distinto sexo, sino por el poder que emanaba de ese hombre. Se dio cuenta de que no tenía nada que ver con su vestimenta ni los adornos que llevaba habitualmente. Había algo regio en él incluso cuando estaba así, medio desnudo. Su fuerza física y mental le parecía imponente y fue algo que la excitó mucho en ese momento.

Estaba tan concentrada en sus descubrimientos y en el cuerpo de Sayed que al principio no se dio cuenta de lo que este estaba haciendo con sus manos. Pero cuando le desabrochó el sujetador y lo tiró al suelo, se quedó sin aliento. Sus pezones se contrajeron aún más cuando se quedaron al aire y sentía un fuerte latido entre sus piernas, algo que estaba experimentando por primera vez, igual que la necesidad también nueva de que Sayed la tocara precisamente allí.

Era un deseo que solo podía expresar con gemidos, no con palabras.

Sayed deslizó sus grandes manos a cada lado de su torso, subiéndolas hasta tomar sus pechos.

—Preciosa —susurró él—. Eres perfecta —añadió mientras la besaba con ternura.

No pudo responder, no cuando estaba acariciando sus pezones con los pulgares. Las sensaciones eran demasiado fuertes como para que pudiera pensar con claridad y prefirió quedarse callada. Antes de que le quitara el sujetador, había pensado que la ligera tela formaba una barrera demasiado leve para que sus caricias pudieran ser diferentes sin ella, pero se había equivocado. Las sensaciones eran muchísimo más intensas.

Su necesidad también iba creciendo y sentía que cada centímetro de su cuerpo estaba al rojo vivo. El deseo la dominaba y necesitaba que Sayed la tocara.

Él pareció entenderlo sin que tuviera que decirle nada porque fue bajando las manos por su vientre, subiéndolas después por sus costados hasta llegar a las axilas. Normalmente tenía cosquillas, pero en ese momento solo sintió un escalofrío.

Eran tantas las sensaciones y tan intensas que no podía dejar de gemir. Sayed bajó las manos hasta su cintura.

—Eres tan sensible… —susurró casi sorprendido.

—Tú haces que lo sea.

Se había escondido siempre tras una fachada de seriedad y modestia. Apenas se permitía dejarse llevar por las emociones. Había creído que los sentimientos eran peligrosos. Pero había encontrado una seguridad inexplicable, aunque temporal, entre los brazos de ese hombre.

Sayed besó suavemente su mandíbula, jugando con los dientes sobre su piel y haciendo que todo su cuerpo se estremeciera de placer una y otra vez.

—Eres mucho más embriagadora que el ouzo —le dijo él.

—Tú también.

Le habría encantado poder ser más elocuente, pero no tenía ninguna experiencia en ese tipo de situaciones y le costaba pensar cuando toda ella estaba concentrada en las sensaciones. Le parecía mejor dejar que fuera su cuerpo el que hablara.

Y a él no pareció importarle porque siguió besándola y acariciándola, cada vez con más intensidad y pasión.

Capítulo 6

Sayed se apartó un poco para mirarla a los ojos.

—No estás borracha —le dijo él.

El tono era de afirmación, pero había una pregunta en sus ojos castaños.

A pesar del estado en el que estaba, era consciente de que, si le decía que era tan inexperta con el alcohol como con el sexo, él se detendría. No lo conocía mucho, pero sabía que era un hombre de honor. Y, aunque había bebido más de la cuenta, sabía lo que quería.

—No —le contestó ella—. Si alguien se está aprovechando de alguien, esa soy yo.

Creía que se las había arreglado para parecer sobria. Y también estaba siendo sincera.

Por mucho que Sayed la deseara, sabía que nunca habría hecho nada si no se hubieran dado todas esas circunstancias. Se lo había dicho él mismo. Sus mundos eran diferentes y, después de esa noche, no volverían a cruzarse.

—Entonces, nadie se está aprovechando de nadie —susurró Sayed con firmeza mientras llevaba las manos al botón de su falda—. Es hora de deshacernos de toda la ropa y de las cosas de las que nos queremos olvidar esta noche.

—Me parece bien.

Estaba deseando quitarse el uniforme. No quería pensar en su trabajo ni en por qué estaba allí. Le sorprendió ver que no le costaba desnudarse, sobre todo cuando él parecía empeñado en ayudarla. Y eso que nunca había estado así con un hombre. Siempre había sido muy recatada.

Pero estaba olvidando todos esos valores mientras el deseo los consumía a los dos y ella también le quitaba la ropa. Un par de minutos después, estaban completamente desnudos.

—Perfecto —susurró Sayed.

—Como tú —le contestó ella.

—Gracias —contestó él sonriendo.

—De nada —agregó sin ser apenas consciente de lo que estaba diciendo.

Solo tenía una cosa en mente, el atractivo, bronceado y musculoso cuerpo de ese hombre.

—Espero que estés lista para esto —le dijo Sayed mientras iba hacia

ella—. Recuerda que llevo tres años de ayuno. Así que prepárate. Pienso darme un festín contigo.

No pudo evitar estremecerse al oír sus palabras y le impresionó aún más su expresión. Con soltura, la tomó en sus brazos y fue así hasta la habitación de la suite. Aprovechó para seguir besando su cara mientras la llevaba a la cama. Era surrealista saber que iba a hacer el amor por primera en la cama que habían preparado para su prometida. No tenía ninguna esperanza de llegar algún día a suplir a esa mujer pero, por esa noche, ese hombre era suyo y solo suyo.

Sayed se las arregló para abrir la cama antes de dejarla con cuidado sobre el colchón.

—¡Qué bien se te da esto! —susurró ella sonriendo. Supongo que tienes mucha experiencia…

—No tanta —le confesó Sayed mirándola con deseo—. En eso también eres una excepción, Aaliyah.

—¿Te refieres al hecho de que no sueles acostarte con doncellas y otras mujeres que no estén a tu altura? ¿O hablas acaso de lo de llevarme en brazos?

—La verdad es que no recuerdo haberlo hecho.

—Bueno, como llevas tres años de abstinencia… —comentó ella.

—No, no lo había hecho nunca.

Le pareció increíble, algo en lo que prefería no pensar, no debía hacerse ilusiones.

—Supongo que lo de llevar en brazos a una mujer es algo instintivo —le dijo ella.

Él se rio y le pareció el sonido más sexy del mundo.

—Sayed…

Dejó de sonreír entonces y la miró con más intensidad aún.

—Dilo otra vez —le pidió él mientras tomaba su cara entre las manos—. Di mi nombre.

—Sayed.

Vio que algo brillaba en sus ojos antes de que la besara de nuevo. Hasta entonces, había creído que sus besos habían sido apasionados, pero había estado equivocada.

Sayed se tumbó a su lado, apretando su cuerpo contra el de ella. Contuvo el aliento al sentir su erección contra los muslos. No podía dejar de moverse, se sentía muy inquieta. Él deslizó entonces una mano entre los dos y cubrió con ella los rizos de su sexo, su parte más íntima.

—Esto es mío —le susurró Sayed de manera muy posesiva.

—Sí —repuso ella sin poder negarle nada.

—Y esta noche es nuestra. Vas a ser mía en todos los sentidos.

No pudo ahogar un grito de placer cuando Sayed se acercó y atrapó uno de sus pezones con la boca. Fue una sensación increíble. Sintió

sacudidas de placer por todo el cuerpo, pero entonces deslizó un dedo dentro de ella y se dio cuenta una vez más de que se había equivocado. Cuando creía que ya no podía disfrutar más, él le demostraba que aún había más que sentir.

Y más. Y más. Y más.

Las sensaciones se mezclaban unas con otras y su deseo crecía de manera exponencial con cada caricia que Sayed le hacía.

Sus dedos acariciaban el centro de su placer y la sensación era mil veces más intensa que en su pecho. Fue entonces cuando no pudo contenerse más y gritó fuera de sí. Ya había oído hablar del clítoris, no era tan ignorante, pero había sido educada para no hablar nunca de esas cosas. Ni con su madre ni con sus compañeras de colegio. El sexo había sido un tabú para Hena Amari y se había asegurado de que Liyah lo viera también de esa manera.

Se había centrado en ser buena hija y buena estudiante. Era casi tan virgen en el plano social como en el sexual. Hasta ese momento, no había sido consciente de cuánto placer albergaba su cuerpo. Sayed parecía saber cómo tocarla para lograr el mayor placer posible. Se sentía desesperada, deseaba más. Algo iba creciendo en su interior, subiendo más y más y seguía sin entender qué le estaba pasando.

Se rompió entonces algo dentro de ella, un éxtasis que estalló en mil pedazos y no pudo evitar gritar su nombre. No podía dejar de gemir.

Sayed dejó de lamer su pezón para mirarla a los ojos, pero seguía acariciándola con esos dedos mágicos. Todo su ser temblaba y se contraía.

—Eres tan hermosa, *habibti* —le susurró él.

El que utilizara ese apelativo tan cariñoso le afectó tanto como sus caricias más íntimas. Sabía que era solo una manera de hablar, que ella no era su amor, pero no pudo evitar que se le encogiera el corazón.

La tensión seguía creciendo en su interior y le costaba procesar tantas reacciones desconocidas y abrumadoras de su cuerpo.

—Sayed…

Era todo lo que podía decir. Una y otra vez. A pesar del alcohol que había bebido, no se atrevía a dirigirse a él con la misma familiaridad. Además, él parecía contento escuchando simplemente su nombre. Se colocó entonces sobre ella y entre sus piernas.

Era increíble sentir la firmeza de su sexo contra ella, donde sus dedos habían estado unos segundos antes. No sentía solo placer, sino también necesidad. Tenía que estar con él, unida a ese hombre de la manera más íntima posible.

—Necesitamos un preservativo —le dijo entonces Sayed dejando de besarla.

—¿Un preservativo? —preguntó algo confundida.

—Sí —gimió él con algo de desesperación—. No tienes, ¿verdad?

Sayed maldijo entre dientes y sintió que su cuerpo se tensaba aún más.

—Claro que no. Esta no es tu habitación y no vas a tener preservativos en tu uniforme, ¿verdad?

Le impresionó que Sayed pudiera encadenar tantos pensamientos y hablarle con tanta claridad, ella seguía abrumada por todo lo que estaba pasando. Tardó unos segundos en entenderlo.

—Mira en el cajón de la mesita —le dijo ella entonces.

—¿Te los pidió Tahira? —le preguntó Sayed frunciendo el ceño.

—No, pero me pareció un detalle importante.

Sayed le dedicó una gran sonrisa, sacó la caja de la mesita y se puso uno sin apartarse del todo. Cuando terminó, se volvió a colocar sobre ella, presionando contra su sexo. Sintió que se quedaba inmóvil, todo su mundo concentrado en ese instante y en lo que estaban a punto de compartir. Iban a unirse de la manera más íntima, una experiencia que pensaba que no iba a tener nunca y mucho menos con ese príncipe.

—Me temo que va a ser rápido e intenso —le dijo Sayed—. Estoy demasiado excitado.

Ella seguía en una nube de felicidad y placer, no le importaba cómo fuera a ser la experiencia.

—No pasa nada.

—Eres perfecta, *habibti*. Demasiado perfecta.

—No soy per…

No pudo terminar de hablar cuando sintió que se deslizaba dentro de ella. Aunque ya se lo había advertido, no por eso había dejado de sorprenderla. Por primera vez en su vida, se sintió completa y conectada como no lo había estado nunca con otra persona. Pero sintió poco después algo de dolor y no pudo evitar gemir.

Supuso que él había encontrado la barrera de su virginidad y sintió un dolor punzante.

—¿Estás bien? —le preguntó Sayed mientras la miraba.

Se lo había preguntado en árabe, pero creía que ni siquiera era consciente de ello.

—Sí.

—Te siento tan apretada, tan firme a mi alrededor… Es increíble…

Ella se limitó a asentir con la cabeza, no podía hacer otra cosa. Sayed se apartó un poco y ella protestó. A pesar del dolor, quería seguir como estaba, con él en su interior.

Vio que a Sayed le costaba respirar con normalidad y que apretaba la mandíbula como si estuviera tratando de controlarse. No pudo evitar sentir una gran emoción en ese instante.

—No me voy a ninguna parte, *ya ghazal* —le dijo Sayed riendo—.

Créeme.

Volvió a emocionarla que le dedicara palabras cariñosas, más de lo que Sayed podría haberse imaginado, porque su propia madre también solía llamarla «mi gacela».

Sayed comenzó a moverse sobre ella, el dolor era tan fuerte que no podía respirar. Reprimió un grito, no quería que se detuviera, y sintió un gran alivio cuando el dolor fue desapareciendo.

—Ahora sí —susurró él entre dientes—. Por fin te has relajado. Estabas tan tensa, como si llevaras tanto tiempo sin hacer el amor como yo.

Liyah tragó saliva, quería decirle algo, pero no podía hablar.

—Por esta noche, eres solo mía —prosiguió Sayed con una satisfacción casi salvaje.

Ella volvió a asentir con la cabeza, no podía hacer nada más cuando sentía un éxtasis creciendo en su interior y atrapándola por completo. Por esa noche, era solo suya. Y él, sería de ella.

—¿Estás lista? —le preguntó Sayed.

—Sí —susurró ella sin saber a qué se refería.

No entendía qué quería decirle con eso. Después de todo, ya estaban haciendo el amor. Pero entonces Sayed se separó un poco y se deslizó una vez más dentro de ella, con tanta fuerza que se quedó sin respiración. Y se olvidó del dolor ante la intensidad de lo que su cuerpo estaba experimentando. Entendió entonces por qué le había advertido que las cosas iban a tener que ser rápidas e intensas.

Casi sin descanso, su cuerpo volvía a tensarse, el placer regresaba con fuerza y un orgasmo la pilló por sorpresa. Fueron olas de felicidad tan grande que ni siquiera podía gritar de placer.

Momentos más tarde, Sayed se quedó inmóvil medio segundo antes de gritar como un animal salvaje y desplomarse sobre su cuerpo. Fue increíble verlo así.

—Lo siento, *ya ghazal*. Ha sido demasiado rápido.

—Pero increíble… —le dijo ella con algo de incertidumbre—. ¿A ti no te lo ha parecido?

—Sí, *habibti*. Pero si hubiera durado más tiempo, habría sido aún más increíble —repuso él. Todavía podía sentir la firmeza de su erección dentro de ella.

—Pues demuéstramelo —le pidió ella.

Y Sayed lo hizo.

Sayed se despertó con la placentera sensación de tener un cuerpo cálido y suave contra el suyo. Abrió los ojos con cautela y vio que no estaba en su suite, sino en la de Tahira. Recordó entonces lo que había pasado. Su prometida lo había traicionado y él había ido a esconderse

a esa habitación vacía para poder beber tranquilo. Pero había terminado viviendo la noche más intensa y placentera de su vida.

Se incorporó un poco para observar a Aaliyah. Estaba acurrucada a su lado y era una sensación completamente nueva, nunca había llevado a sus amantes a su propia cama ni había llegado a pasar toda la noche con ellas. Pero tenía que reconocer que hacía mucho tiempo que no dormía tan bien, a pesar de lo que acababa de pasarle y de las ramificaciones que iba a tener la anulación de la boda real.

Pensó que quizás tuviera el ouzo la culpa de todo.

Trató de retirar la mano de donde la tenía, sobre el vientre de Aaliyah, pero ella gimió sin despertarse y decidió dejarla donde estaba, al menos unos minutos más.

No lamentaba haberse dejado llevar por el deseo con la hermosa Aaliyah Amari, pero tampoco podía permitirse el lujo de volver a caer en la tentación. Aunque pudiera quedarse una semana más en Londres, tal y como había planeado en un principio, sabía que era una mala idea. Tenía que regresar inmediatamente a Zeena Sahra.

La ruptura del compromiso iba a tener consecuencias políticas. Sabía que no podía llegar a *melech* de su país sin casarse antes. Su padre y él tendrían que encontrar otra candidata adecuada y tendrían que hacerlo rápidamente si querían minimizar el escándalo.

Maldijo entre dientes al recordar que no había llamado a su padre la noche anterior. Tenía que hacerlo en cuanto pudiera. Se preguntó si debería despertar a Aaliyah antes de irse. Creía que sería más cómodo evitarlo, pero se dio cuenta entonces de que era inevitable. No podía regresar a su suite con la misma ropa del día anterior y arriesgarse a que alguien lo viera. Tenía que despertarla.

De mala gana, se apartó de Aaliyah. Ella murmuró algo, pero no se despertó. Él se sentó en la cama y tomó el teléfono para llamar a Yusuf. Le pidió que le llevara ropa limpia.

—Sus padres lo llamaron anoche —le dijo su guardaespaldas.

—Supongo que manejaste la situación con tacto, ¿verdad, Yusuf?

Yusuf era la única persona que sabía dónde estaba Sayed. De hecho, se lo había sugerido el guardaespaldas.

—Así es —repuso Yusuf—. ¿No está solo, emir?

—No —confesó Sayed.

—¿Necesita que me encargue de la situación?

No le agradaba ver cómo se refería a Aaliyah. No podía compararla con otras amantes que había tenido en el pasado.

—No.

—Pero tiene que firmar un acuerdo de confidencialidad.

—No va a decir nada, Yusuf, no es ese tipo de mujer.

Sabía que debía de sonar muy ingenuo, pero estaba seguro de que tenía razón, que podía confiar en ella.

—Que no se vaya hasta que llegue —le instruyó Yusuf.

—¿Se te ha olvidado que yo soy el emir y el que doy las órdenes?

Asomó de repente la cabeza de Aaliyah por debajo de la sábana y lo miró con los ojos muy abiertos.

—No, nunca se me olvidan mis deberes, emir —respondió con sarcasmo Yusuf—. Solo estoy intentando recordarle que debe usar su sentido común. Si no está allí cuando llegue, tendré que comunicárselo a Omar.

Sayed no se molestó en recordarle que aún no le había dicho de quién se trataba. Aunque su escolta no hubiera sido consciente del interés que había tenido por Aaliyah durante su estancia en el hotel, su equipo de seguridad no tardaría mucho en descubrirlo.

—¿Es eso lo que quiere? —le preguntó Yusuf.

Cada vez estaba más molesto. Lo último que quería era que el hombre de confianza de su padre, un personaje con facilidad para arreglar todo tipo de asuntos, se encargara de Aaliyah.

—No, por supuesto que no.

—Como desee —repuso Yusuf.

Pero sabía que no estaba de acuerdo. Habían crecido juntos, Yusuf era casi como un hermano para él. Sayed había sido educado para dirigir un país y Yusuf, para proteger la casa real de Zeena Sahra. Compartían un objetivo común que los había unido desde la infancia.

—Te veo en unos minutos.

—Como desee, emir.

Apretó los dientes al oír sarcasmo en su tono y colgó el teléfono.

Se volvió entonces hacia Aaliyah. Se había deslizado hasta el lado opuesto de la cama y estaba apoyada en la cabecera mientras cubría con la sábana su desnudez. Pero no podía esconder sus curvas deliciosas.

De mala gana, decidió no postergar lo inevitable.

—Mi guardaespaldas me ha recordado que debes firmar un acuerdo de confidencialidad.

Aaliyah asintió y luego hizo una mueca. Se llevó una mano a un lado de la cabeza.

—¿No te importa?

—No —contestó Aaliyah en un susurro—. Lo que me importa es tu tono. No grites, por favor.

—¿Tienes resaca? —le preguntó.

—Veo que eres adivino —protestó ella de mala gana.

No pudo evitar echarse a reír, pero sabía que no iba a tener más razones ese día para hacerlo, no cuando debía enfrentarse a una de las mayores crisis políticas de su vida.

Capítulo 7

Aaliyah frunció el ceño al ver que Sayed seguía riéndose.

—Eres un soplo de aire fresco —le dijo él.

—¿Por qué? ¿Nadie más te mira como lo estoy haciendo yo?

—La verdad es que es bastante raro —repuso poniéndose en pie—. Ve a ducharte, hará que te sientas mejor.

Aaliyah lo miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Creo que esperaré a que te vayas.

—No digas tonterías —le dijo él mientras abría cajones y armarios de la habitación—. ¿Hay analgésicos en la suite?

—Bueno, tu prome… La princesa nos pidió que tuviéramos ibuprofeno. Está en el armarito del baño.

—No es una princesa —le aclaró mientras iba en busca del analgésico—. Su padre es un jeque muy influyente, pero no es un rey. Y ahora no es más que la mujer de un empleado de palacio.

—Lo dices con bastante amargura.

Salió del cuarto de baño con una pastilla y un vaso de agua.

—Ha elegido la vida qué quería, ahora tiene que vivirla —le dijo él encogiéndose de hombros.

Había sido una niña muy mimada y no creía que fuera a disfrutar de su nueva vida.

—El amor es más importante que otras cosas —le dijo Aaliyah.

—Eso es muy bonito, pero poco realista —repuso él entregándole el agua y la pastilla.

—Mi madre y yo vivimos sin lujos, pero nunca dudé de su amor. Eso lo compensaba todo.

—Parece que era una mujer increíble —le dijo con sinceridad.

—Sí, lo era —repuso con la mirada triste.

Aaliyah se tomó la pastilla y él le aconsejó que se terminara toda el agua.

—Te ayudará con la resaca.

Ella suspiró y terminó de mala gana el vaso de agua.

—Ahora, a la ducha.

Creía que Yusuf llegaría mientras ella estuviera aún en el baño. No entendía por qué tenía esa necesidad de protegerla, pero sabía que a Aaliyah le avergonzaría ver al guardaespaldas allí.

Pero ella se aferró a la sábana y lo miró a los ojos.

—Esperaré.

—No estoy acostumbrado a que la gente ignore mis instrucciones —le dijo él.

—¡Pobrecito! —exclamó ella con ironía—. Seguro que sobrevives, no te preocupes.

—Anoche no fuiste tan tímida.

—Anoche estaba borracha —repuso ella mirándolo a los ojos.

—Me dijiste que no lo estabas.

—Porque quería que me hicieras el amor.

—Bueno, al menos estabas lo bastante sobria como para saber lo que querías —le dijo con cierto alivio.

—Por supuesto, no soy una niña.

Él tiró un poco de su sábana.

—¿Estás segura?

Vio que había conseguido ofenderla.

—Es que tu negativa a salir de la cama me parece un poco infantil. Sobre todo, después de lo de anoche.

—De acuerdo, tráeme uno de los albornoces del hotel. Están en el armario —le pidió ella.

—Pero ya lo vi todo anoche.

—No es lo mismo.

—No, tienes razón. Además, esta mañana no tenemos tiempo. Será mejor que no te vea desnuda o esto irá a peor —le dijo mientras señalaba con la mano una incipiente erección.

—¡Sayed! —lo recriminó Aaliyah muy avergonzada.

—¿Qué pasa? ¿Acaso vas a fingir que no disfrutaste anoche?

—¡Deja de hablar de eso!

—Pero ¿por qué? —le preguntó con algo de confusión—. Tengo que reconocer que fue increíble.

Aaliyah se envolvió bien con la sábana y se levantó de la cama antes de que él pudiera atisbar demasiado de su cuerpo. No pudo evitar suspirar.

—Eres preciosa.

Aaliyah se sonrojó mientras sacaba un albornoz del armario. Después, fue deprisa al baño. Se quedó mirándola hasta que cerró tras ella la puerta. No tardó en escuchar el chasquido del cerrojo.

Una vez más, se dio cuenta de que no se parecía a ninguna otra mujer con la que hubiera estado antes.

Llamaron a la puerta de la suite. Sayed se puso el otro albornoz. Le sorprendió ver que era un albornoz masculino y de su talla. Era como si el hotel ya hubiera previsto que iba a visitar a su prometida. La caja de preservativos de la mesita también se lo había dejado muy claro.

—Deja mi ropa en la otra habitación y los papeles, en la mesa —le dijo a Yusuf en cuanto abrió la puerta—. Ha accedido a firmarlos.

—Me alegro —repuso su asistente con alivio—. Al parecer, la

señorita Amari es una mujer de principios.
—Ya te lo había dicho.
Yusuf fue a la otra habitación y Sayed, mientras tanto, recogió la ropa de Aaliyah. Se había mostrado tan tímida esa mañana que supuso que no le gustaría ver todas sus cosas esparcidas por el salón. Recordó la pasión con la que se habían desnudado, todo estaba por el suelo.
Oyó a Yusuf maldecir en árabe en la otra habitación. Pocos segundos después, volvió al salón.
—Espero que los preservativos estén en la basura del baño.
—¿Qué? —preguntó Sayed indignado.
Estaba acostumbrado a no tener intimidad, pero su pregunta le pareció indecente.
—Claro que sí, Yusuf. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Has perdido la cabeza?
—No, emir. Creo que la ha perdido usted.
—¿De qué estás hablando?
Pero mientras lo decía, recordó preocupado algo que había ocurrido esa noche. La última vez que habían hecho el amor, había sido como despertar de un sueño. De hecho, creía que había comenzado así, sus cuerpos se habían encontrado en la oscuridad, sin que estuvieran del todo despiertos… Se quedó sin aliento al darse cuenta en ese instante de que no había sido un sueño y no habían usado protección.
—Si no le ha dado de repente por el sexo salvaje, señor, la sangre de las sábanas solo puede significar una cosa, que la señorita Amari era virgen.
—¿Qué sangre?
—Las manchas están en un lugar estratégico de la sábana bajera — le explicó Yusuf enunciando bien cada palabra.
Sayed fue al dormitorio y vio de lo que le hablaba. No entendía cómo no la había visto esa mañana. Pero había estado demasiado ocupado mirando a Aaliyah. No había tenido ojos para nada más.
—A lo mejor ha empezado con la regla —comentó entonces.
Creía que eso explicaría lo tímida que había estado esa mañana.
—Además, hemos utilizado los preservativos proporcionados por el hotel. Bueno, salvo una vez…
—¿Cómo ha podido ser tan descuidado? —lo reprendió Yusuf.
—Me desperté de un sueño que resultó no serlo… —le explicó algo avergonzado.
—¿Comenzó ella? ¿Se despertó y ella le estaba tocando? —le preguntó Yusuf con suspicacia.
—Sí —reconoció Sayed.
Yusuf no hizo ningún comentario, no hacía falta. Sabía lo que estaba pensando, que esa joven virgen se había aprovechado de la situación para intentar quedarse embarazada.

Liyah pasó más tiempo del habitual en la ducha. Se sonrojó mientras se lavaba los restos de sangre de entre sus muslos. Le costaba creer lo que había pasado la noche anterior y cómo se había entregado a él. A pesar de su inexperiencia, había sido muy atrevida, incluso lo había iniciado ella la última vez.

Pero no lo lamentaba, no podía. Había sido la experiencia más increíble de su vida.

Le había sorprendido ver cómo había respondido ella misma. Creía que el whisky la había ayudado a deshacerse de sus inhibiciones, pero el mérito había sido de Sayed el hombre.

No de Sayed el emir.

Suspiró al recordarlo. Al despertarse esa mañana había comprobado que Sayed volvía a ser el jeque Sayed bin Falah al Zeena, emir de su país. Y no podía esconderse en la ducha para siempre. Salió y se secó. Se puso el albornoz y una toalla en la cabeza. Abrió la puerta y se encontró cara a cara con dos hombres, no con uno.

Sayed la miraba de una manera extraña, no entendía por qué. El otro era Yusuf, el guardaespaldas personal que había estado en el ascensor con Sayed. Vio que tenía el ceño fruncido y que la miraba con cara de pocos amigos.

—Siento haber tardado tanto —comentó avergonzada—. Pero como insististe en que me duchara antes…

—Aaliyah, ¿necesitas que Yusuf vaya a conseguirte algún producto sanitario? —le preguntó Sayed.

—¿Cómo? ¿Qué productos sanitarios?

—Para tu menstruación —le explicó Sayed.

No entendía nada, cada vez estaba más avergonzada e incómoda. Negó con la cabeza.

—No se avergüence, señorita Amari —intervino Yusuf—. No será un problema conseguir lo que pueda necesitar.

—No entiendo, ¡ni siquiera me toca hasta dentro de dos semanas! —protestó con impaciencia e incomodidad.

Estaba desconcertada, no quería hablar de un asunto tan personal con Sayed y menos aún con el otro hombre.

—Entonces, eras virgen —le dijo Sayed con un tono que era casi una acusación.

Liyah se tambaleó al oír sus palabras. No se lo había esperado y su tono la enfureció. Miró de reojo a Yusuf, que parecía observarla con más suspicacia aún.

—Sí, ¿por qué usas ese tono? No es tan importante… No es como si te hubiera mentido.

—Bueno, me diste a entender que eras sexualmente activa —

protestó Sayed.

—¿Cuándo?

—Cuando te hablé del tiempo que llevaba sin sexo me dijiste que no sabías lo que era eso.

—Porque no se puede guardar abstinencia de algo que no haces, ¿no? —replicó enfadada.

Empezó a entender por qué esos hombres estaban así de enfadados. Zeena Sahra era un país muy conservador y machista. Pero no pensaba dejar que la avasallaran. Creía que su virginidad le había pertenecido solo a ella, igual que había sido suya la decisión de acostarse con alguien por primera vez.

Levantó la cabeza tratando de recuperar la compostura. No iba a dejar que la intimidaran.

—Es asunto mío con quién pierdo la virginidad y cuándo —les dijo con seguridad.

—¿Acaso lo planeaste todo? —le preguntó Sayed.

—¡Por supuesto que no! —protestó ella sin entender qué le pasaba a Sayed esa mañana—. Recuerda que yo ya estaba aquí bebiendo cuando llegaste tú.

—Vine porque quería estar solo.

—Y me encontraste aquí —le recordó mirándolo a los ojos—. Anoche no pareció importarte.

—No estamos hablando de eso —le dijo Sayed.

—Pues tampoco vamos a hablar de mi virginidad.

—Señorita Amari —intervino Yusuf con un poco más de amabilidad —. ¿Utiliza algún método anticonceptivo?

—No, claro que no.

No entendía por qué le preguntaba eso cuando acababa de decirle que había sido virgen hasta la noche anterior.

—Y aun así, inició relaciones sexuales sin preservativo… —prosiguió el hombre.

Por primera vez, empezaba a arrepentirse de lo que había pasado.

—¡Sí los usamos!

—No la última vez… —le dijo Sayed.

Lo miró fijamente.

—¿Qué? No, no puede ser. Te pusiste un preservativo cada vez…

—Recuerda que me despertaste, fue como un sueño… —le dijo Sayed como si ella tuviera la culpa.

—Lo siento, pero esta conversación es muy incómoda, no estoy acostumbrada a hablar de este tipo de cosas.

—¿Cuándo habla de «este tipo de cosas» se refiere a cómo atrapar a un hombre? —le preguntó Yusuf con dureza.

Liyah miró al guardaespaldas y luego a Sayed.

—¿Atrapar a…? —comenzó sin poder contener su rabia—. ¡Ha sido

un error! Solo eso y por ambas partes.

—Un error muy conveniente para usted —le dijo Yusuf.

Ella lo miró con la boca abierta, pero se adelantó Sayed.

—¡Ya basta, Yusuf! Discúlpate con la señorita Amari. No puedes acusarla así ni yo debería haberlo permitirlo. Como ha dicho, el error fue mutuo. O incluso más mío que de ella, que ya ha admitido su falta de experiencia.

Los dos hombres se disculparon con sinceridad y Liyah consiguió calmarse, pero seguía muy avergonzada.

—Acepto vuestras disculpas. Ahora, si os parece, me gustaría firmar el acuerdo de confidencialidad e irme.

Quería salir de esa suite y alejarse todo lo que pudiera de esos dos hombres. Aunque eso significara no volver a ver a Sayed.

—Por desgracia, ya no es tan simple —susurró Sayed.

—¿Por qué no?

—Porque podrías estar embarazada.

—Lo sé, no soy tonta. Pero es muy poco probable —protestó ella.

—Teniendo en cuenta que estás a mitad de tu ciclo, no es tan improbable —le recordó Sayed.

No sabía qué decir, estaba aturdida. No podía creer que pudiera verse en la misma situación en la que había estado su madre después de solo una indiscreción. La idea le aterrorizaba.

—¿Podemos dejar de hablar de eso, por favor? —les pidió ella.

—No entiendo por qué pareces tan remilgada hoy —le dijo Sayed.

—Es que no estoy cómoda, yo no hablo de sexo —le confesó Liyah.

—¿Nunca?

—No. Siempre he estado centrada en los estudios. Fui a un colegio privado porque obtuve una beca. Mis compañeros eran niños malcriados, no tenía nada que ver con ellos y apenas hice amigos. Mi madre me educó de una forma muy conservadora y, para ella, el sexo era un tema tabú. Por eso no quiero hablar de eso ahora.

—Pero anoche…

—Anoche descubrí que el alcohol es muy eficaz para disminuir mis inhibiciones —le confesó ella.

—¿Y en la universidad? —le preguntó Yusuf ignorando el hecho de que no quería hablar sobre el sexo.

—¿Qué parte de «tabú» no entiendes? —repuso ella.

Yusuf asintió con la cabeza, como si sintiera compasión por ella. Y eso tampoco lo iba a permitir.

—Nunca me ha faltado nada.

Había tenido cosas más importantes en las que pensar que el sexo o los novios. Había querido que su madre estuviera orgullosa de ella, como estudiante y, después, como empleada.

—Los preservativos no son infalibles —le recordó Yusuf.

Sayed hizo una mueca y miró a Liyah con una expresión muy seria.

—El caso es que ese acuerdo de confidencialidad es el menor de nuestros problemas ahora mismo, *habibti*.

—No me llames así —le pidió ella.

Le recordaba a lo que habían compartido la noche anterior. Ese día todo era distinto.

Yusuf suspiró, parecía muy cansado.

—Señorita Amari, tiene que enfrentarse a la realidad. Podría estar embarazada del heredero de Zeena Sahra.

—¡No! —gritó aterrada.

Fue corriendo al cuarto de baño y se encerró allí. Tenía un nudo en el estómago. No podía ser, no podía estar embarazada. Recordó que ella no era su madre. Había trabajado muy duro para que Hena Amari pudiera estar orgullosa de ella y sabía que le destrozaría si pudiera ver cómo estaba en esos momentos. Y no era un consuelo saber que su madre ya no podía verla así.

No tenía a nadie a quien pedir consejo ni apoyo. No podía creer que le estuviera pasando algo así.

Salió de nuevo a la habitación. Yusuf y Sayed dejaron de hablar y la miraron con sorpresa.

—¡No estoy embarazada! ¿Me oís? ¡No voy a estar embarazada!

—No es algo que puedas controlar con tu fuerza de voluntad, Aaliyah. Ni creo que realmente quieras hacerlo.

—¿Cómo? —preguntó furiosa—. No te he tendido ninguna trampa.

—Te creo, Aaliyah. Lo que quería decir es que no creo que te deshicieras de nuestro hijo si pudieras hacerlo.

Dio un paso atrás al oír sus palabras. No sabía cómo responder.

Sayed tenía razón, nunca podría desear no tener un hijo si estaba embarazada. Se había pasado toda la vida creyendo que su padre no la quería y nunca podría hacerle lo mismo a su propio hijo.

—Pero no quiero estar embarazada…

Sabía que no estaba siendo muy racional, pero en su mente todo tenía más sentido. Si estuviera embarazada, aceptaría la situación, pero no quería estarlo. No podía estarlo.

—¿Por qué tuvo que morir? —se preguntó a sí misma en voz alta.

—Sé que la echas de menos, pero tu madre no te abandonó, *ya ghazal* —le dijo Sayed acercándose a ella.

—Todo ha sido muy duro desde que se fue. Todo —susurró ella.

Su cercanía la reconfortaba, no pudo evitarlo.

—No te preocupes, todo irá bien.

Pero estaba tan confundida y dolida… Sentía que estaba perdiendo la cabeza.

—No, no puede ser —murmuró—. Los Amari verán que hicieron bien al rechazarme y querrán quitarme al bebé como intentaron con

mi madre. Y no quiero que crezca sin su padre como tuve que hacerlo yo.

No podía dejar de hablar, sabía que no tenía sentido, pero estaba muerta de miedo y no podía dejar de pensar tampoco en la conversación tan dolorosa que había tenido con su padre el día anterior.

—¡Que no se te ocurra acusar a tu hijo de chantaje! —le exigió ella con ferocidad—. Ni te atrevas a fingir que no me recuerdas. No tienes que reconocer al bebé, pero no te atrevas a tratarlo como si fuera basura, ¿lo entiendes?

Capítulo 8

A lo mejor debería llamar a Abdullah-Hasiba… —dijo Yusuf.

Liyah se giró hacia él.

—No, no la llames. Esto es cosa mía.

Y así lo creía, era ella la que tenía que tomar las decisiones y nadie más. Después de todo, estaba sola.

Una parte de ella sabía que estaba fuera de sí, pero no sabía cómo detener el torbellino de emociones en su interior. No podía reprimir sus sentimientos y fingir calma.

Yusuf parecía estar también algo aturdido y miró a Sayed para ver qué debía hacer, pero el emir solo tenía ojos para ella. Fue hasta donde estaba Liyah y a ella no le quedó más remedio que retroceder hasta que estuvo entre él y la pared. Pero no se sintió atrapada, sino que su corazón desbocado comenzó a calmarse. Sayed puso las manos en sus mejillas y esperó a que lo mirara a los ojos.

—Escúchame, *ya ghaliyah ghazal* —le dijo con cariño—. Si estás embarazada, nos enfrentaremos a esto juntos. No estás sola.

Pero sabía que no era verdad. Sayed podía llamarla «preciosa gacela», pero no era suya y sabía que tampoco la apreciaba como le estaba dando a entender. Por muy bella que le pareciera, las mujeres sin posición ni dinero, como ella, no existían para alguien como Sayed.

—Ni siquiera crees que estoy a tu altura para una aventura, ¿cómo esperas que crea que criarás a un niño conmigo?

Aunque no sabía por qué le hablaba así. No estaba embarazada, no podía estarlo.

—Ya te dije que las diferencias en nuestras vidas son solo eso, diferencias. No son niveles de superioridad.

—¿No? ¿No hablaste con desprecio de tu ex prometida porque ahora solo será la mujer de un criado?

—Después de su traición, creo que es normal que hable sobre ella en esos términos, ¿no crees?

—Bueno, supongo…

—Prométeme al menos que te vas a calmar e iremos poco a poco, aceptando lo que pase día a día. Y juntos.

Pero sentía que no podía prometerle algo así, que no podía confiar en nada ni en nadie.

—Prométemelo, *habibti*.

—Me llamas así a propósito, para tratar de convencerme —protestó ella.
—Todo lo que hago es a propósito.
—Menos lo de tomar mi virginidad, eso no.
En lugar de enfadarse con ella, su comentario le hizo reír.
—No, eso fue una sorpresa. Pero sí quería llevarte a la cama.
—Porque estabas borracho.
—No, no lo estaba —repuso Sayed—. ¿Estabas tú demasiado bebida para saber lo que hacías? Dime la verdad.
—No, ya te lo dije.
—Entonces, tenemos que aceptar las consecuencias de las decisiones que tomamos.
Ella asintió con la cabeza.
—Juntos —le prometió Sayed.
—Por ahora.
—Siempre y cuando tu embarazo siga siendo una posibilidad.
Lo miró a los ojos; parecía estar siendo sincero.
—Bueno —susurró ella al final.
Sayed le contestó con una sonrisa.
Yusuf se aclaró la garganta para recordarles que estaba allí.
—Creo que deberíamos considerar la píldora del día después —intervino el guardaespaldas—. Es un anticonceptivo de urgencia.
—No, ni hablar —replicó Sayed con firmeza.
—Bueno, a lo mejor es una posibilidad —apuntó ella—. No sería como interrumpir el embarazo, solo evitarlo.
—¿Cómo puedes saber de esas cosas y no querer hablar de sexo? —le preguntó Sayed.
—Bueno, leo la prensa. Soy inexperta, pero no una ignorante. Según entiendo, hay distintos medicamentos.
—Pero no es eficaz al cien por cien, ¿no? —le preguntó Sayed.
—No, no del todo —repuso ella.
—Entonces, nuestros planes inmediatos deben ser los mismos independientemente de que tomes esa pastilla.
—Sí, por supuesto —le dijo Yusuf a su jefe—. Voy a empezar a organizarlo todo.
—Y yo iré a una clínica para que me den la píldora y me informen —comentó ella.
—¡No! —dijeron Sayed y Yusuf al unísono.
—¿Qué? ¿Por qué no? —les preguntó confusa.
—Es demasiado arriesgado —le aseguró Yusuf—. No podemos permitirnos que se filtre nada a la prensa, sobre todo después del escándalo que ha causado la traición de Tahira.
Liyah quería protestar, pero también entendía la preocupación de esos hombres.

—Si el destino ha querido que estés embarazada de mi hijo, haremos frente a esa situación con coraje y honor, pero, mientras tanto, tenemos que proceder con cautela —le dijo Sayed con solemnidad.

—Hablas como si nos fuéramos a la guerra —respondió ella.

Él sonrió y sacudió la cabeza.

—La vida es una batalla de decisiones, Aaliyah. Anoche, ninguno de los dos fue demasiado inteligente a la hora de tomar decisiones. Por eso debemos ahora actuar con cabeza.

—Tenemos que estudiar nuestras opciones y aceptar nuestra responsabilidad —le dijo ella.

—Exacto —murmuró Sayed—. Pero algunas responsabilidades tienen más peso que otras. Tengo que regresar a Zeena Sahra. Lo que ha hecho Tahira va a tener importantes consecuencias en mi país.

—Por supuesto, lo entiendo —contestó ella sintiéndose ya algo abandonada.

—Siento que no puedas cumplir con tus dos últimas semanas después de dar aviso al hotel de que te vas, pero al menos ya contabas con dejar tu trabajo aquí.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Ya te he dicho que tenemos que irnos a Zeena Sahra de inmediato.

—Lo que has dicho es que tú tenías que irte.

—Sí, pero, dadas las circunstancias, tienes que venir conmigo. Podrías estar esperando mi hijo.

—Eso no lo sabemos aún.

—Hasta que lo sepamos, estarás bajo mi protección y cuidado —le aseguró Sayed—. Además, no me digas que no te hace ilusión visitar el país de nacimiento de tu madre.

—Sí, me gustaría, pero en diferentes circunstancias…

—Estas son las que tenemos —contestó Sayed—. Así que, prepárate para el viaje.

—Aún no he dicho que vaya a ir.

—Pero lo harás —le dijo Sayed con una sonrisa—. ¿Qué mejor guía podrías tener para enseñarte la magia de Zeena Sahra que su emir?

—No recuerdo que fueras tan persuasivo anoche.

—Es otra faceta mía que podrás conocer yendo con nosotros a Zeena Sahra.

Mientras el jet privado se preparaba para despegar, Liyah pensó que no había visto nunca gente tan eficiente como la que trabajaba para Sayed. Prefería distraerse con esas cosas y no pensar en por qué estaba en ese avión.

Durante el poco tiempo que Liyah había tardado en explicarle a su jefa que le había surgido un imprevisto y tenía que irse de Londres, los empleados de Sayed hicieron sus maletas, pagaron el alquiler de su estudio y llevaron sus cosas al avión de Sayed. Y todo eso porque cabía la posibilidad de que estuviera embarazada de él.

Su jefa había sido mucho más comprensiva de lo que había esperado. Había estado convencida de que era verdad, que no tenía más remedio que irse, porque sabía que Liyah era una profesional y así se lo había hecho saber. Había sido muy agradable recibir esos halagos después del ataque recibido por parte de su padre el día anterior. Y también se había sentido algo culpable al no poder decirle a la mujer toda la verdad.

Fue un despegue suave. Pocos minutos después, el piloto les informó de que ya podían moverse por la cabina.

—No me esperaba que los pilotos hicieran los mismos anuncios en un avión privado —le dijo a Sayed.

—Hay que mantener las normas de seguridad aérea —le contestó Yusuf.

Sayed y ella estaban sentados juntos y el guardaespaldas se les había acercado para hablar con ellos.

Todo el equipo de seguridad estaba sentado en la parte delantera del avión. Aparte de la auxiliar de vuelo, no había nadie más en el amplio avión. Parecían estar haciendo todo lo posible para que nadie la viera allí.

Pero eso no hacía que se sintiera como si fuera un sucio secreto, Sayed estaba siendo muy respetuoso con ella.

Vio que leía los documentos que tenía delante de él. Parecían artículos de prensa. La mayoría tenían fotos de Tahira y de un hombre de aspecto bastante normal. Supuso que hablaban de lo que había pasado. Aunque el aspecto físico del hombre no era llamativo, no le extrañaba que Tahira hubiera elegido irse con él cuando su prometido no parecía sentir ninguna atracción hacia ella.

—Mi prometida con el criado —le dijo Sayed al ver que ella estaba mirando los artículos con interés.

—Deja de poner énfasis en el trabajo de ese hombre si no quieres que los medios te tachen de elitista.

Sayed frunció el ceño, pero Yusuf intervino para defenderla.

—La señorita Amari tiene razón.

—Muy bien pero, que yo recuerde, no eres mi experto en relaciones públicas —le dijo el emir a su guardaespaldas.

Yusuf no se molestó en contestar a Sayed y le entregó un blíster con una sola pastilla.

—Esto es de lo que hablamos —le dijo Yusuf en voz baja.

—Gracias —contestó Sayed.

Yusuf asintió con la cabeza y regresó a su asiento. Ella no podía dejar de mirar la pastilla.

—¿Qué eficacia se supone que tiene? —le preguntó ella sin saber qué pensar.

—El doctor Batsmati calcula que tiene una eficacia de entre el ochenta y el noventa y cinco por ciento.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? ¿Por qué no me la diste en Londres y ya está?

—No tiene una eficacia del cien por cien —le recordó Sayed llamando a la azafata para que les llevara agua.

Cuando se la sirvieron, Liyah sacó la pastilla del blíster. Sabía que era lo que tenía que hacer. Si estaba embarazada, lo aceptaría, pero no deseaba estarlo y tener que criar a un niño sola.

Aunque, según Sayed, no iba a estarlo. Una voz en su interior la instaba a no tomar la pastilla, no creía que ninguna mujer en su sano juicio dejaría que un hombre como Sayed se fuera de su lado. Pero también sabía que no querría tratar de atraparlo con un niño para poder tenerlo a su lado.

Además, la noche anterior había dejado por primera vez que fueran sus emociones la que decidieran y no le había salido demasiado bien el experimento.

—Si sigue en tu mano, la eficacia baja mucho —bromeó Sayed—. Solo es una pastilla, Liyah.

—Sí, pero sabes muy bien para lo que es esta pastilla —protestó ella —. No entiendo cómo puedes actuar como si no te importara, hablando de estas cosas con tanta naturalidad. Después de todo, eres de Zeena Sahra y estuviste sin sexo durante tres años. Deberías entender mejor que nadie lo que es sentirse algo reprimido.

—Pero yo no estaba reprimido, decidí no acostarme con nadie. Es distinto. No me avergüenza tener una necesidad física, le pasa a todo el mundo.

—Supongo que todo es diferente para ti, eres un hombre. Mi madre me transmitió que las mujeres tenían que permanecer castas hasta el matrimonio —le explicó ella.

—Pero tú decidiste no hacerlo.

—Es que no creo que llegue a casarme nunca —admitió ella—. Soy demasiado tímida con los hombres.

—¿Seguro?

—Bueno, con la mayoría de los hombres. El alcohol y tú sois una combinación letal.

—Me gustaría pensar que el alcohol habría sido innecesario.

—Supongo que habría sido innecesario —reconoció ella con honestidad—. Pero anoche jugó su papel.

—Y eso que me aseguraste que estabas en total control de tus

facultades cuando decidiste acostarte conmigo.

—Lo estaba, pero el alcohol me ayudó a que mis inhibiciones y mi timidez no me coartaran.

—Seguro que cada vez tendrás más seguridad y menos nervios con los hombres —le dijo Sayed como si estuviera algo disgustado con esa perspectiva.

—No fue así para mi madre.

—Bueno, ella tenía que ocuparse de ti.

—Y una familia que la rechazó. Yo al menos no tengo a nadie que me pueda rechazar —le dijo ella.

—Veo que te gusta el humor negro, Aaliyah. Si quieres te rechazo yo, a lo mejor así te sientes mejor…

—No, no me hagas favores.

Pero no pudo evitar sonreír. Le gustaba hablar y bromear con él. Seguramente, más de lo que debería.

Decidida a dejarse llevar por la cabeza y no el corazón, respiró hondo y se tomó la pastilla con un poco de agua.

Capítulo 9

Liyah no podía seguir ignorándolo por más tiempo, tenía que ir al baño. Pero Sayed estaba a su lado, escribiendo en el portátil que había sacado y no quería molestarlo.

Sacó una revista y se puso a hojearla para tratar de distraerse. Pasó las páginas, pero nada capturaba su atención y estaba cada vez más incómoda. Al final, Sayed lo notó y la miró.

—¿Todo bien, *habibti*?

—Sí, es que…

Empezaba a darse cuenta de que no solo le costaba hablar de sexo sino de cualquier cosa más o menos íntima.

—Deberías haberme dicho que eras virgen —le dijo Sayed frunciendo el ceño—. Habría ido con más cuidado…

—¿Por qué me sigues hablando de eso? Ya te he dicho que no me siento cómoda tratando esos temas…

—Es que me da la impresión de que estás algo dolorida, ¿no es así?

—No, lo único que me pasa es que tengo que ir al baño —confesó por fin.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —le preguntó Sayed mientras se levantaba.

Cuando regresó, se le pasó por la cabeza sentarse frente a él para no molestarlo, pero Sayed se levantó enseguida para dejarla pasar y le entregó un lector electrónico en cuanto se sentó.

—Tiene algunos de los libros más vendidos de este año, pero, si quieres descargar algún otro, hay conexión inalámbrica a Internet en el avión.

—Gracias, pero con las revistas basta. No necesito nada más.

—Tonterías. Aunque la verdad es que deberías intentar dormir un poco.

—¿Parezco cansada? —le preguntó sorprendida.

—Un poco, pero ha sido un día muy largo y duro para ti.

—Para ti también y sigues trabajando.

—No me echo una siesta desde que era pequeño. De hecho, nunca duermo más de seis horas seguidas.

—Pero eso no es saludable.

—Así es la vida de un emir que se prepara para ser *melech* de su país. Yo no tengo un hermano que pueda hacerse cargo de ciertas funciones diplomáticas. Tengo que hacerlo todo yo.

—Pero ¿por qué abdica tu padre? ¿Tiene problemas de salud? —le preguntó ella—. Bueno, supongo que quizás no puedas responder. Perdona, olvida la pregunta.

—Las preguntas no me ofenden. Si no quiero responder, no lo hago.

—Siempre tan arrogante… Supongo que es algo que va con el cargo.

—Eso parece —repuso sonriendo—. No me importa responderte. Mi padre se encuentra muy bien de salud.

—Entonces, ¿está cansado de ser el rey?

—No, si abdica es para seguir la tradición del país.

—¿Y se hará cargo tu padre de los asuntos diplomáticos cuando te conviertas en *melech*?

—No, eso no estaría en consonancia con la tradición de Zeena Sahra y no creo que a mi padre le gustara recibir órdenes de su hijo. Se limitará a ser uno de mis consejeros.

—Entonces, ¿tu padre se va a jubilar como tantos otros hombres de su edad? ¿Se dedicará a jugar al golf o algo así? ¿No se va a aburrir? —le preguntó ella queriendo entender mejor la situación.

No sabía demasiado de monarquías, pero no se imaginaba qué podía hacer con su tiempo un rey jubilado.

—La verdad es que yo también me lo he preguntado. Es un hombre muy activo y creo que se va a aburrir.

—Entonces, ¿por qué va a retirarse ahora? ¿Quieres ser el nuevo *melech*?

—Es la primera vez que alguien me lo pregunta —le confesó Sayed frunciendo el ceño.

—No sé por qué no lo ha hecho nadie. Y ¿cuál es la respuesta?

—Bueno, tengo muy claro cuál es mi deber como heredero.

—Pero lo que te he preguntado es si quieres serlo, si es algo que ves necesario en este momento.

—Me preguntas cosas que no puedes llegar a entender.

—Puede que tengas razón —repuso ella.

Pero seguía sin responder a la pregunta. Vio que la ignoraba y volvía a centrarse en su ordenador. Ella trató de no sentirse ofendida y abrió la aplicación del periódico de ese día que Sayed había descargado en el libro electrónico.

Después de un rato, apagó el aparato y cerró los ojos, creía que le vendría bien echarse una siesta.

Pero no podía dejar de pensar en todo lo que había pasado esos últimos días, la discusión con su padre, la pasión que habían compartido Sayed y ella la noche anterior, el vacío que había sentido esa mañana…

Suspirando, abrió de nuevo los ojos. Pero no podía dejar de pensar en las últimas horas.

—Pareces muy pensativa, Aaliyah —le dijo Sayed minutos después.

—¿No crees que tengo motivos para estarlo? —repuso frotándose las sienes—. Yo no soy un emir, pero mi vida también ha dado un giro de ciento ochenta grados en las últimas horas.

—Bueno, a lo mejor necesitabas un cambio.

—¿Es que crees saber lo que más le conviene a todo el mundo?

—Es parte de mi trabajo.

—Sí, supongo que sí —reconoció ella.

Sayed sonrió y ella estuvo a punto de devolverle el gesto.

Cada vez le apetecía más echarse esa siesta que él le había sugerido, aunque no podía dormir. Además, temía quedarse dormida y soñar con él. Ya lo había hecho antes de que hicieran el amor y sabía que los sueños iban a ser mucho más vívidos después de lo que había pasado la noche anterior.

Esperaba que Sayed la dejara tranquila y volviera a trabajar, pero no lo hizo.

—Ayer me hablaste de tu padre. Habías tenido un enfrentamiento con él y por eso te escondiste en la suite de Tahira para beber —le dijo Sayed.

—Es verdad —reconoció después de estar unos segundos callada.

—Me dijiste que te había tratado muy mal. ¿Qué pasó?

Le costaba hablar de ello, pero no le quedaba más remedio que contestarle.

—Me dolió mucho que mi padre me acusara de hacerle chantaje. Pero eso no fue lo más doloroso —le confesó ella—. Lo peor fue darme cuenta de que mi madre me había estado mintiendo toda la vida. Siempre me dijo que, aunque mi padre tenía otra familia y por eso no me podía tener en su vida, se preocupaba lo suficiente por mí como para enviar una pequeña cantidad para mi cuidado y educación.

—¿Y era mentira?

—Era verdad que tenía otra familia, pero al parecer ni siquiera sabía que yo existía.

—Habrá sido un golpe muy duro —le dijo Sayed tocando con ternura su mano—. Por un lado, saber que tu querida madre no te dijo la verdad y, luego, ver que tu padre no se había preocupado nunca por ti…

—Bueno, uno no puede preocuparse por alguien que ni siquiera sabe que existe.

—Y, después, cuando se enteró, reaccionó mal.

—Sí, bastante mal.

Le habría encantado apoyar la cabeza en su hombro, pero no podía permitirse mostrarle tanta debilidad.

—Ahora pienso que ese dinero que supuestamente venía de él era lo que mi madre conseguía ahorrar cada mes al no tener que pagar el alquiler del piso donde vivíamos.

Le parecía una artimaña complicada por parte de su madre, pero Hena siempre había tratado de hacerle entender desde pequeña cómo funcionaba la economía familiar. Y eso le había enseñado a ser muy consciente de sus gastos.

—¿Por qué no pagaba el alquiler? —le preguntó Sayed.

—Otra cosa que me ocultó durante años. Su padre era el propietario del apartamento y nos permitió vivir allí sin pagar alquiler, siempre y cuando mi madre se comprometiera a no traerme a Zeena Sahra.

—¿Qué? —preguntó Sayed sin comprenderlo—. ¿Cómo podía estipular algo así su propio padre?

—No quería que mi presencia avergonzara a toda la familia.

—Porque tu madre eligió tenerte y cuidar de ti antes que mantener la aceptación de su familia, ¿no?

—Eso es —repuso ella, sorprendida al ver qué bien la entendía.

—¿Por eso no tenías planes para viajar a Zeena Sahra?

—Pensaba hacerlo en cuanto cumpliera el último deseo de mi madre.

—Eres más fuerte de lo que pareces.

—Es otra faceta mía que podrás conocer en Zeena Sahra —le contestó ella repitiendo en broma las palabras que Sayed le había dicho esa mañana.

Pero no se rio, se limitó a asentir con la cabeza.

—Sí, eso parece. Y es una faceta que me gusta.

—Teniendo en cuenta lo mandón que eres, me cuesta creerlo.

—Pues es la verdad.

—Estás rodeado de aduladores, Sayed.

—Bueno, no te creas. Ya has conocido a Yusuf —le dijo él.

—Es verdad, creo que a él no has logrado deslumbrarlo. Y a mí, tampoco.

—Vaya, has conseguido herir mi orgullo. Un hombre espera que su amante esté deslumbrada con él.

—Es que no se puede decir que nosotros seamos amantes —lo corrigió ella.

—Me gustaría que lo fuéramos —repuso él con una mirada que la dejó sin respiración.

—Eso es difícil de creer.

—No voy a presionarte, pero tampoco voy a fingir que la idea de hacerte el amor de nuevo no domina mis pensamientos, casi demasiado, teniendo en cuenta los problemas que tengo frente a mí.

—¿Todavía me deseas?

—Mucho —le confesó Sayed.

—¿Pero no va a hacer que se incrementen aún más las posibilidades de que acabe embarazada?

—Usaremos preservativos.

No pudo evitar sonrojarse.

—Bueno, yo también te deseo… —reconoció ella.

—Me alegro.

—Yo también. Eso creo.

Compartieron una mirada que hizo que se quedara de nuevo sin respiración. Le dio la impresión de que Sayed estaba a punto de hacer algo, aunque no sabía el qué, pero la azafata se acercó en ese instante para prepararles la mesa para la cena.

Disfrutaron mientras charlaban del cordero estofado con patatas y verduras.

—¿Averiguaste todas estas cosas después de la muerte de tu madre? —le preguntó Sayed.

Le explicó entonces cómo había descubierto que su abuelo era el dueño del apartamento, lo duro que había sido el funeral y la posterior reunión con el abogado, cuando le dijo que tenía que irse del piso.

—Pero no dejé que vieran lo destrozada que estaba, no quería darles esa satisfacción.

—Tienes un increíble control emocional —le dijo Sayed—. ¿Qué vas a hacer? ¿Volverás a San Francisco?

—¿Cuándo? ¿Después de que confirmemos que no estoy embarazada?

—Sí. Bueno, si es que no lo estás, claro.

—No lo sé. Puede que me dedique a viajar durante algún tiempo.

Su idea había sido ahorrar el dinero del seguro de vida de su madre, pero ya no le veía sentido a ese plan. Después de todo, tenía veintiséis años. Si no experimentaba la vida entonces, no lo iba a hacer más tarde.

—¿Sola? —le preguntó Sayed como si no le gustara la idea—. No creo que eso le hubiera gustado a tu madre.

—Bueno, soy una mujer adulta y estamos en el siglo XXI, puedo viajar sola sin ningún problema.

—Pero no me parece seguro.

Sayed le dio todo tipo de datos y le citó estadísticas sobre crímenes contra mujeres que viajaban solas.

—¿Cómo sabes tanto de ese tema?

—Hace un par de años, mi prima Samira quiso irse de viaje por Europa sin guardaespaldas ni acompañante.

—¿Qué edad tenía?

—Tenía veintidós años y mi padre no le dio permiso. Mi tía le había pedido que se lo impidiera.

—¿Su madre? ¿No tiene padre?

—No, mi tío murió en la explosión que mató a mi hermano mayor —le contó Sayed.

—Lo siento, sé que pasó hace mucho tiempo, pero seguro que el dolor persiste.

—Así es.

—Supongo que tu prima estaría furiosa —comentó ella para volver a un tema más alegre.

—Encontramos unas guardaespaldas femeninas bien entrenadas y se fue con ellas de viaje.

—Bueno, al final se salió con la suya aunque no pudiera ir sola. ¿Tienes más primos?

—Sí, Samira tiene un hermano más joven, Bilal. Mi tía estaba embarazada de él cuando murió mi tío.

—¿Estáis unidos?

—Bueno, es doce años más joven que yo…

—Seguro que te admira.

—Pasé todo el tiempo que pude con él cuando regresé de Estados Unidos, pero después se fue a la universidad y ya no nos vemos tanto. Iba a venir a Zeena Sahra para mi boda —le explicó Sayed haciendo una mueca—. Se lleva muy bien con mi padre. Lo acogió casi como un hijo desde que murió su cuñado.

—Entonces, Bilal tiene mucha suerte de teneros a los dos.

Sayed se encogió de hombros.

—Para eso está la familia.

—¿No podrías prepararlo para que haga las funciones de emir antes de tomar el relevo de tu padre como *melech*?

—¿Acaso no crees que pueda ser un buen rey? —le preguntó Sayed algo ofendido.

—No es eso, solo te ofrecía alternativas. Aunque no sea lo más tradicional en tu país.

Sabía que ciertas tradiciones eran importantes, casi demasiado. Algunos de los valores que le había transmitido su madre le habían hecho mucho daño.

—¿Cómo fue crecer en San Francisco? —le preguntó Sayed en un obvio intento por cambiar de tema.

Pero no le importó, así tenía la oportunidad de hablarle de su madre, algo que le gustaba hacer. Y él la escuchó con atención mientras le contaba historias de su infancia.

—Está claro que la querías mucho —le dijo él cuando terminó—. Y ella a ti.

Ahogada por la emoción, solo pudo asentir con la cabeza.

—Creo que si te mintió en algo lo hizo con la intención de proteger tus sentimientos.

—Entonces, ¿por qué me pidió que encontrara a mi padre? Tenía que saber cuánto me iba a doler saber la verdad.

—Me da la impresión de que esperaba una reacción muy diferente

por parte de tu padre.

—Murió con la esperanza de que su familia acabara reconociéndome.

—Entonces, era muy optimista.

—Sí, lo era —repuso ella con una sonrisa—. Tendía a ver lo mejor de la gente e ignoraba sus defectos. Y creo que ella nunca dejó de querer a mi padre.

Y ese amor había sido quizás el culpable de que Hena Amari conservara una idea de Gene Chatsfield en la cabeza que nada tenía que ver con la realidad.

—Tu padre no se merecía ese amor, pero tú sí. Está claro que fuiste la persona más importante de su vida.

—Sacrificó mucho por mí y nunca me lo echó en cara.

—Una mujer increíble.

—Sí, lo era.

—Y creo que su hija se parece mucho a ella —le dijo Sayed con ternura.

No sabía si sería verdad, pero esperaba tener la fuerza y la voluntad de sacrificarse por los demás como lo había hecho su madre. Creía que podía aprender mucho de ella.

—A mí ya me has demostrado que eres una mujer muy íntegra —comentó Sayed—. Otras mujeres habrían tratado de sacar provecho de lo que pasó anoche. Tú, en cambio, has tratado de ayudarme a mitigar las posibles consecuencias de lo que ocurrió.

—Gracias.

—No hay de qué —repuso Sayed—. Todos necesitamos un amigo de vez en cuando.

—¿Tienes tú amigos? ¿Personas en las que confíes lo suficiente como para poder hablar con ellas?

—Bueno, tengo a mis padres y a Yusuf. Y quizás Bilal se convierta en un amigo ahora que vuelve a Zeena Sahra.

—Es una lista muy corta.

—Es difícil para alguien de mi posición llegar a confiar en la gente.

Lo entendía perfectamente. Y sabía que lo que había pasado la noche anterior le complicaba las cosas.

—Lo siento. Siento lo de anoche —le dijo ella con sinceridad.

—Yo no lo siento —repuso Sayed—. Debería hacerlo, pero disfruté demasiado como para arrepentirme. Y eso es raro, suelo permitirme pocas debilidades. Mi padre dice que es como si llevara el peso del mundo en mis hombros. Algún día, muy pronto, gobernaré en su lugar cuando no estaba destinado a hacerlo. Por su bien y el de mi hermano, tengo que aceptar la responsabilidad que conlleva servir a mi país.

Se dio cuenta de que la muerte de un hermano siendo aún un niño sería devastador para cualquiera, pero a Sayed además ese hecho le

había cambiado la vida para siempre.

Lo miró a los ojos entonces y no pudo evitar sentir una punzada de emoción que se negaba a llamar «amor».

—Creo que me equivoqué antes. Después de todo, has conseguido deslumbrarme.

—Me alegra que pienses así —repuso Sayed con una sonrisa que le robó el aliento.

Capítulo 10

Entonces, ¿Gene Chatsfield era el amante de tu madre? —le preguntó Sayed.

—Sí.

—Me imagino que tiene motivos para ser desconfiado.

—¡Pero no le mentí!

—Tú y yo lo sabemos, pero él no.

Le gustó que Sayed la creyera. Hacía que se sintiera mejor.

—Ni siquiera recordaba a mi madre —le dijo Liyah sin poder creer que se hubiera olvidado de una mujer tan maravillosa—. Por muy complicada que fuera entonces su vida, no es excusa para seducir a una joven inocente y olvidarse después de ella como si no le importara.

—La gente comete errores que a veces no podemos entender, pero sí podemos perdonar.

—Entonces, ¿vas a perdonar a Tahira?

—Con el tiempo —respondió Sayed para su sorpresa—. Pero no hasta que consiga lidiar con las consecuencias de su traición y siempre y cuando no vaya en detrimento de mi pueblo.

—Vaya, eres realmente increíble, Sayed.

—Bueno, tuve unos padres muy buenos que me inculcaron sus valores.

—Pero creo que también es mérito tuyo —susurró ella mientras alargaba la mano para tocarle la cara.

—¿Qué haces? —le preguntó él.

—Quería asegurarme de que eres real.

—Soy de carne y hueso, como cualquier hombre.

—Y el emir.

—Contigo, prefiero ser solo un hombre.

—¿Es eso posible?

Su corazón latía con ese hombre, pero su cabeza le recordaba que era el emir y estaba fuera de su alcance.

—Ahora mismo, en este momento, lo es —le dijo sin dejar de mirarla a los ojos—. ¿Sabes que hay un pequeño dormitorio en la parte trasera del avión? Es un lujo necesario para estos viajes tan largos.

No pudo evitar estremecerse al oírlo. Sayed había tomado su mano y trazaba círculos con su pulgar sobre la muñeca de Liyah.

—Suena bien…
—¿Te gustaría verlo? —le preguntó Sayed.
Le estaba haciendo una clara proposición y, cuando aceptó, no supo cuál de los dos estaba más sorprendido, Sayed o ella misma.

Sayed llevó a Aaliyah hasta el dormitorio. Aunque era tan lujoso como el resto del avión, la cama no era grande. Pero eso no iba a impedirle cumplir su objetivo, darle a esa mujer una experiencia digna del don de su inocencia.
Por muy bueno que hubiera sido lo que habían compartido la noche anterior, los dos habían bebido demasiado y él no había sabido que ella era virgen.
Había tomado su cuerpo sin saber el regalo que le estaba entregando y sabía que muchas mujeres sufrían bastante dolor la primera vez si el amante no era tierno y cuidadoso. Había sido una suerte que, siendo su primer amante, a Aaliyah no le hubiera dolido más.
No podía evitar tener una reacción casi primitiva al saber que era su único amante. Y quería más.
El deseo podía con él y fue hacia Aaliyah en cuanto la puerta se cerró tras ellos. Tomó su mano y tiró de ella para aplastarla contra su cuerpo mientras la besaba. Era bastante más alto que ella, pero parecían encajar a la perfección, como si sus cuerpos hubieran nacido para conseguir esa conexión.
Aaliyah reaccionó enseguida, sus labios se amoldaron a los de él, separándose casi al instante. No se lo pensó dos veces y aceptó la silenciosa invitación. Le sorprendía ver que estaba siendo tan maravilloso como la noche anterior. No se cansaba de su dulce sabor, que le resultaba ya casi familiar, aunque solo habían pasado una noche juntos. Aaliyah fue subiendo las manos hasta la cabeza. Le quitó el *egal* y la *kufiyya* y él se separó.
—¿Acaso no deseas al emir? —le preguntó él sonriendo.
—Sayed, cuando estamos así, yo siempre deseo al hombre.
—Nadie desea solo al hombre.
—Yo sí —le prometió ella con sinceridad—. Igual que lo hice anoche.
—Pero, por mucho que queramos que las cosas sean de otro modo, sigo siendo el emir.
Era una advertencia para ella, pero también para él. Su futuro había sido escrito en las estrellas antes incluso de que su hermano fuera asesinado. No podía ignorar sus responsabilidades, nadie más podía ocupar su lugar y él amaba a su gente demasiado como para defraudarlos.

—Tienes razón y te equivocas al mismo tiempo. Porque en este momento, eres Sayed. Y sí, eres el emir, pero eso no es todo lo que eres —le dijo ella.

Siguió acariciando su cuerpo y pensando en lo que le había dicho.

—¿Cómo llamas al rey Falah? —le preguntó ella.

—Padre.

—Porque no es solo el *melech*, también es tu padre, ¿verdad?

—Sí, pero su deber es lo primero.

—¿Estás seguro de eso?

No podía concentrarse en la conversación, no en ese momento…

—¿No crees que habría sido mejor para Zeena Sahra que su príncipe fuera educado en su país?

—Sí, pero había que protegerme —le recordó él.

—Por supuesto, por eso te mandó lejos. ¿Con qué frecuencia te visitaban tus padres?

—No sé, varias veces al año.

—¿No te parece que se portó más como un padre que como un *melech*?

Sayed entendía lo que le decía y creía que, en parte, tenía razón.

—Ahora mismo, eres mi hombre, *rohi*. Aunque no sea más que una hora, no voy a renunciar a un solo segundo.

—Se supone que soy el único con experiencia, pero me estás seduciendo por completo.

Se había quedado sin aliento al oír que lo llamaba «*rohi*». Significaba «alma mía». Pensaba que se lo habría escuchado decir a su madre y no sabía las profundas connotaciones que tenía entre dos amantes.

Aaliyah le abrió la túnica y se la quitó. Él no hizo nada para evitar que cayera al suelo.

—Puede que yo haya estado muy reprimida, pero tú vistes como un monje —murmuró ella.

—No creo que los monjes usen trajes de Armani.

—Puede que no —repuso ella con una pícara sonrisa—. Y preferiría que tampoco tú lo llevaras puesto ahora mismo.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Terminó de desvestirse, encantado de que ella pareciera decidida a ayudarlo. Cuando estaba totalmente desnudo, con su excitación evidente, dejó que ella lo mirara. Ya se había dado cuenta la noche anterior de que disfrutaba haciéndolo y esa mirada hambrienta le excitaba más que ninguna otra cosa.

Y no tuvo que sugerirle que hiciera lo mismo con su ropa, no tardó en comenzar a desnudarse también. No pudo evitar sonreír con satisfacción.

—¿Qué pasa? ¿De qué te ríes? —le preguntó ella mientras dejaba su

conservadora falda sobre la silla.

—Soy yo, no el alcohol.

—¿Qué?

—No veo por ningún lado a la reprimida Aaliyah y eso que hoy no has bebido nada.

Sus manos se detuvieron mientras se desabrochaba la blusa y vio que se sonrojaba.

—Es verdad —susurró—. Contigo me siento libre, como si pudiera hacer cualquier cosa —añadió algo asombrada.

—Por eso lo decía, que soy yo el que tengo ese efecto en ti y no el alcohol.

—Eso parece —repuso ella—. Pero esa arrogancia tuya también vuelve a salir a la superficie.

—Lo dices como si fuera algo malo.

Su sonrisa hizo que se quedara un segundo sin aliento y sacudió con incredulidad la cabeza.

—No sabes lo que haces conmigo, Aaliyah.

—Creo que sí, *rohi* —susurró con picardía ella mientras bajaba la mirada un poco.

Riendo, fue hacia ella y la tomó en sus brazos. Nunca se lo había pasado tan bien con una amante. Ella abrió la boca sorprendida al verse de nuevo en sus brazos, echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. Un sonido tan dulce que volvió a quedarse sin aliento.

—¿Seguro que no haces esto con todas? —le preguntó ella riéndose todavía—. Se te da tan bien…

—Solo contigo —le aseguró dejándola en la cama—. Y tú, esta noche, no podrás tener la excusa del alcohol. Solo vas a estar bajo los efectos de la atracción que sientes por mí, nada más.

—Te voy a contar un secreto —le susurró ella a la oreja mientras Sayed se tumbaba a su lado—. Eres mucho más embriagador que ese whisky que bebí anoche.

—Y yo no te voy a causar resaca.

—No, solo dolor en los músculos. En unos más que en otros…

—Lo sabía —murmuró él sentándose y poniéndose serio de repente —. Anoche te hice daño, ¿verdad?

—¿Qué? No. Bueno, a lo mejor un poco. Pero siempre es así la primera vez, ¿no?

—La verdad es que puede ser mucho peor.

De hecho, había sido tan bueno el sexo que le había sorprendido muchísimo saber que ella había sido virgen.

—No sé cómo será para otras personas, pero para mí fue la experiencia más increíble de mi vida.

—Entonces, el listón está muy alto.

—¿Para qué?

—Para lograr que esta vez sea realmente memorable —le dijo él mientras terminaba de quitarle la blusa.

—Pero ¿por qué?

Se inclinó y la besó. Sus labios eran suaves y deliciosos, pero no estaban inmóviles, sino que lo besaban también, seduciéndolo con cada movimiento.

Terminó de desabotonarle la blusa y la ayudó a sentarse en la cama para quitársela del todo. Se sentía como si estuviera abriendo un maravilloso regalo y aprovechó la oportunidad para deshacerse también de su sujetador.

Le encantaba ver cómo su cuerpo se estremecía al sentir el aire en la piel expuesta. Le había pasado lo mismo la noche anterior y lo había encontrado muy excitante. En ese sentido, nada había cambiado.

Se tumbaron de nuevo en la cama, piel contra piel. Comenzó a acariciarle el vientre mientras la besaba y recordó entonces su pregunta.

—¿Por qué? Porque eso es lo que te mereces.

—¿Qué? —le preguntó Aaliyah con una mirada de confusión en sus ojos verdes.

—Te estaba diciendo por qué me he comprometido a hacer que esta noche sea mejor aún. Porque te lo mereces.

—Todo un detalle —repuso ella entre gemidos—. Pero es, además de innecesario, poco probable.

—¿Eso crees?

—Sí, lo de anoche fue muy especial.

—Pues esta noche voy a hacer que cambies de parecer.

—Eres un poco competitivo, ¿no?

Él se encogió de hombros. No tenía que ser competitivo, casi siempre ganaba. Después de todo, era el emir y tenía que ser el mejor en todo lo que se propusiera. Formaba parte de él ser así.

—¿Puedo tocarte? —le preguntó ella con la voz ronca por el deseo.

—Por supuesto.

—¿En cualquier sitio? —insistió pasándose la lengua por los labios.

—Sí.

Se quedó sin respiración cuando sintió su delicada mano cerrándose sobre su miembro. Aaliyah gimió mientras comenzaba a deslizar la mano arriba y abajo. Cada vez la deseaba más.

—No te detengas —le pidió mientras empezaba el mismo sus propias exploraciones.

Tenía la intención de llevarla hasta lo más alto y hacer que se volviera loca de deseo.

Siguieron como estaban durante algún tiempo, pero se dio cuenta de que con cada gemido de placer que conseguía provocar en ella y con cada movimiento inquieto de su cuerpo, se acercaba él mismo al

borde del abismo y estaba a punto de perder el control. Nunca le había costado tanto contenerse, ni siquiera la primera vez que se había acostado con una mujer. Aaliyah Amari había conseguido embrujarlo por completo.

Incluso cuando separó sus esbeltas piernas y comenzó a besarla íntimamente, su cuerpo reaccionó como si fuera ella la que lo estuviera tocando.

—No. Creo que no… —susurró ella mientras trataba de apartarse.

Se detuvo un momento para levantar la cabeza y tranquilizarla.

—No pienses en lo que estoy haciendo, *habibti*. Limítate a sentir.

Su sabor era dulce y delicioso, como el aroma de las almendras y el almizcle. Un perfume delicioso que estaba consiguiendo embriagarlo. Deslizó la lengua dentro de ella y la sacó poco después, besándola de la manera más íntima, fijándose en cómo reaccionaba Aaliyah para saber qué le gustaba.

No dejaba de gemir, pero, cuando se concentró en su clítoris y lo rodeó con la punta de su lengua, Aaliyah gritó sin poder contenerse. Su respuesta era tan adictiva que no podía dejar de hacerlo, disfrutando con su reacción una y otra vez. La acarició también con uno de sus dedos, estremeciéndose al sentir lo húmeda que estaba.

Aaliyah se movió contra él, parecía cada vez más desesperada, sus músculos se contraían y relajaban sin descanso hasta ponerse de repente rígida cuando alcanzó por fin el clímax. Tenía su cabeza atrapada entre los muslos, pero no le importó, no tenía intención de moverse de allí.

Siguió acariciándola con la lengua, pero más lentamente, y Aaliyah volvió a contraer su cuerpo una vez más. Después, se quedó completamente inerte y relajada, como si sus huesos fueran de gelatina, y completamente abierta a él.

Había llegado el momento de pasar de nuevo a la acción, tenía que reavivar su necesidad para que volviera a desearlo. Y eso fue lo que hizo, acariciando todo su cuerpo con las manos primero y después con los dientes y la lengua. Consiguió lo que quería, pero también él estaba al borde del abismo cuando por fin se detuvo para ponerse un preservativo. Le habría encantado no tener que usarlo y poder hacerle el amor sin nada entre ellos. Aún recordaba lo increíble que había sido la noche anterior, aunque entonces había estado medio dormido.

Hizo girar a Aaliyah para que estuviera de lado y se colocó detrás de ella.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó algo perdida—. Lo necesito, Sayed. Necesito…

—Y voy a darte lo que necesitas —le interrumpió él.

Se deslizó dentro de ella desde atrás, esa posición le daba más acceso para poder seguir tocándola.

Tenía un brazo bajo su cuello para poder acariciar sus pechos y rodeó sus caderas con la otra mano para tocar su clítoris mientras empezaba a moverse. Aaliyah no tardó en comenzar a jadear mientras movía su pelvis con un ritmo instintivo. Esa vez alcanzaron el clímax a la vez, gritando con desesperación. Se dio cuenta de que corría el peligro de dejar que esa mujer se convirtiera en una fuerte adición. Era algo que le preocupaba, prefería no pensar en ello.

De mala gana, se apartó de Aaliyah, pero no podía alejarse del todo, no cuando ella se quejó con un gemido.

Le dio un beso en la frente, aunque sabía que era un gesto demasiado afectuoso para una relación que tenía los días contados.

—Ahora vuelvo, tengo que tirar el preservativo.

Fue al pequeño baño con piernas temblorosas y se miró en el espejo. Le sorprendió ver ternura y casi vulnerabilidad en sus ojos. Nunca se había visto así. Después de todo, era el emir, no un hombre normal. No podía permitirse el lujo de desear a una mujer como Aaliyah después de tan poco tiempo.

Se dio cuenta de que tenía que encontrarse a sí mismo y olvidar a ese otro hombre. Se debía a su pueblo y a su hermano, que había muerto sin tener la oportunidad de dirigir el país.

Su idea había sido aprovechar el viaje para decidir su estrategia y prepararse para los siguientes días, pero había pasado horas hablando con Aaliyah y haciéndole el amor.

Decidió que tenía que poner distancia entre ellos. De otro modo, no iba a ser capaz de hacer lo que necesitaba hacer cuando vieran que la prueba de embarazo era negativa, cuando llegara el momento de dejarla marchar.

Capítulo 11

La reina Durrah acompañó personalmente a Liyah hasta sus aposentos en el harén de palacio. Pero ni siquiera esas atenciones habían conseguido que no se sintiera algo abandonada. Sayed la había dejado sola en cuando llegaron al palacio. Se había limitado a presentarle a sus padres antes de excusarse para hablar con su padre en privado. Los monarcas habían sido muy amables con ella, pero le dolía que Sayed la hubiera dejado sola. Sobre todo después de lo que había pasado en el avión.

Después de que hicieran el amor, Sayed había entrado en el cuarto de baño como el hombre con el que tanto había compartido para salir poco después siendo el emir y solo el emir.

Se había vestido en silencio y después se había girado hacia ella sin mirarla a los ojos.

—Aprovecha para dormir. Le diré a la azafata que te avise para que tengas tiempo de ducharte y vestirte antes de que aterricemos.

Y tal y como le había prometido, la avisaron para que se arreglara. Regresó entonces a su asiento, pero Sayed había estado hablando con Yusuf durante todos los minutos de descenso y aterrizaje del avión. Y desde entonces hasta que llegaron al palacio, Sayed no había dejado de hablar por su móvil.

Sabía perfectamente que tenía que tratar asuntos muy importantes, pero le había quedado claro que se estaban distanciando. Trató de convencerse de que era mejor así, no podía haber nada más entre ellos y no tenía sentido dejarse llevar por otro tipo de emociones, aunque temía que ya fuera demasiado tarde. Sabía que era irracional y ridículo, pero sus sentimientos iban creciendo en su interior, no podía ignorarlos, pero tampoco iba a decírselo a nadie, menos aún a ese hombre. Ni con palabras ni con hechos.

Por eso trató de mantener una fachada fría y digna mientras seguía a la reina. Subieron una gran escalera. Los peldaños estaban cubiertos por una lujosa alfombra roja y las barandillas eran de una maravillosa madera tallada. Todo era elegancia y resplandor en el palacio, que estaba situado a la orilla del mar Bahir de Zeena Sahra. Era lujoso sin llegar al mal gusto ni a la exageración. Después de andar por varios pasillos, llegaron a una zona con un conjunto de puertas dobles. No le sorprendió encontrar a un guardaespaldas al lado de una de las puertas.

La reina asintió con la cabeza, pero no se dirigió a él.

El hombre abrió la puerta y entraron las dos. La reina Durrah la miró en cuanto se cerró la puerta tras ellas.

—Durante los próximos cinco días, te alojarás aquí y serás nuestra invitada de honor, pero no se comunicará a nadie tu nombre ni tu relación con mi hijo —le dijo la reina.

No le preguntó si lo entendía o si estaba de acuerdo, daba por hecho que seguiría sus órdenes.

—¿Cinco días? —preguntó Liyah.

—O quizás seis.

Liyah asintió aunque no entendía de dónde había sacado esa cifra.

—El análisis de sangre definitivo se puede realizar cinco días después del… Del evento —le dijo la reina.

Entendió entonces que le hablaba de la prueba de embarazo.

—¿Quiere que me quede en mi habitación? —le preguntó algo triste al recordar que Sayed le había prometido ser su guía turístico.

—¡No, por supuesto que no! —replicó la señora mientras abría una puerta a su derecha y le mostraba un agradable salón decorado en tonos champán y burdeos—. No eres una prisionera.

No, pero acababa de saber que iba a ser una invitada que tenía que permanecer en el anonimato. Aun así, estaba fascinada con el alojamiento.

—Este salón es más grande que nuestro antiguo piso —comentó mientras miraba a su alrededor.

—¿Nuestro? —repitió la reina con el ceño fruncido.

—Mi madre y yo compartimos piso hasta que murió, de eso hace cuatro meses.

Pudo hablar de la pérdida de su madre sin revelar cuánto le costaba hacerlo, pero tuvo que apartar la mirada durante unos segundos para tratar de recuperarse. No quería que la reina la viera como una mujer débil.

—Siento mucho lo de tu madre —le dijo la mujer con amabilidad—. Recuerdo muy bien la muerte de la mía. La echo de menos cada día.

—Gracias —respondió Liyah tratando de controlar sus emociones sin mirarla.

—Aaliyah, no estoy acostumbrada a hablar con alguien que me da la espalda —le dijo la reina logrando que ella la mirara al instante—. ¿Te sugirió mi hijo que debías permanecer metida en tu habitación durante tu estancia aquí?

—No.

La reina Durrah asintió con la cabeza como si aprobara su respuesta.

—Aunque no eres una prisionera, nos gustaría que hicieras algunas concesiones.

—Por supuesto.

—Durante tu estancia aquí, preferiríamos que no usaras la ropa que has traído. Hay ropa tradicional de Zeena Sahra en el armario. Es un regalo que podrás llevarte cuando vuelvas a tu casa.

—Gracias, pero no será necesario.

No se le había pasado por alto la certeza que parecía tener la reina de que Liyah no se quedaría allí.

—De un modo u otro, la ropa es tuya y te agradeceríamos que la llevaras cuando salgas de la habitación y también el *hijab* para el pelo.

—De acuerdo.

—Habrás notado que yo no lo llevo, no es un requisito ineludible en nuestra cultura.

La reina llevaba el pelo recogido en un moño alto.

—No me importa llevar el *hijab*.

Aunque la verdad era que no entendía por qué la reina le había pedido que lo hiciera.

—Me alegra oírtelo decir, pero no tienes por qué hacerlo.

La masculina voz de Sayed hizo que se quedara sin aliento y se giró hacia el recién llegado.

—¡Sayed!

—¿Te gusta tu suite?

—Me encanta —repuso ella asintiendo con la cabeza.

—Y no es su prisión —intervino la reina Durrah.

—Por supuesto que no, madre. ¿Qué le has estado diciendo? —le preguntó Sayed.

—Nada, solo hemos estado hablando de la mejor manera de llevar su estancia en palacio.

—Pero ya te dije que quería ser yo quien tuviera esa conversación con ella —replicó algo irritado.

—Es que tú no deberías estar aquí —protestó la reina—. ¿Acaso ya has terminado de hablar con tu padre sobre cómo vas a hacer frente a la traición de Tahira?

—No, pero ya seguiremos hablando más tarde. Quería asegurarme de que Aaliyah estuviera cómoda.

—Soy perfectamente capaz de hacerlo yo misma —repuso la reina.

Cansada de verlos discutir, Liyah se dio la vuelta y salió al balcón.

Sayed se unió a ella unos segundos más tarde.

—¿Estás bien, Aaliyah?

—¿Quieres que te diga lo que quieres oír o la verdad?

—La verdad, por favor. Siempre la verdad —le pidió Sayed poniendo la mano en su hombro.

No pudo evitar preguntarse qué pensaría la reina de ese gesto.

—Estoy un poco abrumada. Las habitaciones son preciosas, pero sé que me sentiré como en una prisión.

—No tiene que serlo. Pase lo que pase, quiero que disfrutes de tu

estancia y llegues a conocer el país de nacimiento de tu madre.
—Pero ¿podré verte?
—No lo sé, Aaliyah.
—Prometiste ser mi guía —le recordó ella.
—Y lo será —intervino la reina mientras se acercaba a las puertas que daban al balcón.
—Madre, ¿podrías darnos algo de privacidad? —le pidió Sayed.
—Voy a pedir que nos sirvan el té y esperaré en la sala de estar —les informó la reina.
—Aaliyah, por favor —susurró Sayed cuando volvieron a estar solos—. No me gusta verte así, como si estuvieras a punto de romperte.
—Eso no va a ocurrir.
—Prométemelo.
—Te lo prometo —le aseguró ella sin saber si iba a poder hacerlo—. Al menos, lo intentaré.
—Hay que ir día a día, ¿de acuerdo?
—¿Crees que eso va a funcionar?
—Sí —susurró Sayed colocando las manos alrededor de su cuello mientras frotaba con los pulgares su piel.
Se apartó de él para no decir nada que pudiera lamentar después.
—Me parece una buena filosofía, pero me da la impresión de que no es algo que hagas a menudo —le dijo ella.
Dio un paso hacia ella, pero después se lo pensó mejor y se alejó más aún.
—Pues sí lo hago. Por mucho que planifique, no se puede controlar todo en el mundo de la política —le aseguró Sayed mientras agarraba la barandilla de hierro forjado con más intensidad de la necesaria.
—Entonces, no puedes culparte por lo que está más allá de tu control.
—Lo sé. Mi padre me enseñó que hay que cultivar la paciencia para hacer frente a los desafíos en lugar de luchar contra ellos —le dijo Sayed.
Siguieron allí juntos y en silencio hasta que la reina les dijo que el té estaba servido y que el rey quería que Sayed fuera a su encuentro para terminar su reunión.
Como si no pudiera hacer nada para evitarlo, Sayed le dio un beso en la sien antes de salir de la suite. Aunque sabía que ese gesto no era aceptable para los estándares de Zeena Sahra, la reina no dijo nada.
—En cuanto a lo del *hijab* —comenzó la madre de Sayed mientras le servía té de jazmín—. Te lo he sugerido porque su uso te proporcionaría más privacidad y menos posibilidades de que alguien se dé cuenta de que eres extranjera.
—¿Y la ropa?
—Será la mejor manera de esconderte mientras estás a la vista de

todos. Nadie va a extrañarse ni sorprenderse si ven en el palacio a una mujer vestida como es tradicional aquí en vez de ir con ropa occidental.

La reina le recordó a Sayed en ese momento. Los dos parecían estar seguros de saber qué era lo mejor para ella.

—Por desgracia, no hay nada que podamos hacer con tu manera de hablar.

—Puedo hablar en árabe mientras esté aquí en palacio —le dijo Liyah en el dialecto que se hablaba allí.

—¡Qué sorpresa! —exclamó la reina abriendo mucho los ojos—. Sayed no me dijo que hablaras nuestra lengua.

—Creo que nunca se lo he mencionado —le dijo Liyah—. Mi madre solo hablaba en árabe cuando estábamos en casa, pero esperaba que yo hiciera lo mismo.

—Bueno, a lo mejor nos esperamos un poco antes de decírselo a Sayed —repuso la reina con algo de picardía.

Le desconcertó el cambio de humor en la reina.

—Es muy distinta a lo que me esperaba —le confesó Liyah.

—Ahora ya sabes de quién heredó Sayed su impetuosidad —le dijo la mujer guiñándole un ojo—. Por ejemplo, yo ya he decidido que me gustas.

—¿De verdad cree que su hijo es impetuoso? —le preguntó Liyah sin poder creerlo.

—Bueno, menos ahora que de niño, pero tu presencia aquí prueba que sigue siéndolo aunque trate de ocultarlo.

—¿No le importa que sea así?

—No. Sayed es el emir y algún día será el *melech,* pero sigue siendo mi hijo. La muerte de su hermano le cambió mucho. Bueno, nos cambió a todos —le dijo apenada—. Por eso me gusta ver que no ha cambiado por completo.

—Entonces, ¿no está molesta con esta situación?

—Lo que tenga que ser, será —le dijo la reina con serenidad.

—Pero seguro que no le gustaría que yo fuera la madre de su nieto —repuso Liyah.

La reina se le acercó y le puso la mano en el brazo.

—Eso no lo sé. Aunque acabe de conocerte, ya te he dicho que me gustas. En cuanto a lo otro… Lo único de lo que estoy segura es del hecho de que tu presencia aquí va a cambiar las cosas.

—¿Y cree que eso es algo bueno?

—Sí. Tanto mi marido como mi hijo siguen viviendo a la sombra de la muerte de Umar. Yo lo echaré de menos hasta que nos reunamos en el más allá, pero creo que ya es hora de que mi familia mire hacia el futuro.

Liyah entendía bien ese sentimiento, ella también había estado

sumergida en el dolor tras la muerte de su madre.

—Y ¿no cree que la traición de Tahira ya va a cambiar bastante las cosas?

—Eso ha sido sin duda un catalizador. No esperaba que mi hijo reaccionara haciendo algo tan poco usual en él como lo que pasó contigo. La verdad es que creí que se escondería de nuevo tras las paredes que erigió hace tantos años, cuando murió Umar. Y me alegra haberme equivocado.

Liyah se puso a dar vueltas por su suite en cuanto regresó tras tomar el té de media mañana con la reina Durrah. A pesar de su estatus real y de sus anticuados puntos de vista, estaba resultando ser más agradable y amable de lo que había esperado. Y se había dado cuenta de que le importaba sobre todo la felicidad de su hijo.

Le había sorprendido la cálida acogida que le habían dado los reyes. Creía que su presencia no hacía sino añadir más leña a los problemas causados por la traición de Tahira. Pero los monarcas la habían tratado con mucho respeto. El rey era un poco más distante, pero le pareció normal.

La reina Durrah, sin embargo, se esforzaba por pasar tiempo con ella cada día, parecía decidida a entablar amistad con la empleada de hotel con la que su hijo había tenido una aventura.

La reina había conseguido en un par de días que Liyah le contara todos los problemas que había tenido con la familia Amari, a pesar de que era un tema doloroso y delicado para ella. Esa mujer había logrado ganarse su afecto casi tan rápidamente como lo había conseguido Sayed.

Durrah se había disgustado bastante al saber lo que le había pasado. Creía que alguien debería hablar con los Amari para que vieran que su modo de actuar no era el adecuado. Le había hablado con tanto fervor que Liyah temió por un momento que la reina intentara lograr un acercamiento entre sus familiares y ella.

Pero se trataba de la reina, llegó a la conclusión de que no iba a inmiscuirse en los asuntos personales de alguien como ella, pero por un momento había logrado preocuparla.

Alguien llamó a la puerta de la suite y ella se colocó rápidamente sobre la cabeza el hermoso *hijab* que hacía juego con el caftán de seda verde que llevaba ese día.

Nunca se había sentido tan femenina y bella como lo había hecho al ponerse la ropa típica de Zeena Sahra. Ya había dicho adiós a los trajes oscuros y las blusas blancas y aburridas. Los vestidos árabes eran mucho más coloridos y alegres.

Siempre había vestido con sencillez, con ropa que no acentuara sus

curvas femeninas. Esos vestidos, aunque eran largos y modestos, también eran muy femeninos. Y le encantaba estar vestida en telas tan sedosas.

Le apenaba que Sayed no la hubiera visto así. Durante los dos últimos días, no se habían visto. Había cenado la noche anterior con sus padres, pero él no había aparecido. Y, a petición propia, Liyah desayunaba a solas en su habitación y almorzaba en el jardín del harén.

No le sorprendía que la tuviera tan olvidada, sabía que estaba muy ocupado esos días y que tenía muchos problemas.

Se ajustó el *hijab*, abrió la puerta y se encontró con un rostro que le resultaba familiar.

—¡Abdullah-Hasiba! Pase, por favor.

Liyah dio un paso atrás para dejar que la mujer entrara en la suite, pero Hasiba sacudió la cabeza. Vio que la alegría que le había dado verla de nuevo no era mutua.

—Su alteza la reina desea verla —le anunció.

—Sí, por supuesto —respondió Liyah.

Hasiba se giró y se alejó por el pasillo sin decir una palabra más. Le entristeció verla así. Siguió al ama de llaves disgustada al ver que no iba a poder mantener la amistad con una mujer a la que admiraba.

—Su alteza la reina la espera dentro —le dijo deteniéndose poco después frente a unas puertas.

Liyah asintió, no podía hablar. No sabía por qué le dolía tanto que esa mujer la rechazara, se había enfrentado a rechazos mucho peores, pero estaba dolida, no podía evitarlo.

Fue a agarrar el pomo de la puerta, pero Hasiba se adelantó y la fulminó con la mirada.

—¡Se aprovechó del emir! —la acusó la mujer.

—No, no es verdad.

—Era un hombre prometido para casarse.

—No lo era, Tahira ya se había fugado con otro hombre y había roto el compromiso.

—Pero eso usted no podía saberlo.

Entendió de repente por qué Hasiba estaba tan decepcionada con ella.

—Sí lo sabía. Escuché el emir hablando de ello con Yusuf en el ascensor.

—Eso no es posible, el emir es demasiado discreto para hacer algo así.

—Es que no estaban hablando en inglés. Además, creo que ninguno de los dos era consciente de que estaba allí. El emir estaba completamente cegado por lo que acababa de descubrir.

Hasiba entrecerró los ojos.

—Y fue entonces cuando decidió que era su oportunidad para atrapar a un jeque, ¿no?

Hasiba había conseguido con sus comentarios que ya no le entristeciera perder su amistad. Liyah abrió la boca para responder, pero una voz masculina se le adelantó.

—Le aseguro que la señorita Amari no tenía la intención de atraparme —le dijo Sayed a la mujer—. Podría haberse aprovechado de la situación, pero no lo hizo. De hecho, ha tratado de minimizar las consecuencias de mi error.

Creía que lo justo era que confesara que ella también tenía parte de culpa, pero estaba demasiado ocupada mirando a Sayed después de dos días sin verlo.

—Le pido disculpas, emir —dijo Hasiba con aparente sinceridad—. He hecho suposiciones que no debería haber hecho. Lo siento de verdad, Liyah —agregó mirándola a ella.

Liyah asintió con la cabeza.

—Su reacción es comprensible —repuso Liyah a pesar de estar dolida.

—No estoy de acuerdo —intervino Sayed con frialdad.

Vio que Hasiba se estremecía al ver que había enfadado al emir. Le entristeció verla así.

—No se preocupe, de verdad —le dijo Liyah a la mujer mirando después a Sayed—. Y tú no seas cascarrabias. La lealtad de Hasiba es un regalo increíble, no deberías criticarla por ello.

—Pero es obvio que las dos sois amigas. ¿No te debe también lealtad a ti?

—No se puede comparar con lo que siente por tu familia. Sé razonable, Sayed.

Hasiba parecía no dar crédito al ver la familiaridad de Liyah con el jeque, pero no hizo ningún comentario.

—Yo siempre soy razonable, no dejo que mis emociones me gobiernen —protestó Sayed.

A Liyah le dio la impresión de que Sayed se refería también a lo que había pasado entre ellos, pero no dijo nada.

—Su alteza la reina quería ver a la señorita Amari —le dijo Hasiba al emir apartándose de la puerta—. Supongo que puede acompañarla usted, emir.

Sayed frunció el ceño, pero dejó que se fuera.

—Hasiba te llamó Liyah. ¿Por qué?

—Así es como me llaman todos.

—Nunca me has dado permiso para hacerlo —repuso Sayed sin moverse para entrar en el salón de su madre.

—Me gusta que uses mi nombre completo. Mi madre era la única que me llamaba Aaliyah. Es especial para mí.

Sayed la miró con una sonrisa de satisfacción.

—Vaya, es un honor compartir ese derecho con tu madre.

Era un alivio para Sayed que su país tuviera normas sociales algo más relajadas que las de otras naciones árabes. Así, por ejemplo, pudo tomarse la libertad de pedirle a Liyah que se agarrara a su brazo. Le bastaba con sentir ese contacto para calmar un poco la necesidad que tenía de tocarla. Aunque lo que de verdad quería hacer era besarla.

Abrió la puerta del salón privado de su madre y acompañó a Liyah.

—Estupendo, estáis los dos aquí —los saludó la reina con una sonrisa.

—Buenas tardes, reina Durrah —repuso Aaliyah sonriendo pero sin apartarse de Sayed.

—Buenas tardes, querida. He pensado que te gustaría disfrutar hoy de un recorrido por la capital —le dijo la reina—. Después de todo, aún no has salido del palacio —agregó mirando a su hijo.

—Bueno, pensé que era lo mejor para todos —respondió Aaliyah sin dejar entrever lo que pensaba de ese hecho.

Sayed sabía que era lo mejor. Pero, aun así, le dolía que tuviera que estar encerrada en el palacio.

—Como ya te dije cuando llegaste, no eres una prisionera —le dijo la reina a Aaliyah mirando después a Sayed.

—Por supuesto —reconoció él.

—Estupendo. Entonces, acompañarás a Aaliyah. No hay nadie mejor para explicarle la historia y los lugares de interés de nuestra querida ciudad —anunció la reina.

—Pero no tengo… —comenzó él.

—No tienes nada en tu calendario para esta tarde —lo interrumpió su madre con poco tacto.

Era la primera noticia que tenía al respecto. Creía que si no tenía nada para esa tarde era porque su madre se habría encargado de anular sus reuniones. Parecía decidida a salirse con la suya.

—Pero soy la última persona que debería ser vista con Aaliyah.

—El caso es que la trajiste como invitada a nuestra casa, ¿no es así? —le preguntó su madre con dureza.

—Sabes que sí y también por qué tuve que hacerlo —repuso él.

—Sea como sea, es tu huésped y la has descuidado mucho durante los últimos dos días. No te hemos educado para mostrar tanta falta de consideración.

—Es que esto no es una circunstancia normal…

—Sabes que, siendo de la familia real, las circunstancias rara vez son normales, Sayed.

—¿Y si nos ven juntos? —le preguntó él desafiante.

—No pasa nada. Estoy segura de que nadie os verá en una situación comprometida. De hecho, creo que sería bueno para tu imagen que te vean con una joven tan bella después de lo que te hizo Tahira.

—Pero los medios de comunicación empezarían a especular sobre su identidad…

—Entonces, llevad un coche camuflado y no le digas a nadie su nombre —le dijo su madre con firmeza.

—Que me vean con una limpiadora de hotel supondría un escándalo y no necesitamos otro —insistió él.

—Tenía entendido que Liyah es supervisora de planta, ¿no es así? —le preguntó su madre.

—Del personal de limpieza.

—No seas esnob, Sayed. Es de mal gusto —lo reprendió la reina.

No estaba seguro de qué le molestaba más, las palabras de su madre o el hecho de que Aaliyah hubiera soltado su brazo y se hubiera alejado de él.

—No lo soy —replicó él volviéndose hacia Aaliyah.

En ese momento, lo que le preocupaba era poder explicarle a Aaliyah lo que había querido decir.

Vio que intentaba no mostrar sus sentimientos, pero no se le pasó por alto el dolor que había en sus ojos verdes.

—Aaliyah… —dijo mientras iba hacia ella.

—No —repuso Aaliyah levantando la mano—. No sé qué piensas que tienes que decirme, pero no lo hagas. Aprecio la preocupación de la reina, pero no soy tu huésped, no tienes que entretenerme —agregó yendo hacia la puerta—. No soy tu amiga ni tienes la obligación de pasar tiempo conmigo. No renuncies a tu tarde por mí.

—Mi hijo es un buen anfitrión y no haría algo así —intervino su madre.

Pero Aaliyah sacudió la cabeza y le dedicó a la reina una sonrisa triste que lo dejó sin aliento.

—Aunque aprecio su oferta, dentro de tres días podré hacerme la prueba de sangre y veremos entonces que no estoy embarazada —le dijo Aaliyah a la reina.

Estaba dándole la razón, pero a Sayed le entraron ganas de abrir la boca para protestar. Estaba luchando por controlar unas emociones que no podía permitirse sentir.

—Y entonces me iré a un hotel y podré hacer turismo para llegar a conocer la tierra de mi madre. Hasta entonces, me parece bien quedarme en el palacio e intentar que mi presencia no moleste a nadie.

—Pero no hay ninguna razón para que tengas que estar secuestrada aquí —protestó su madre.

—No quiero ofenderla, pero me temo que no estoy de acuerdo,

reina Durrah. Sayed tiene razón. Y ahora, si no les importa, voy a volver a mi habitación. He descargado un nuevo libro en el lector que me dio Sayed.

—¡Qué generoso es mi hijo proporcionándote libros para que puedas leer! —exclamó su madre con sarcasmo.

Aaliyah se encogió de hombros y se fue sin esperar a que él o su madre le dijeran que podía hacerlo.

Capítulo 12

Bien hecho, Sayed —le dijo su madre en un tono burlón.

Se volvió rápidamente hacia ella, nunca había estado tan enfadado con su progenitora.

—¿Por qué has sugerido algo tan arriesgado? Al menos podrías habérmelo comentado en privado.

Su madre se puso de pie, también ella parecía molesta y decepcionada.

—No se me ocurrió que fueras a negarte a pasar tiempo con esa pobre chica. Está aquí por ti, no lo olvides.

—Fue una aventura de una noche.

—¿Seguro?

—Por supuesto, ¿qué otra cosa podría ser?

—¿Un regalo del destino? —repuso su madre.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó sin poder controlar el torbellino de emociones en su interior—. Sabes que no puede haber nada más entre Aaliyah y yo.

—¿Por qué? ¿Porque no viene de una familia poderosa como pasaba con Tahira?

—No puedo olvidar que soy el emir —le recordó sin entender la actitud de su madre.

—Te enviamos a estudiar a Estados Unidos con la esperanza de que te deshicieras de esa mentalidad elitista.

—No soy elitista.

—A lo mejor no, a lo mejor solo eres un tonto —le dijo ella.

Más enfadado aún, se volvió hacia ella, pero vio que salía del salón con la cabeza muy alta. Y allí estaba su padre.

—Siempre se le ha dado bien a tu querida madre ese tipo de dramática salida —comentó el rey con media sonrisa mientras entraba en el salón.

—Sí —repuso Sayed pasándose las manos por la cara.

—Pero hay que reconocer que es una mujer muy intuitiva. Si te está presionando para que pases tiempo con la señorita Amari, deberías hacerlo.

No podía creer que le estuviera dando la razón a su madre.

—¿Para qué? ¿Para que corra el peligro de tener que esperar durante otra semana más para ver qué me depara el destino?

—¿Tanto te atrae esa mujer?

—Estuve a punto de impedir que se tomara esa píldora del día después —admitió Sayed.

Había querido dejar que el destino siguiera su curso, pero no podía olvidar sus responsabilidades.

—Tengo que reconocer que estoy sorprendido —reconoció su padre.

—No más que yo.

—Tu madre y yo estuvimos prometidos desde que nacimos, pero me enamoré de ella poco antes de la boda.

—¿En serio? —le preguntó Sayed sin poder contener su sorpresa—. Si te casaste muy joven…

—Sí, pero, en cuanto empecé a fijarme en las mujeres, fue Durrah la que me deslumbró. Y el momento en que descubrí la noche de bodas que ella compartía mis sentimientos fue el más feliz de mi vida, al menos hasta que nacieron mis hijos.

—Tuvisteis mucha suerte.

—Sí, nos iluminó el destino —repuso su padre con una sonrisa sincera—. Hemos tenido mucha suerte.

—Mi madre posee todas las cualidades que se le pueden pedir a una reina.

Creía que no tenía nada que ver con Aaliyah, que era plebeya y había crecido sin saber quién era su padre. A él no le importaba, pero sabía que a otros les preocuparía y los medios de comunicación serían muy crueles con ella.

—Es verdad.

—Yo apenas conozco a Aaliyah —le dijo Sayed con la impresión de que no le estaba diciendo la verdad.

—Bueno, a Tahira la conocías desde siempre y mira… Al parecer, no era una aventura, sino que estaba enamorada de ese hombre. Eso le ha contado a su padre en una carta que le dejó —le comentó el rey—. En cuanto a la señorita Amari, ¿no le prometiste que ibas a mostrarle el país de nacimiento de su madre?

—Sí, fue una promesa muy tonta.

—Aun así, es una promesa, hijo —le recordó con un tono implacable.

Asintió con la cabeza, sabiendo que no iba a ganar esa discusión, y fue hacia la puerta. Pero lo detuvieron las palabras de su padre.

—Puede que te ayude recordar algo importante, Sayed. Tanto tu madre como yo nos hemos comprometido a aceptar y ayudar a Aaliyah en su futuro papel si se confirma que está embarazada.

—¿Y si no lo estuviera?

—Nos conoces lo suficientemente bien como para saber la respuesta.

Pero Sayed no estaba tan seguro. Acababa de descubrir que no se conocía tan bien como pensaba. Había creído que podía conformarse

con un matrimonio sin amor con Tahira, pero eso había cambiado y pensó que quizás tuviera que agradecerle a la que fuera su prometida que lo hubiera dejado por otro.

De pie en el balcón de su suite, Liyah ignoró los golpes en la puerta. Igual que había hecho unos minutos antes. Esperaba que quienquiera que estuviese allí entendiera la indirecta y se fuera. Pero no tardó en oír el sonido de una puerta abriéndose y, después, unas suaves pisadas sobre la alfombra.

—Me he portado como un cretino.

—Sí —repuso ella sin ganas para negar lo evidente.

Pero siguió sin volverse hacia él, aunque el corazón comenzó a latirle más rápido. Le habría encantado poder ignorarlo por completo, pero sabía que era el tipo de hombre que se tomaba muy a pecho sus responsabilidades y su madre debía de haberlo convencido de que tenía algún tipo de obligación hacia Liyah.

No sabía por qué estaba allí, si sería para disculparse o para invitarla a salir con ella a dar una vuelta por la ciudad.

Fuera lo que fuera, quería que terminara cuanto antes y volviera a dejarla sola. Ese hombre siempre conseguía debilitar sus defensas y no quería que viera cómo estaba tratando de contener las lágrimas.

—Te he hecho daño —le dijo él acercándose a ella por detrás y poniendo las manos sobre sus hombros.

No supo qué decirle. No podía mentir, pero tampoco quería admitir su debilidad. Porque creía que eso sería como confesarle por qué estaba así. Había llegado a la conclusión de que lo amaba. No tenía otra explicación, nada que justificara las emociones que despertaba en su interior.

Para colmo de males, estaba segura de que siempre iba a amarlo. Nunca había creído en el amor eterno, pero había descubierto que era posible. Desgraciadamente, no iban a tener un final feliz. Era imposible.

—Lo siento mucho. No lo hice a propósito —añadió él mientras bajaba una mano hasta su vientre y trataba de acercarla a su cuerpo.

—Eso ya lo sé —repuso ella—. Por favor, suéltame.

No le extrañaba que no quisiera pasar tiempo con ella, pero era demasiado doloroso tenerlo tan cerca.

—Nada me gustaría más que poder pasar la tarde contigo —le aseguró Sayed besando su sien.

—Sí, claro —replicó con incredulidad.

Suavemente, Sayed la hizo girar para mirarla a los ojos. Vio entonces que él parecía tan confuso como ella. Sabía que era algo que no debería importarle, pero lo hizo. Abrió la boca para pedirle de

nuevo que la soltara, pero no pudo decirlo, necesitaba esa cercanía.
Sayed suspiró y comenzó a acariciar su espalda.
—He pasado los dos últimos días tratando de arreglar los problemas que provocó Tahira anulando la boda. Tenemos dos países fronterizos que nos han ofrecido una alianza similar, pero, si aceptamos una de ellas, provocaríamos un desequilibrio político peligroso en la zona. Por otro lado, el país de Tahira debería tratar de reparar la ruptura del acuerdo, pero la estrategia actual de su tío es echarme la culpa a mí de lo ocurrido.
No lo miró a los ojos mientras hablaba, pero necesitaba saber lo que Sayed sentía al respecto. Levantó la cabeza y una mezcla de emociones explotó dentro de ella al verse en sus ojos. Sentía anhelo, amor, deseo, necesidad, dolor y preocupación. Vio que parecía cansado, como si lo hubiese pasado mal esos días.
—Parece que la situación es complicada. ¿Crees que se solucionará todo?
—Sí, no hay otra opción.
—¿Vas a casarte con alguien de esos otros dos países?
—No —replicó Sayed con firmeza.
—Y ¿qué pasa con el país del Tahira? ¿No tiene una hermana o una prima…?
—En este momento, la idea de volver a pactar un matrimonio por motivos políticos me revuelve el estómago.
—Lo entiendo —contestó ella tratando de ignorar la emoción que había sentido al oírlo.
—Con todo esto ocupando mis pensamientos, cualquiera pensaría que no tengo espacio para nada más.
—No tienes que explicarme por qué no has pasado tiempo conmigo. Agradezco el interés de tu madre, pero se equivoca, no me debes nada —le dijo ella con un nudo en la garganta.
—No trataba de excusarme, sino de admitir que, a pesar de todo lo que tengo en la cabeza ahora mismo, no puedo dejar de pensar en ti. Te he echado mucho de menos.
—Supongo que te refieres al sexo —comentó ella algo decepcionada.
—Eso también lo echo en falta, pero no solo eso. Me gustaría enseñarte el país —le confesó Sayed—. Ya sé que dije que no era buena idea, pero eso no quiere decir que no deseara hacerlo.
—Eres un hombre bastante complicado —susurró ella.
—Soy el emir, las complicaciones forman parte de mi vida.
—¿Se te ocurre algo discreto que podríamos hacer fuera del palacio? —le preguntó ella.
Sayed sonrió al oírlo.
—¿Te apetece pasar tiempo conmigo a pesar de haberme

comportado como un cretino contigo?

—Sí —repuso ella también con una sonrisa—. Pero no podemos permitir que nos vean juntos.

—Podríamos ir al desierto. Hay un sitio allí donde nuestra familia se retira de vez en cuando a descansar. Es un sitio que parece sacado de *Las mil y una noches*.

—¿En serio? —repuso ella sin tratar de ocultar su entusiasmo.

—Sí, ¿quieres venir conmigo?

La incertidumbre y el deseo que vio en su mirada consiguieron convencerla.

—Sí.

—Prepara entonces una bolsa de viaje. Pasaremos al menos una noche fuera.

—Pero, ¿puedes permitirte el lujo de tomarte tanto tiempo libre?

—Es casi mejor que yo esté ausente mientras mi padre lleva a cabo su propia forma de diplomacia.

—Suena ominoso.

—No lo es, pero él grita mucho más que yo. Es como una tormenta de arena.

—¿Y qué eres tú?

—La voz de la racionalidad. Todo el mundo querrá tratar conmigo después de soportar a mi padre unos días.

—La típica técnica de policía bueno y policía malo, ¿no?

—Algo así, pero en el ámbito internacional —respondió Sayed sonriendo de nuevo.

Y ella no pudo evitar devolverle la sonrisa.

Liyah se dio cuenta enseguida de que Sayed no había exagerado. El lugar de retiro de la familia real parecía sacado del libro de *Las mil y una noches*. Allí pasaron tres días explorando el desierto y él le mostró la belleza de su país. Pero no solo se dedicaron al turismo, también hicieron el amor. A menudo y en el entorno más romántico que había visto Liyah en toda su vida.

El último día, Sayed la llevó a un oasis donde tenían una tienda de campaña. Le dijo que solían usarla los pastores de la zona, pero, cuando entraron, la tienda olía a jazmines y estaba llena de mantas y almohadas de seda.

—No parece una tienda para pastores —susurró ella cuando Sayed la abrazó y atrajo contra su cuerpo.

—No, hoy es la tienda del emir y su amante.

Había aceptado que su relación tenía que ser breve, pero estaba dispuesta a aprovechar cada minuto con él. Después de aquello, sabía que nunca volvería a ser la misma persona y creía que Sayed, tampoco.

Esa noche, hicieron el amor hasta la madrugada. Después, abrazados y mirando hacia las cortinas medio abiertas de la tienda, disfrutaron contemplando las estrellas en un cielo que comenzaba a clarear.

Los guardias de seguridad dormían en tiendas más pequeñas alrededor de la de ellos, pero ella había aprendido a olvidar que estaban allí. Le parecía increíble la rapidez con la que podía acostumbrarse a esas cosas.

Sayed la abrazaba con fuerza, sentía que le pertenecía en todos los sentidos y se sentía muy segura con él.

—¿Cuándo es el análisis de sangre? —le preguntó ella.

—El doctor Batsmati me ha dicho que lo hará mañana por la mañana.

—¿Y tiene una fiabilidad del cien por cien?

—Sí, esta prueba sí. Por eso hemos tenido que esperar un mínimo de cinco días desde esa primera noche.

—Entonces supongo que me iré a vivir a un hotel muy pronto.

—Parece que das por sentado que la prueba será negativa.

—¿No lo crees tú?

—No —repuso Sayed sorprendiéndola—. De hecho, me he preparado para un resultado positivo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué va a pasar si estoy embarazada?

—Que habrá después de todo una boda real.

—¿Cómo? ¿Qué dices? No nos vamos a casar —replicó con rotundidad.

Teniendo en cuenta sus sentimientos, deberían haberle gustado sus palabras, pero estaba aterrada.

—Si estás esperando un hijo mío, es la única alternativa que tenemos.

—Pero me tomé la pastilla. Seguro que no estoy embarazada.

—Recuerda que no es del todo eficaz, hay que prepararse para afrontar las consecuencias.

—¿Pero una boda? No lo dices en serio, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —replicó mirándola a los ojos—. ¿Acaso no quieres casarte conmigo?

—Eso no tiene nada que ver.

—Claro que sí. Lo importante es que no vas a tener que criar a nuestro hijo tú sola.

—Pero, ¿no podríamos limitarnos a compartir la custodia? Yo podría venirme a vivir aquí.

—¿Y qué serías tú para nuestro hijo?

—No entiendo. Su madre, por supuesto.

—¿Y cómo podríamos vivir esa situación sin que fuera un gran escándalo?

—¿No crees que el hecho de que te casaras con una limpiadora de hotel también sería un escándalo?

—Jefa de limpiadoras —la corrigió Sayed—. Y sé que en San Francisco tenías un puesto aún más importante.

—El caso es que pertenecemos a dos mundos distintos, tú mismo me lo dijiste.

—Sé que la noticia provocaría un gran revuelo mediático, pero nada comparable a la presencia permanente de una mujer en la vida de mi hijo con la que no estuviera casado.

—Pero no puedes querer casarte conmigo. No tengo madera de princesa.

—No estoy de acuerdo. Ya has demostrado que tienes más corazón y honor que Tahira. Eres elocuente, inteligente y sabes controlar tus emociones. Con la formación adecuada, todo el mundo quedará prendado de la mujer que he elegido como esposa.

—¿Formación adecuada? ¿A qué te refieres? —le preguntó ella.

—A los estudios necesarios para convertirse en una figura política.

—En todo caso, en la esposa de una figura política.

—No solo eso, como mujer del emir y futura reina, tendrías un papel político igual que lo tiene mi madre.

—Y ¿cómo se supone que podría prepararme para algo así?

—Con la ayuda de los mejores maestros que pude tener yo.

—¿Tenías tutores? Pensé que habías ido a un internado en Estados Unidos.

—Me refería a mis padres —contestó Sayed sonriendo—. Me han dicho que harán todo lo posible para ayudarte con tu nuevo cargo si llega a ser necesario.

—Nadie me dijo que acostándome contigo corría el peligro de tener que cambiar de vida y de carrera profesional…

Sayed se encogió de hombros al oír sus palabras.

—Así es la vida, llena de giros inesperados.

—Todo esto es una locura. Lo sabes, ¿no?

—Puede que sea difícil, pero no es una locura —repuso Sayed.

—Bueno, dejemos de hablar de ello.

Creía que no estaba embarazada y esa conversación sobre el matrimonio iba a complicarle más aún el momento de tener que decirle adiós. No podía permitirse el lujo de soñar con algo que no iba a ocurrir nunca.

—De acuerdo, pero solo por ahora —le concedió Sayed mientras le daba la vuelta y comenzaba a besarla.

Esa vez, sintió que él le hacía el amor casi con desesperación, pero pensó que quizás fueran sus propios sentimientos los que veía reflejados en Sayed.

Sayed irrumpió en el despacho de su padre y dejó de golpe el periódico sobre su mesa.
—¿Por qué no me lo dijiste? —le exigió enfadado a su padre.
—Con la noticia ya publicada, no había nada que pudieras hacer —repuso el rey mirando la foto.
En ella, Sayed y Liyah se fundían en un apasionado beso. No era la primera fotografía que había visto publicada en el periódico de mayor tirada del país.
—Me pareció que lo único que se podía hacer era esperar y ver cómo recibía el pueblo la noticia.
—¡Ha habido en Internet fotos de Aaliyah y de mí besándonos casi desde que nos fuimos al desierto!
—Bueno, fuiste tú el que decidiste besarla en el exterior.
—¡En los jardines privados!
—No son tan privados, sabes de sobra lo que se puede conseguir con un buen teleobjetivo.
—Pero ¿cómo podía saber la prensa que habíamos decidido salir del palacio?
—Ya sabes que tenemos a los medios de comunicación observándonos día y noche.
—Pero esto es demasiado, alguien ha debido de filtrarles la información.
—Puede ser —repuso su padre encogiéndose de hombros—. El caso es que a la gente le ha encantado la historia de Aaliyah, una especie de Cenicienta moderna. Omar me ha dicho que hablan de ello en todas las redes sociales.
—¿No has intentado que Omar, tu hombre de confianza, solucione el asunto de alguna manera?
—Por muy bien que se le dé arreglar todo tipo de problemas, con Internet no hay nada que hacer.
—No creo que a nuestros países vecinos les haya hecho tanta gracia el lado romántico de todo esto.
—Bueno, no estés tan seguro —le dijo su padre—. Al parecer, ninguno de ellos quería que formáramos una alianza más firme con uno de los países, produciendo así un desequilibrio en la zona. Que te cases con una mujer forastera y sin agenda política es algo que actuaría en nuestro favor.
—¿Quién ha hablado de casarse? —preguntó Sayed con sorpresa.
—¿Crees que podrías salir airoso sin casarte con ella después de que la gente haya visto esto? —replicó el rey señalando la segunda foto del reportaje de ese día.
En ella, Sayed y Aaliyah salían de la tienda que habían compartido en el oasis. Él rodeaba su cintura con el brazo. Sus expresiones y la

manera en la que se miraban dejaban muy claro lo que acababan de hacer en la tienda.

—¿Y si ella no está de acuerdo?

—Tendrás que convencerla —le dijo su padre—. Y viendo estas fotos, no creo que te resulte muy difícil.

—No tienes ni idea.

Liyah colgó el teléfono después de hablar con el doctor Batsmati. No podía evitar sentir cierta decepción. Solo habían pasado dos horas desde que le sacara la sangre, pero se habían apresurado con los resultados.

No estaba embarazada.

Sabía que tenía que irse de allí y que no iba a volver a ver a Sayed.

El dolor la atenazó de una manera como solo lo había sentido una vez en su vida, cuando murió su madre.

El rechazo de su familia y después de su padre no habían sido agradables, pero no se había sentido tan devastada como lo estaba en ese instante.

Amaba a Sayed y no soportaba la idea de no volver a verlo. No sabía si su corazón iba a sobrevivir al golpe de perderlo para siempre. Casi le tentaba la idea de irse sin decirle adiós, pero ella no era así, no era ese tipo de persona. Tenía que despedirse por difícil que fuera.

Se puso el vestido que más le gustaba a Sayed, se cepilló el pelo y se tapó la cabeza con el *hijab* sin cubrirse del todo el cabello. Sabía que la conversación iba a ser difícil, pero quería tener buen aspecto para que a Sayed le apenara al menos un poco tener que despedirse de ella. Abrió la puerta y no pudo reprimir un grito de sorpresa al ver que Sayed estaba allí, con el puño en alto y a punto de llamar con los nudillos.

—Vaya, me ofende que verme te cause tanto terror —le dijo Sayed con una gran sonrisa.

—No era terror, sino sorpresa. Estas son las dependencias del harén, no deberías estar aquí.

—Pero soy el emir.

—Aun así, tienes que respetar las tradiciones —le dijo ella mientras se apartaba de la puerta y le daba la espalda para que no viera lo apenada que estaba—. ¿No hay un pasadizo secreto o algo así para que puedas venir sin ser visto?

—La verdad es que sí lo hay.

—¿En serio? —preguntó entusiasmada con la idea.

—Sí, te lo mostraré luego —repuso Sayed con una sonrisa—. Antes, tenemos que hablar.

—¿También te ha llamado a ti el doctor Batsmati?

—No, no he hablado con él —repuso Sayed mientras la observaba con atención—. Pareces bastante abatida. ¿Estás así porque te ha dicho que no estás embarazada o porque lo estás?

—No estoy abatida —protestó ella mientras se dejaba caer en el sofá —. Me ha dicho que no estoy embarazada.

—¿Y la noticia no te ha alegrado? —le preguntó Sayed sin dejar de mirarla.

Suspiró al oír su pregunta. Le tentaba la idea de mentirle, pero sabía que Sayed la conocía mejor que nadie.

—No.

—¿Por qué?

—¿Qué más da eso?

—Aunque no te lo parezca, me importa mucho el motivo. El caso es que nos encontramos en medio de una situación muy complicada —le dijo mientras le daba un periódico—. Si lo que te apena es la idea de no volver a verme, no está todo perdido. Pero, si estás triste porque simplemente te apetecía ser madre, la cosa cambia.

—¿De qué estás hablando? No te entiendo.

Sayed señaló el periódico con la mano.

—Lee eso.

—¿De qué se trata? ¿Más cotilleos sobre Tahira y su amante?

—No exactamente —contestó Sayed.

Comenzó a leer el artículo y no tardó en sentir esperanza y desesperación al mismo tiempo. No hablaban de Tahira, sino de una especie de cuento de hadas moderno en el que ella era la Cenicienta que llegaba a ser princesa gracias al amor del emir. Pero sabía que Sayed no la amaba y que debía de estar furioso con la prensa.

—¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo saben quién soy? ¿Podríamos conseguir que se retractaran?

—¿Cómo podrían hacerlo? Las fotos son más que evidentes.

—Ya… —murmuró angustiada—. Supongo que tus padres estarán furiosos.

—Mi padre está siendo muy práctico, algo que me ha sorprendido en él, y mi madre está encantada, pensando que no se va a echar a perder todo el trabajo dedicado a organizar una boda real.

Liyah se levantó de un salto al oírlo.

—¿Boda? —exclamó sin poder contenerse.

Sayed hizo una mueca, pero luego sonrió.

—Veo que se esconde todo un volcán emocional bajo ese exterior tan serio y formal —le dijo él.

—No me tomes el pelo ni te burles de mí. Esto es muy serio.

La miró entonces sin sonreír.

—Tienes razón. Lo es —repuso Sayed mientras la abrazaba y se inclinaba para besarla suavemente—. Piensa en ello, ¿de acuerdo?

¿Podrías hacer eso por mí?
—¿Pensar en qué? ¿En que nos casemos? —preguntó ella con cautela y el corazón encogido.
—Sí —respondió besándola de nuevo—. Piénsatelo hasta esta noche.
—¿Por qué esta noche? ¿Qué pasa esta noche?
—Que vamos a cenar.
—¿No cenamos todas las noches?
Sayed sonrió dulcemente.
—La cena de esta noche será especial.
—¿Por qué?
—Porque voy a hacerte una pregunta y, si me das la respuesta correcta, te mostraré el pasadizo secreto y el cuarto oculto que mi tatarabuelo mandó construir para citarse a escondidas con su esposa.
—¿Su esposa? ¿No sería con su amante?
—No. Era un romántico y quiso ofrecerle un regalo de bodas muy especial.
—Así que le construyó una habitación secreta…
—Sí.
—No me sorprende —susurró ella—. Eres un hombre increíble y parece que es algo que llevas en los genes.
—Por fin te das cuenta…
—Entonces, ¿me vas a hacer una pregunta importante esta noche?
—Sí.
—¿Aunque no sea una princesa?
—Ya te he dicho muchas veces lo que te admiro. No siempre he sido claro con mis palabras y siento haberte hecho daño, pero he deseado estar contigo desde la primera vez que mi mirada se posó en ti.
—No puede ser…
—Sí, lo es.
—¿Me lo prometes?
—Te doy mi palabra como emir de Zeena Sahra y como hombre.
—Sayed…
Se acercó a él y lo besó con toda la emoción que tenía contenida en su corazón.
Sayed la tomó en sus brazos sin dejar de besarla y la llevó así al dormitorio.
—Se supone que no deberíamos hacer esto aquí —le dijo Sayed mientras la dejaba en la cama.
—Se te da mejor de lo que crees el romper las reglas —repuso ella recordando las palabras de su madre.
Sayed tenía una impetuosidad que solía controlar por el bien de su posición, pero seguía en él.
—No tan bien como se te da a ti tentarme para que rompa esas

normas, *habibti* —le dijo Sayed sonriendo.

—Bueno, puede que me haya preocupado hoy un poco más por cuidar mi aspecto.

—No deberías haberte molestado, siempre estás preciosa. Pero la verdad es que me gusta mucho este vestido.

—No es un vestido, es un caftán —lo corrigió ella bromeando.

—¿Ah, sí? Perdón, perdón.

—Y sería igual de bonito si no lo llevara puesto.

—Eso lo dudo. Tú, en cambio, estarías mucho mejor sin él. Nada es más bello que tu cuerpo.

—No digas esas cosas —le pidió ella en voz baja.

—¿Por qué no?

—Porque podría terminar creyéndomelo.

Sayed se puso serio y tomó su cara entre las manos.

—Yo nunca te mentiría, te lo prometo por mi honor —le dijo.

Estaba demasiado emocionada para hablar.

Pasaron los siguientes minutos desvistiéndose entre embriagadores besos. Hizo un sonido de victoria cuando por fin consiguió que Sayed se quedara solo con sus boxers negros y él se echó a reír.

—Es que llevas más capas de ropa que yo —le dijo ella—. No es normal.

—Es un reto más, para que no te aburras.

—Claro, como si tú no fueras ya reto suficiente…

Era todo un reto resistirse a ese hombre, no podía controlar la intensa respuesta de su cuerpo cada vez que la tocaba. Pero, por primera vez, no había ni un atisbo de amargura en la dulce unión de sus cuerpos. Sayed le hacía el amor con tanta pasión como si estuviera impulsado por los mismos sentimientos que tenía ella, pero se resistía a soñar, a creer que pudiera ser posible.

Le daba esperanza ver que no parecía disgustarle la idea del matrimonio.

Pero no pudo seguir analizando la conversación que acababan de tener, no cuando Sayed seguía acariciándola y el deseo la dominaba por completo. Ella, por su parte, hizo todo lo posible por responder de la misma manera, ya sabía qué hacer y dónde tocarlo para que se volviera loco de deseo.

Fue un encuentro más apasionado e íntimo que nunca. Estaban en perfecta sintonía y, cuando alcanzaron juntos el clímax, le dio la impresión de que compartían una misma alma.

Capítulo 13

Sabiendo que Sayed tenía la intención de llevar a Liyah a cenar, la reina Durrah apareció en su suite con un bello caftán carmesí para que se lo pusiera Liyah esa noche.

—Pero ese es el color de la familia real —protestó ella.

—Es verdad, querida. Y es además el vestido que me puse cuando se anunció formalmente mi propio compromiso.

Liyah levantó las manos sorprendida por la noticia.

—No puedo llevarlo, ¿y si lo rompo o lo mancho?

—No seas tonta, Aaliyah —le dijo la reina sonriendo—. Si hubiera tenido una hija, se habría puesto este vestido para su puesta de largo. Sería un honor para mí que te lo pusieras esta noche.

Se le llenaron de lágrimas los ojos y la reina acarició con ternura su mejilla.

—No llores —le dijo—. Me alegrará mucho darte la bienvenida a nuestra familia, *ya 'eni*.

—Mi madre solía llamarme así —admitió Liyah muy emocionada.

—Entonces, será un honor para mí que me permitas hacerlo a partir de ahora. Igual que eras especial a los ojos de tu madre, siempre lo serás a los míos.

Sabía que «*ya 'eni*» significaba literalmente «mi ojo» y le conmovieron mucho sus palabras.

—Debería estar enfadada conmigo.

—No, Aaliyah —le dijo la reina Durrah—. He visto más vida en mi hijo esta última semana que durante dos décadas. Eres buena para él. ¿Cómo no voy a estar feliz sabiendo que vas a convertirte en mi hija?

—Bueno, no me lo ha pedido todavía.

—Pero lo hará.

—La verdad es que es muy especial que insista en preguntármelo. Se ha visto atrapado en esta situación sin poder hacer nada para evitarla, pero no lo está tratando como si fuera un acuerdo de negocios.

—Todos los hombres de esta familia tienen una vena romántica. Debería haberme dado cuenta de que había un problema cuando Sayed no mostró ningún interés en Tahira —reflexionó la reina en voz alta.

—Su hijo me habló de la habitación oculta.

—Siempre me ha gustado esa historia. Le pedí a Falah que me construyera una, pero me dijo que ya había una y no le parecía buena

idea construir otra.

—Entonces, ¿el rey no es tan romántico?

—Más de lo que piensas. Me llevó a un castillo europeo para nuestra luna de miel.

—Pero eso no es tan especial, usted ya vivía en un palacio.

—Sí, pero me compró ese castillo y un nuevo título nobiliario.

—¿No era suficiente ser reina? —preguntó Liyah bromeando.

—No, ese título y el castillo eran solo para mí, no para el país. Ese sitio fue nuestro refugio tras la muerte de Umar, un lugar donde podíamos escondernos con Sayed y ser simplemente una familia normal.

—Y un sitio donde aún podía ser un niño y jugar libremente, ¿no?

La reina asintió con la cabeza.

—Libremente y con seguridad.

Liyah seguía pensando en la conversación que había tenido con la reina Durrah cuando llegó Hasiba para decirle que la estaba esperando el conductor.

—¿Dónde está Sayed? —le preguntó a Hasiba con temor de que la otra mujer siguiera enfadada con ella.

—Creo que se supone que debe ser una sorpresa —respondió con una sonrisa de complicidad.

—De acuerdo.

—Siento mucho como le hablé el otro día —le dijo la mujer antes de que saliera de la habitación—. El emir nunca ha sido tan feliz como desde que la conoció. Ya me di cuenta en Londres. Pensaba que estaba distraído por la boda real, pero supe después que estaba así por la mujer que le había robado el corazón.

Sabía que el corazón de Sayed no le pertenecía, pero le gustó oír sus palabras.

—Gracias, Hasiba. Su apoyo significa mucho para mí.

—Va a ser una reina maravillosa algún día.

Liyah iba a hacer todo lo posible por conseguirlo.

El trayecto en limusina por la ciudad solo duró veinte minutos, pero le parecieron veinte minutos eternos. Después, el coche se detuvo frente a un elegante hotel.

El portero fue corriendo al coche para abrirle la puerta y acompañarla al interior y hasta un antiguo ascensor.

Subieron a la azotea del hotel. Allí había un lujoso restaurante y vio que Sayed la esperaba junto a una mesa situada en una tarima. Llevaba un caftán masculino en el mismo tono carmesí del suyo. Un *egal* negro sujetaba el pañuelo o *kufiyya* en el mismo color de la casa real.

—Está claro que eres el emir —susurró ella mientras le daba la mano para subir a la tarima.

—Pero tú siempre me recuerdas al hombre que se esconde bajo estas ropas —repuso él.

—Sí.

La cena fue increíble y Sayed estuvo encantador. Aunque no tomaron nada de alcohol, se sentía embriagada, deseando que llegara el postre. Durante la cena, muchos comensales les habían hecho fotografías y se sentía observada. Era como si supieran que ese momento era importante.

Sayed esperó hasta que retiraron los platos del postre para ponerse en pie y plantar una rodilla en el suelo frente a ella. Aunque sabía que tenía que hacerlo para evitar más escándalos, se sintió abrumada por la emoción.

—Aaliyah Amari, ¿me harías el honor de aceptar ser mi esposa y dirigir al pueblo de Zeena Sahra a mi lado?

Sus palabras le recordaron la responsabilidad que suponía casarse con él y hasta qué punto confiaba en ella.

—¿Liyah? —susurró él al ver que no decía nada.

Ella sonrió, aunque le caían lágrimas por las mejillas. No había sido consciente de ellas hasta entonces.

—¡Sí! ¡Claro que sí, Sayed! Lo deseo más que nada.

—No sabes cuánto me alegra saberlo —repuso antes de inclinarse hacia ella y cerrar el trato con un beso.

El restaurante estalló en aplausos y los rodearon los flashes de las cámaras. Se dio cuenta de que también había periodistas medio escondidos entre los comensales para capturar el momento.

Pero a Liyah no le importó. Sabía que compartir su vida con él significaba compartirla también con el resto del mundo.

—Te quiero, pensé que deberías saberlo —le susurró ella al oído cuando terminaron de besarse.

Sus ojos oscuros la miraron con emoción.

—Gracias. Siempre atesoraré ese regalo.

Sabía que Sayed no la amaba, pero le gustó ver que apreciaba de verdad sus sentimientos. Eso le dio la esperanza de que con el tiempo pudiera llegar a quererla o contar al menos siempre con su respeto y cariño.

Sayed esperó frente al ordenador a que comenzara la videoconferencia. Había enviado a Yusuf a Londres el día anterior con un sobre que debía entregar personalmente a Gene Chatsfield. No tardó más de unos segundos en aparecer en pantalla el rostro del hotelero.

—Jeque Sayed, ¿a qué debo el placer?

—¿Le ha entregado Yusuf el paquete?

—Si se refiere a esto… —comenzó el hombre mostrándole un sobre con el sello real.

—Así es. En el interior encontrará varios documentos.

—¿Quiere que lo abra? —le preguntó Gene algo confundido.

Sayed asintió con la cabeza y vio que la cara del hombre palidecía mientras leía los documentos frente a él.

—¿Sabe dónde está mi hija?

—¿Su hija? ¿Ahora sí quiere saber de ella?

—Si lo negué todo en un primer momento fue porque ya me había visto en situaciones similares en el pasado y, hasta entonces, esas personas nunca terminaban siendo quienes aseguraban ser.

—¿Y ha decidido ahora que Aaliyah sí le dijo la verdad?

—Olvidó el medallón en mi despacho. Recordé entonces que se lo había dado a su madre. Para mí no era más que una baratija, pero Hena lo guardó durante todos esos años y se lo dejó después a su hija —le explicó Gene con aparente emoción—. Su madre dejó mi fotografía escondida detrás de la de ella. La encontré allí cuando me acordé.

—Si necesita más pruebas, tiene ahora en sus manos el informe con el ADN de Aaliyah. Ahora solo tiene que analizar el suyo para comprobar que es, en efecto, su hija.

—Así lo haré. Un hombre de mi posición no puede permitirse el lujo de creer algo sin pruebas, pero estoy bastante seguro del resultado de la prueba de paternidad.

—Yo también —respondió Sayed con firmeza.

—Me gustaría ver a mi hija —le dijo Gene con esperanza—. ¿Está trabajando ahora para usted?

—No, no trabaja para mí. De hecho, nos vamos a casar dentro de un mes.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? ¿Acaso está embarazada?

—No, aún no. En cuanto a la otra pregunta, aún no se ha ganado un lugar en su vida como para saber algo tan personal. Si quiere formar parte de la vida de Aaliyah, tendrá que pedirle disculpas —le advirtió Sayed.

—Por supuesto.

—Y tendrá que hacerlo bien para que ella vea que es sincero.

—Aunque imagino que no tiene muy buen concepto de mí, le aseguro que mis hijos son muy importantes en mi vida.

—Tendrá la oportunidad de demostrarlo. Si no, no podrá verla.

—Veo que es tan implacable como dicen. ¿Lo sabe mi hija?

—Ella me ama a pesar de mis defectos —le dijo Sayed con gran satisfacción.

—Me alegra escucharlo. Me gusta ver que mi hija se casa por amor y con la esperanza de un buen futuro.

—Venga entonces a Zeena Sahra y dígaselo en persona. Yusuf está esperando para llevarlo a nuestro jet.

—¿Cómo? ¿Espera acaso que lo deje todo y vaya ahora mismo? —le preguntó Gene con consternación.

—Sí, por supuesto. Además, Giatrakos puede llevar perfectamente el timón durante su ausencia.

—De acuerdo —dijo finalmente Gene frunciendo el ceño—. Supongo que ella se merece un sacrificio por mi parte.

—Se merece eso y mucho más, pero, por suerte para usted, Aaliyah me tiene a mí y no necesitará mucho más sacrificios por su parte.

—¿Que has llamado a mi padre? —repitió Aaliyah una vez más sin dejar de dar vueltas por el salón de la reina—. ¿Y va a estar aquí dentro de una hora?

—Más o menos, sí —repuso Sayed—. Lo llamé para decirle que tiene que disculparse contigo.

—¿Qué has hecho para conseguirlo? ¿Le amenazaste? —le preguntó ella con suspicacia.

—No fue necesario. La verdad es que ya estaba tratando de encontrarte.

—¿Eso es lo que te dijo?

—Sí.

—Lo dudo —contestó ella.

—Ya había contratado a un detective privado. Tengo el recibo y los primeros informes para demostrarlo —intervino el propio Gene Chatsfield desde la puerta del salón—. Lo que no entiendo es cómo no consiguió encontrarte cuando toda la prensa habla de vuestro compromiso.

Aaliyah se dio la vuelta para mirar a su padre y vio que palidecía. Sayed se acercó a ella para tranquilizarla.

—No te preocupes, no vas a estar sola —le dijo mientras rodeaba con el brazo su cintura.

Gene sonrió al verlos así.

—Hacéis muy buena pareja.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó sin rodeos Aaliyah.

—Porque te debo una disculpa. Debería haberte escuchado desde el principio, pero soy un hombre suspicaz. Cometí muchos errores en el pasado y eso me ha hecho vulnerable ante cierto tipo de personas. Tú no eras como ellos, pero eso no lo he sabido hasta después.

A Sayed le impresionó su sinceridad, pero ella no parecía satisfecha con las palabras de su padre.

—Entonces, ¿ahora de verdad crees que soy tu hija? —le preguntó Aaliyah con recelo—. ¿No quieres una prueba de ADN o algo así?

Gene miró a Sayed y después otra vez a Aaliyah.

—Ya está hecha. Tu prometido me dio los resultados de tu ADN.

—¿Utilizaste mi análisis de sangre para eso? —le preguntó Aaliyah en voz baja.

—Sí —repuso Sayed.

—¡Has planeado todo esto!

—Sí —confesó él.

—¿Y si se hubiera negado a venir y te hubiera dicho que no quería saber nada de mí?

—Entonces, me habría encargado de destrozar su carrera, arrebatándole todos los hoteles de la cadena.

Aaliyah lo miró impresionada por sus palabras y él la acompañó hasta uno de los sofás. Después, le ofreció una silla al señor Chatsfield.

—Soy consciente de que tengo mucho que ganarme antes de construir una relación contigo, pero quiero intentarlo —le dijo Gene a su hija cuando estuvieron todos sentados.

Aaliyah miró a Sayed.

—¿Crees que es sincero o que quiere reconocerme ahora que me voy a casar con un príncipe? —le preguntó su prometida como si no se fiara en esos momentos de su propio criterio.

—Creo que es sincero —respondió Sayed.

Ella asintió con la cabeza.

—Está bien —murmuró mientras giraba la cabeza para mirar a Gene —. Podemos intentarlo.

—Eres muy indulgente. No sé si me lo merezco.

—Yo estoy segura de que no te lo mereces —le dijo Aaliyah con la honestidad que la caracterizaba.

—*Touché* —repuso Gene.

—Pero mi madre me pidió que lo intentara y, si tú estás dispuesto, yo también. Por mi madre.

—Gracias.

—Pero no voy a llamarte «padre».

—Lo entiendo. Creo que lo mejor es que nos dirijamos el uno al otro como Gene y Aaliyah.

—Liyah —lo corrigió ella—. Mis amigos me llaman «Liyah».

—Perdón, me había parecido que el jeque Sayed te llamaba Aaliyah.

—Solo mi familia me llama así.

—Y yo no lo soy —repuso Gene con aparente tristeza.

—Todavía no —le dijo ella.

El hombre asintió con la cabeza.

—Liyah, aprecio tu voluntad de tratar de perdonarme, pero sé que esta noticia va a conmocionar a mis otros hijos y quiero presentártelos

con todo el respeto que te mereces. Ahora mismo están dispersos por todo el mundo, pero estoy tratando de reunirlos para hablar con ellos. Por ahora, espero que entiendas que prefiera esperar.

Gene Chatsfield solo pudo quedarse una noche, pero, durante el tiempo que estuvo en el palacio, les demostró que de verdad quería tener una relación con esa hija cuya existencia había desconocido hasta hacía muy poco.

Sayed estaba satisfecho. Se dio cuenta de que había sido un acierto contactar con ese hombre.

Antes de despedirse de ellos para ir al aeropuerto, Gene Chatsfield le devolvió a Aaliyah su querido medallón.

—Ha sido increíble —le dijo Aaliyah después de que se despidieran de su padre.

—Me alegra que hayas disfrutado teniéndolo aquí —repuso Sayed.

—No es tan cretino como pensaba.

—No, solo es un hombre con los mismos miedos y preocupaciones que cualquier otra persona.

—¿Sabes que me ha ofrecido un fondo fiduciario como el que tienen mis hermanastros? —le contó Aaliyah.

Sayed ya había esperado algún gesto similar. Le habría decepcionado que Gene no lo hubiera hecho.

—¿Qué le dijiste?

—Que no lo quería —contestó Aaliyah sonriendo—. No necesito su dinero. Nunca lo quise.

También había esperado esa reacción de su prometida.

—Solo querías una familia y ahora tienes la mía.

—Y es una familia maravillosa —contestó ella—. Oye, no vas a intentar algo similar con los Amari, ¿verdad?

—No, por supuesto que no. Si creían que no eras lo suficientemente buena como para reconocerte antes de ser mi prometida, no voy a permitir que te reclamen ahora. Además, no quiero ni pensar qué haría mi madre si tenemos que invitar a los Amari a la boda, creo que los abofetearía.

—¡Eso sí que habría sido una foto de portada! —exclamó Aaliyah riendo.

—Desde luego, será mejor evitarlo, ¿te parece?

—Estoy de acuerdo contigo.

Pensó en sus padres, los dos estaban encantados con Aaliyah, aunque no tanto como él. Nunca había pensado que pudiera llegar a sentirse así por alguien que no formara parte de su familia.

No estaba seguro de si estaría enamorado de ella, pero creía que quizás fuera ese el caso. No pensaba decirle nada hasta que lo supiera a ciencia cierta. Creía que ella se merecía la verdad.

La boda de Aaliyah y Sayed fue un evento real, como no podía ser de otro modo, al que asistieron dignatarios, jefes de estado, jeques y otros miembros de la realeza y también de la nobleza europea.

A ella le había conmovido especialmente la presencia de su padre y la prometida de este. La única otra invitada personal de Liyah había sido Stephanie Carter, su jefa en el hotel Chatsfield de San Francisco y una de las pocas amigas que había tenido su madre.

Aaliyah llevaba un vestido tradicional del país en color blanco que había elaborado para ella un conocido modisto italiano. Y Sayed se había puesto una versión más ornamentada del atuendo con el que le había pedido que se casara con ella hacía ya un mes.

La coronación de Sayed tuvo lugar inmediatamente después de la boda, pero no se convirtió en rey, sino oficialmente en príncipe heredero. Su padre había decidido que no estaba listo para retirarse.

Al rey le había gustado la idea de formar a su sobrino para que tomara el puesto de Sayed como emir antes de que este fuera coronado *melech*. También habían tratado con los reyes el futuro de Liyah. Les había dejado muy claro que no se veía aún lista.

Poco a poco, todo iba tomando forma.

La celebración de la boda fue un evento del que participó todo el país hasta la madrugada del día siguiente.

Cuando terminó la celebración y tal y como ya se había acostumbrado a hacer, Sayed tomó a Liyah en sus brazos y la llevó escaleras arriba hasta llegar a su dormitorio.

—Ahora es nuestro dormitorio —le dijo Sayed mientras la dejaba de pie junto a la cama—. Y esta noche, voy a hacerle el amor a mi emira.

La miraba de una manera que la dejó sin aliento. Alargó la mano para tocarle la cara.

—No importa lo que seamos fuera de esa puerta, aquí siempre serás mi hombre, *ya habibi*. Y yo siempre seré, ante todo, tu mujer.

—De eso estoy seguro —le dijo Sayed poniéndose de repente muy serio—. Te amo, *habibti*. Todo era nuevo y no podía estar seguro. Pero ahora sé que mi corazón es tuyo, desde que te vi por primera vez y hasta la eternidad.

Se quedó inmóvil. El corazón le latía tan rápidamente que casi podía oírlo.

—¿Me amas?

—Sí, todo ha pasado tan rápidamente… Pero eres perfecta para mí, me complementas en todo.

—Pero no vengo de una familia noble ni nací para ser princesa.

—No, naciste para ser mi esposa.

—Yo también te quiero, Sayed. Te quiero tanto…

—Y, algún día, tendrás dentro de ti un hijo mío —le dijo Sayed con emoción.

—Sí. Serás un padre maravilloso, estoy segura.

—Tú también serás una madre estupenda para nuestros hijos. Tuviste el gran ejemplo de tu madre.

—¡Has pasado muy pronto al plural! —exclamó ella riendo.

—Bueno, sueño con tener al menos cuatro…

—¿Cuatro? Recuerda que fui hija única, Sayed.

—Sí, pero tienes mucho amor para dar.

—Será mejor que dejemos el tema, se te da demasiado bien convencerme…

Sayed tomó algo que tenía sobre la cama y se lo ofreció.

—Gracias por casarte conmigo —le dijo el que ya era su esposo.

Ella sonrió y dio un paso atrás.

—Espera un momento.

Le había pedido a Hasiba que dejara su regalo para Sayed en la suite y lo encontró sobre el escritorio.

Volvió corriendo al dormitorio y se lo ofreció.

—Gracias a ti por casarte conmigo.

—Tu amor es todo el regalo que necesito —repuso Sayed.

—Para mí también, pero ábrelo, por favor.

Sayed sonrió e hizo lo que le pedía. Era una pulsera de bodas tradicional, como las que las novias les daban a sus esposos en Zeena Sahra. Sabía lo que la joya simbolizaba y por eso se la había comprado.

—El círculo eterno del amor y el compromiso —susurró Sayed con satisfacción.

—Sí, porque te voy a querer y apoyar siempre.

—Yo también, cariño —repuso él poniéndose el masculino brazalete de platino.

Se había gastado sus últimos ahorros en ese regalo, pero creía que era la mejor manera de usar el dinero que le había dejado su madre.

—Ahora te toca a ti —le dijo Sayed.

Liyah abrió la caja que le había entregado él y frunció el ceño al ver que dentro había unos documentos legales.

—¿Qué es esto?

—¿Recuerdas el hotel donde cenamos cuando te pedí que te casaras conmigo?

—Sí, por supuesto.

—Te lo he comprado.

—¿Me has comprado un hotel?

—Sí, supuse que te haría mucha ilusión seguir involucrada en la que

ha sido tu carrera hasta ahora, pero de este no podrás encargarte personalmente, tendrás que contratar a un gerente. No creo que tus deberes como emira te permitan ocuparte del hotel.

—Ya me ha contado tu madre todo lo que tendré que hacer.

La reina Durrah le había estado dando lecciones para que se convirtiera en una buena princesa. Era algo que habían estado haciendo juntas desde que ella se comprometiera con Sayed.

—¿No te importa?

—No, Sayed. Amo al hombre, pero también al emir.

—Eres increíble, *habibti*. *Intee albi*.

—Y tú también eres mi corazón. Estaremos siempre aquí el uno para el otro, apoyándonos. Te quiero mucho.

—Y yo a ti, con todo lo que soy y lo que seré.

—Lo sé.

—¿De verdad?

—Por supuesto —respondió ella—. Me has dado el regalo de una familia. Creía que estaba sola en el mundo y ahora tengo a tus padres y a mi padre. Y este regalo… ¡Un hotel! Un gran gesto romántico como los que os gustan a los hombres de tu familia.

—Supongo que sí. Debería haberme dado cuenta de que te amaba en cuanto decidí que tenía que comprarte el hotel. Pero si necesitas más pruebas para que veas cuánto te quiero… —susurró Sayed con deseo en sus ojos.

—Nunca voy a negarme a ese tipo de pruebas…

Las relaciones íntimas se habían convertido en algo muy importante para ella. Ya no era una joven reprimida, sino una mujer apasionada a la que le gustaba expresar lo que sentía.

Y Sayed ya le había dicho cuánto le gustaba que fuera así.

Hicieron el amor toda la noche, turnándose para expresar su afecto de una manera física que era tan bella como podía serlo la emoción que fluía entre ellos.

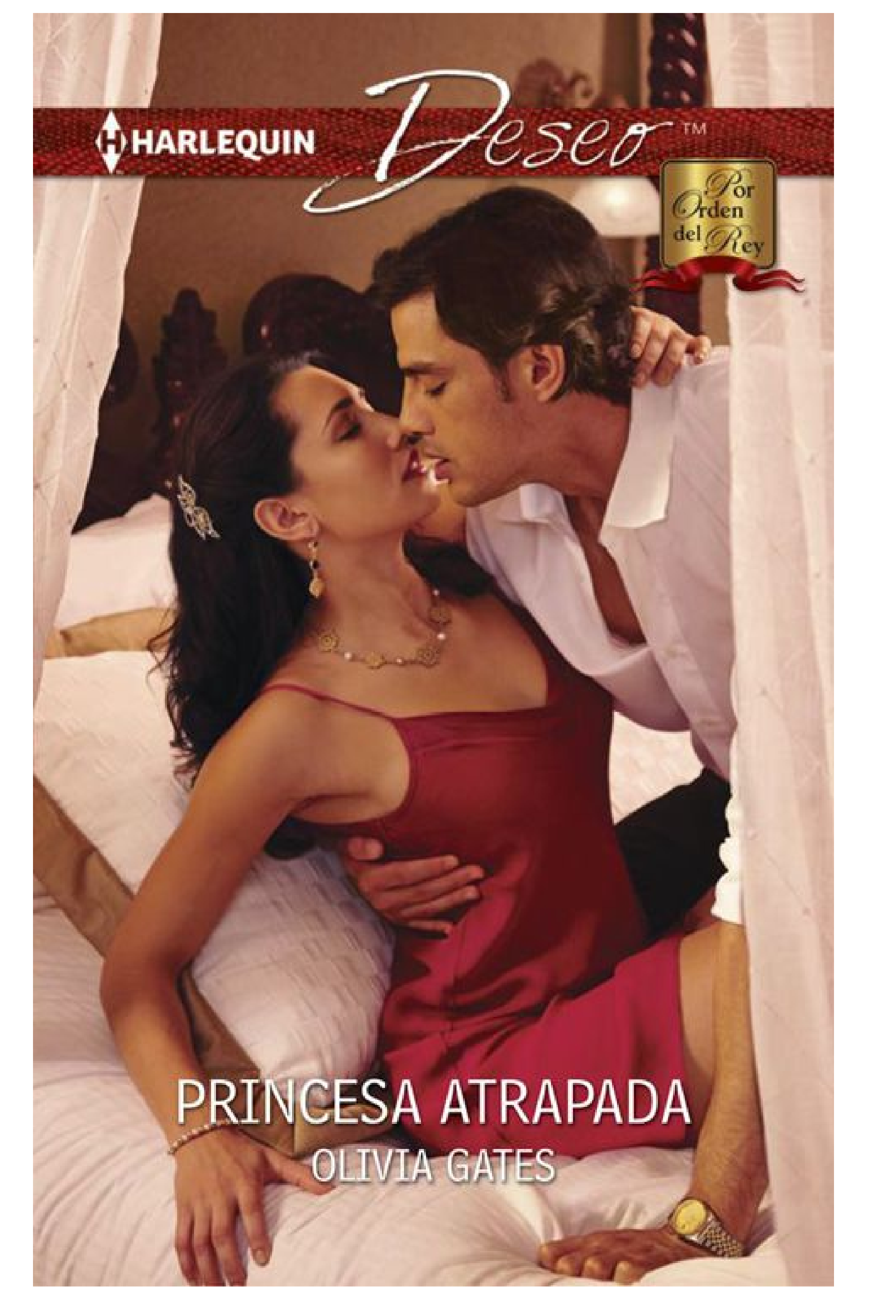
Sin saberlo, Hena Amari había sido la culpable de que Liyah conociera a Sayed. Su última voluntad la había llevado a Londres, donde el destino había tenido previsto que conociera al hombre de su vida.

Liyah susurró una oración de gratitud hacia su madre mientras se quedaba dormida en brazos de su verdadero amor.

* * *

Podrás conocer la historia de Lucca Chatsfield en el segundo libro de la serie *Los Chatsfield* del próximo mes titulado:
LA LECCIÓN DEL PLAYBOY

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com